

La vida avanza en espiral

Conversaciones sobre ética con mi nieto

Norbert Bilbeny

Ariel

ÍNDICE

PORTADA

CITAS

I. ZAPATONES EN EL CAJÓN

II. MUERTE POR PRECIPITACIÓN

III. LA CANCIÓN DEL TROVADOR

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Juzgar si vale o no vale la pena vivir la vida es responder a la pregunta fundamental de la filosofía.

A. CAMUS,
El mito de Sísifo

La vida debe ser una incesante educación.

G. FLAUBERT,
Cartas a George Sand

I

ZAPATONES EN EL CAJÓN

Llegó el día de tener que abandonar mi consultorio. Casi medio siglo dedicado a la neurología. Y más de treinta años en aquel hospital que ya era mi casa. Era el día de mi jubilación. Triste día. Nunca más volvería a ver un solo paciente. Mi cuerpo, envejecido, marcaba mi destino. No lo decidía mi voluntad.

Porque yo habría continuado trabajando veinte años más. Como aquel colega que conocí en Chicago, quien a sus noventa y dos años, jorobado y arrastrando los pies, iba todavía a diario a su consulta.

—¿Cuándo te vas a jubilar? —le pregunté, desviando mis ojos hacia su bata recién planchada.

—¿Y tú? —respondió algo molesto.

—Verás, cuando mi cabeza ya no funcione... —dije. Soltó una risa sarcástica, retorciendo su huesudo dedo índice en la sien como si yo estuviera loco.

—Yo me retiraré —dijo, serio— cuando mi aparato sexual ya no funcione. —Y estalló en una carcajada.

Dicen que jubilarse viene de *júbilo*, pero yo sentía lo contrario. Una enorme tristeza. Dicen también que estar jubilado no es en realidad estar retirado. Pero eso, ¿quién se lo cree? Por mi parte: adiós epilepsias, esclerosis, parkinsons, cefaleas, meningitis, vértigos, insomnios, demencias, alzheimers, distrofias, tumores, amnesias, agnosias, apraxias, afasias, impotencias, comas, tartamudeos, mutismos, niños hiperactivos. Adultos que aún sienten dolor en aquel brazo o en aquella pierna que se les amputó hace tiempo. O jóvenes que perdieron la vista, o ensordecieron, por un trauma, el estrés, la depresión. Muchas veces calmé; a veces curé. Pero, siempre, escuché.

Adiós a todo esto. Mi agenda, mi archivo, mi despacho. Y, lo más triste: adiós a la gente. Porque, aún sin proponérmelo, no he tenido que tratar enfermedades, sino enfermos. Un compañero pesimista dice que sólo somos un trozo de carne con una pequeña carga de electricidad que se agota. Pero yo sólo veo ojos. O mejor: miradas. Y una fragilidad infinita tras ellas. El tiempo huye, todos acabaremos igual. Ser felices es lo mínimo que podemos esperar. En cambio, la mayoría de mis colegas lo primero que tratan de descartar cuando examinan a sus visitas es precisamente eso: la parte humana de la enfermedad.

Ser neurólogo es un trabajo delicado. Hay que seleccionar entre cuerpo y alma, fibra y sentimiento. Y yo, durante mucho tiempo, hice también más caso al cuerpo que a aquello que lo hace vivir y vibrar. Seguir el rígido protocolo clínico le ganó la partida a

escuchar al paciente y a seguir lo que me parecía más evidente. Quizás me equivoqué. Pude ser un médico impersonal.

Pero, con los años, me he acostumbrado, al revés, a descartar antes que nada las causas físicas de cualquier caso que se me presente. El alma, la persona, están casi siempre detrás de una enfermedad. Aunque he tardado en reconocerlo. No hay enfermedades, pero tampoco enfermos: en cada caso hay una persona. El alma es un tema médico. Cuando alguien, de pronto, ya no sabe caminar, o de la noche a la mañana pierde el reflejo de tragar, hay detrás de ello una historia, una biografía, una mente. Para curarle, debemos atrapar esta historia o la enfermedad se nos escapa.

Sin embargo, ahora que ya lo sé, debo abandonar mi oficio. Por eso no me dolía que ya no tuviera que tratar ninguna enfermedad más. Ni siquiera no poder volver a curar. Otros lo harían. Me dolía, en especial, el hecho de ya no poder estar en contacto con los pacientes. Aunque ese día de mi jubilación no sentía que los abandonaba, sino que ellos me abandonaban a mí. Incluso con sus historias personales, a veces aburridas, a veces increíbles, truculentas. La verdad es que estas ya no me afectaban, excepto en casos de niños y adolescentes. Pero ese día empecé a sentirme huérfano de todos ellos.

Docenas de cajas de cartón aguardaban en el suelo de mi consultorio para ser llenadas con todas mis pertenencias. El consultorio olía a puro cartón, como desmintiendo que alguna vez se hubiera ejercido allí mi profesión, siempre con olor a hospital. Hasta esas cajas desparramadas, como símbolo de dispersión, quizás de algo que se disuelve, parecían querer acabar de una vez con mi largo pasado en aquella amplia sala. Mientras, un tímido sol de marzo entraba por el ventanal y se veían los chopos inclinarse por el fuerte viento. ¿Por qué marcharse en primavera, cuando todo es tiempo de comienzo?

Antes de sacar los libros y los documentos de su lugar tenía que apañármelas con los múltiples objetos que se alineaban en los estantes. Todo un ejército de cachivaches que mi mujer no podía soportar ver en casa. Decía que le producían «picor en la nariz». Me refiero a fotografías familiares, con y sin marco, abarquilladas; postales y figurillas traídas por los pacientes; retratos de personajes; incensarios y velas; bolas de cristal; unas grandes tijeras con las que mi padre ejerció su oficio de sastre; mis mangos y plumillas del tiempo de la escuela; un tintero de porcelana del siglo XVIII; unas lentes que pertenecieron a Santiago Ramón y Cajal; una «patografía de la Schizofrenia Levis II», acuarela a color, dedicada por mi maestro Ramón Sarró («A mi aventajado alumno Mario»); cajitas con abalorios diversos de antiguos romances; unos gastados azulejos, robados de un monasterio; un cactus de fina madera de la Baja California; una calabaza de mate con su pipeta; hojas secas de árboles de Berkeley; ramitas de secuoya de Muir Woods; una piña del Golden Gate Park, otra del bosque de Concord; una bellota del claustro de Harvard; y piedras, muchas piedras pequeñas, cada una con una breve etiqueta pegada, como el más sólido recuerdo de los lugares del mundo que me gustó visitar.

—Sólo le falta tener una cabecita disecada o un cerebritito en formol... —dijo mi última enfermera al ver todo eso por primera vez. A ella también le debió producir picor en la nariz.

—Pero no se olvide —le contesté— de que me entierren al menos con todas mis piedras.

— ¡Doctor! —exclamó.

—Se lo digo en serio... —añadí—. Ah, y en una caja de pino blanco.

Abrumado, decidí empezar el desalojo por la mesa del despacho. Fue fácil echar a la papelerera casi todo lo que contenía. Dejé incluso tarjetas y recetarios con mi nombre y cargo: «Médico Jefe de la Sección de Neurología y Psiquiatría». Pero el cargo nunca me importó, pensé. Soy ambicioso, pero no orgulloso, y tengo motivos para ambas cosas. Para qué acarrear ahora recuerdos de lo que ya no me importa.

Vaciada la mesa, quedaba aún el último cajón de abajo. A veces ocurre eso: lo próximo es lo desconocido. En las casas donde he vivido había siempre una habitación o un cuartucho que no me atreví a pisar. Un compañero del hospital me dijo que eso es miedo a mi propio inconsciente. También ese cajón del fondo no recordaba haberlo abierto nunca, pero al hacerlo ahora descubrí con sorpresa unos viejos zapatos, enormes, y con restos de barro seco. Ni siquiera osé tocarlos. «Esto no es mío...», me dije. ¿Cómo fueron a parar ahí? Me senté e hice memoria. Sólo pudo ser mi colega de Berlín, cuando hace años hicimos un breve intercambio. Pero nadie tenía que saber, pensé, que yo guardaba una cochambre igual. De modo que decidí vencer mis reparos y saqué aquellos zapatos de ahí con mis propias manos. Cómo pesaban, y qué pies tan grandes, el alemán. Para colmo, no cabían en la repleta papelerera. ¿Dónde meterlos?

En esas, llamaron a la puerta y respondí, rápido: «¡Adelante!». Asomó la cabeza de un joven de cabello oscuro y ondulado y unos avispados ojos negros. La visita me encontraba, apurado, con aquellos zapatones en la mano.

—Hola, ¿puedo pasar? —preguntó el muchacho con decisión. Y conforme avanzaba hacia mí, con su blanca camisa, reconocí aquel rostro. Había hablado con él otras veces, pero no sabía dónde ni cuándo. Dudaba entre un paciente, un alumno, o quizás un nuevo becario de prácticas en el hospital.

—Ahora mismo... —dudé, sin soltar los viejos zapatos.

—¡Tío Mario! —dijo él enseguida—, ¿no te acuerdas? Soy Eduardo, el hijo de Xavier y Daniela.

—Pues claro que me acuerdo —improvisé, mintiendo.

—Me dijiste por teléfono que pasara a verte sin avisar —aclaró, modoso—. Pero si ahora mismo molesto, me voy y vuelvo otro día...

Rápidamente caí en la cuenta de que era, en efecto, el nieto de mi prima Laura, e hijo de mi sobrino segundo Xavier.

Lo abracé y le pedí disculpas. Los años no pasan en balde y mi madurez, o mi vejez ya, no había cambiado tanto como su juventud. Apoyé los zapatos sobre una silla y le precisé que en realidad yo no era su tío, sino su abuelo segundo. «Me quieres hacer más joven», le dije. Pero él, a sus veinte años, no entendió el comentario. A los de su edad les parece que ningún viejo fue joven y que ningún joven será viejo.

Dándose cuenta de lo inesperado de su presencia, se ofreció a ayudarme.

—¿Estás de reformas? —preguntó.

—No. Es que hoy me jubilo —respondí—. Pero hagamos un pacto —añadí—. Tú me ayudas con todas esas cajas y yo te invito a comer luego.

—De acuerdo, tío —contestó él.

—No: *abuelo* —le corregí—. Pero déjalo, que eso de abuelo me suena muy raro.

Eduardo es hijo único de una pareja que se rompió cuando él sólo contaba seis años de edad. Ambos padres, apenas sin estudios y malviviendo de empleos ocasionales, tuvieron muy pronto problemas con la droga. Y su padre, Xavier, además bebía como un cosaco. Un episodio de violencia, al sorprender el hombre a su mujer con una amante, hizo que de inmediato la tutela del niño recayera en sus abuelos maternos. Prácticamente lo crió su abuela, es decir, mi prima Laura. El chico salió adelante gracias a ella, una mujer entregada y cariñosa.

Durante un tiempo, coincidiendo con su adolescencia, perdí la pista de Eduardo, aunque sabía que el muchacho era muy aplicado. Y también que tenía algunos altibajos emocionales. La infancia marca, pero raras veces «a fuego». Nada está definitivamente escrito. Cuando niño, raro era el día en que él, mi sobrino nieto, supiese donde dormiría aquella noche: si en casa de su padre o en la de la madre o en la de alguno de sus abuelos. Un niño, pues, sin cabecera. Y eso influye.

No obstante, aquel día de la visita sorpresa a mi consultorio pude ver a un joven vivaracho, aunque flaco y de aspecto frágil. De rostro sonrosado, Eduardo lleva gafas de metal dorado sobre una nariz casi aguileña. Deambula algo encorvado, pero sus gestos son firmes y desenvueltos. Y aunque tartamudea un poco, su habla es consistente, con un fraseo y un vocabulario algo precoz para su edad. Componía, pues, una rara mezcla de aplomo y debilidad no exenta de atractivo. Adiviné, incluso, que administraba su tartamudeo con cierta coquetería. Todo un tipo, pensé. Un tímido aparente; un falso *leptosomático*, como decíamos en la carrera. Esos tipos no se resquebrajan nunca. Ceden, pero no claudican. Amagan, bajo su timidez, sus ganas de decirlo todo, de hacerlo todo. Y en cuanto tienen ocasión, muestran todo su vigor.

—Ya estoy en Medicina —me espetó con ojos brillantes. Le felicité. Y nos pusimos a la tarea.

Calculé que el desalojo de mi despacho nos ocuparía todo el día. Pedí por teléfono más cajas, pues además de los objetos varios aguardaban unos dos mil libros o más por embalar. La llegada del muchacho me vino como agua de mayo.

—¿Contabas empaquetar todo esto tú solo? —me preguntó, echando una mirada alrededor del consultorio, que en realidad agrupaba dos salas y un anexo con la camilla y los aparatos de diagnóstico clínico.

Podía haber pedido ayuda a la nueva enfermera, pero no me pareció bien, más aún si yo ya me podía valer solo. Y, por otra parte, el gerente, nuestro famoso amigo Hilario, ya me había advertido que no contara con ningún celador del hospital para que me ayudase en lo que, según él, yo me había «estado buscando» a lo largo de los años, «acumulando tantos libros y cosas raras» en el despacho. En varias ocasiones me recordó que se trataba de un consultorio médico, que no era mi despacho particular ni mi hogar.

—Perdona, ¿quién es este famoso amigo Hilario, tío? —quiso saber el chico.

—Un zopenco que amonesta, ya ves, a un médico especialista por tener libros de su especialidad —no pude menos que responder—. Hilario es el gerente de esta casa. Pero en realidad es quien gobierna y lo decide todo.

—¿Tanto manda ese señor? —inquirió.

—Pues, sí —contesté—. Lo último que ha dicho es que me las apañe yo solo. Y hasta que pague de mi bolsillo el desalojo. Hay tipos miserables, y él es uno. Tiene una sola virtud: es inteligente. Y un solo mérito: es el yerno del propietario del hospital. Las dos cosas, más su ambición, dan como resultado que sea la persona más adulada pero la menos querida de esta casa donde estamos. Ya sabes, esos tipos son autoritarios con los de abajo y sumisos con los de arriba; vete aprendiéndolo.

—Pero ¿a ti te ha hecho mucho daño este señor Hilario? —continuó Eduardo, algo inquieto.

Pronto vi que el muchacho se encontraba cómodo conmigo y se permitía esas preguntas directas.

—Ese energúmeno —respondí— quiso echarme tan pronto como ocupó la gerencia, a la vuelta de su viaje de novios. Yo no le caí bien desde el principio. Alguien me dijo que temía que yo fuese algún día el director del centro y que acabara mandando sobre él. También llegué a pensar que el hecho de tener yo el doctorado, publicaciones, y dar clases en la universidad, no encajaba con su idea de médico de un hospital privado. Porque, no te olvides: esto funciona ni más ni menos como una empresa. No rindes o no gustas: ¡fuera! Pero lo único que creo es que no le agrada como soy, que no me dejo intimidar y que digo muchas veces lo que pienso. Eso le descompone.

—Entonces, ¿cómo has llegado hasta aquí? —inquirió el nieto de mi prima—. Yo hasta pensaba que tú eras uno de los que dirigen el hospital —espetó, inocente.

—Una razón —contesté— es que en cambio no le caigo mal al propietario de todo esto. Es decir, a su suegro. Con él, nos entendemos. Hilario es sólo el yerno, aunque ejerce de tal con orgullo. Se siente *el yerno*. En una reunión se le escapó decir que aunque él era don Hilario y el yerno del director, no le avergonzaba bajar la bolsa de la basura de su casa cada noche. La otra razón es que tengo bastantes pacientes y que a la

mayoría no les ha ido mal conmigo. Pero elige tú mismo cuál de las dos razones va primero. Yo no lo sé. En las enfermedades de parkinson parece que tuve algún éxito. Quizás por haber tenido yo un abuelo, al que quería mucho, con esta misma enfermedad. Llegué a conocer al detalle y a familiarizarme con todos sus gestos y necesidades. En los veranos, cada mediodía le tomaba de la mano y le acompañaba, con sus pequeños pasos, hacia un pinar cercano. Allí le desplegaba una silla y mi abuelo leía el periódico con una ramita de tomillo en la boca. *Ponme el tomillo en los labios*, me decía cada vez, muy bajito. Y los labios le temblaban. Como las manos, claro... Últimamente me iba bien con las demencias seniles. Sabes, ¿no?

Eduardo asintió con la cabeza.

—Al prolongarse el promedio de edad de las personas mayores empecé a tener un alud de gente con estos problemas —continué explicándole—. Para el hospital, representaban pacientes que pagan. Digamos que clientes. ¿Y a qué negocio de la salud no le interesa esto? Pues ahí tienes la respuesta: si Hilario no me ha echado, es porque a la propiedad le intereso. Si fuera por él... Cuando propuse al equipo sanitario una especie de código de buenas prácticas, él me llamó, alarmado, aquella misma noche, amenazándome. No hagas política en el hospital, me dijo. Me lo temía. Es tan bruto que, para reducir gastos, además de pagar salarios muy bajos, nos obliga a limitar la duración de las visitas, incluso las de los pacientes con más recursos. Una epilepsia, cuarenta minutos. Un alzheimer, treinta. Cefalea, veinte. Es un majadero. Pero él no tiene empacho en cambiar cada dos por tres de coche y de presumir de sus casas en el campo. ¡Ah! —quise acabar con mi perorata—, y si ves a uno, ahí fuera, con un traje impecable y una piruleta en la boca, ese es nuestro amigo Hilario.

—Claro, es una contradicción —apostilló Eduardo—. Pide ahorrar y él derrocha.

—Pero, para mí, esto no es lo peor —añadí—. Te dije antes que era un tipo miserable. Pero no por avaro, sino por abyecto...

—¿Abyecto? —interrogó el chico—. ¿Qué significa esta palabra?

—Sí, quiero decir por ruin. Ha despedido a gente inventándose motivos. Y entre el personal, siempre procura enfrentar a unos con otros para salirse con la suya. La última jugada es que ese código de buenas prácticas que te decía, y que conseguimos acabar a pesar de sus amenazas, lo ha vendido a otro hospital como si fuera una obra suya. Además, yo espero que algún día lo metan en prisión por triplicar los costes de quirófano y de los servicios de diagnóstico. O por comprar en el extranjero aparatos de precisión usados a bajo precio y pedirle al gobierno de aquí que se los subvencione como si fueran nuevos. Un mal tipo, y qué suerte que ya no le veré más.

—Uf, abuelo —suspiró.

—No, dime *tío* —le corregí otra vez.

—No sabía que hubiera gente así, como ese hombre —comentó tras un silencio—. ¿Crees que él representa lo peor que se puede ser? —me preguntó con una mueca de candidez.

Otra vez me sorprendió su modo de preguntar directo, y como esperando algo esencial y quizás provocativo para él, a pesar de su timidez y su permanente rubor en las mejillas. Conozco a estos tímidos. Le respondí:

—Hombre, no exageremos.

—¿Los hay peores? —insistió.

—Me temo que sí. No sé si existen muchas clases de personas buenas, pero de personas malas, por decirlo claro, sí. Porque todos somos al menos un poco malos, ¿no? —Eduardo arrugó los labios, dudoso—. Sí, hasta los más buenos tienen gotitas de egoísmo, o de simple mezquindad.

—¿Tú crees? Porque no era así mi abuela Laura, o sea, tu prima, que me cuidó hasta el último minuto... —refirió serio.

—No la incluyo a ella —maticé—. Era inocente, cómo te diría, de natural. Pero algunos se creen buenos sólo porque critican a los malos. Otros están convencidos de que, en efecto, son buenos. Se equivocan: pensar eso ya no les hace tan buenos. ¡Qué sabrán! Y hay hasta quienes presumen de serlo. Pero ahí derrapan. Demuestran que no son ni buenos ni listos. Qué tontos... Mira —le dije sin dejar de meter libros en las cajas—, conocí en esta misma consulta a un hombre con bastante dinero. En su entorno se ve que siempre había uno u otro que decía estar tan agradecido con él y que era un hombre tan bueno. Oí decir que facilitaba empleos, ayudaba a pagar los estudios y pasaba dinero a las viudas de sus amigos. Pero el hombre llevaba al dedillo la cuenta de todos estos favores. Me decía, muy ufano y satisfecho de sí mismo: a ese le pagué la escuela de su hijo; ese otro, si no fuera por mí, no estaría ahora donde está; y aquel otro no pasó hambre porque yo le daba también dinero... He ayudado a tantos, doctor, me decía ese pobre rico.

—Desde luego, muy listo no era —dijo Eduardo—. Yo, al final acabaría aborreciendo a quien me hiciera favores así.

—Evidente.

—Entonces, ¿no podemos estar nunca contentos de ser buenos, aunque sea un poquito? No como este señor que me cuentas. Mi abuela me decía al acostarme que tenía que ser bueno. Y siempre he querido serlo. Pero si no podemos estar contentos ni de eso... —se lamentaba.

—¿Contentos, dices? Eso no, pero al menos estar conformes, en nuestro interior, con nosotros mismos, eso sí te diría. Tranquilidad de conciencia, que no es poca cosa, me imagino. —El chico mostraba tanta atención que decidí continuar, casi por deferencia hacia él—. Pero si ser bueno es algo que te agrada, y aunque sea en la intimidad, te dices, caramba, qué bueno soy, te arriesgas a querer hacer el bien sólo para satisfacerte. Y eso ya no es bueno. También corres el peligro de llegar a alegrarte por un error, ¡porque nunca puedes estar seguro de haber hecho lo correcto sólo porque era lo correcto! Uno no se conoce tanto a sí mismo, y menos aún a los demás. Puedes querer ayudar a alguien, pero en realidad porque quieres otra cosa y desconoces este motivo o

lo disfrazas con otra cosa. Es muy difícil, por lo tanto, saber si en el fondo somos tan buenos. Incluso cuando estás más seguro de haber hecho algo bueno, viene otro y dice que lo que has hecho es malo y hasta te acusa de eso que tú dabas tan seguro por bueno. ¿No te ha pasado nunca?

—Sí —me dijo él, convencido—, en la facultad soy el único que presta los apuntes, y encima hay quien se queja de que no los tengo ordenados según él lo haría. Hasta una chica, que me tiene manía porque no quise salir con ella, ha hecho correr la voz de que cobro por los apuntes. Y es mentira. —Parecía enfadado.

—Entonces, ya ves, Eduardo: no es de muy listos estar seguros de que hacemos lo correcto. Puede que en tu elección no hayas acertado. Para empezar, has de saber si eso es, razonablemente, lo correcto. Luego, ten en cuenta que con la buena intención no basta: quizás no sea tan buena como te parece. Y, naturalmente, tienes que pensar en las consecuencias de lo que vas a hacer. Cuáles serían; hasta qué punto son previsibles, y si van a ser aceptables o no por los demás e incluso por ti mismo. En definitiva, has de estar seguro de que puedes aceptar que lo que vayas a hacer te lo hiciera otro a ti. Que todos, en fin, pudiésemos hacer lo mismo en la misma situación.

El chico se quedó mirándome con una leve mueca de extrañeza. Le desapareció el color rosáceo de las mejillas.

—Vamos a ver —continué yo—: Tres psiquiatras estaban a la orilla del mar y vieron a un hombre que se ahogaba. Se preguntaron qué hacer. El primero, sin dudarlo, se lanzó al agua y casi muere en el intento por no saber apenas nadar. El segundo calculó mejor: tomó un bote cercano y se puso a remar. Pero la víctima no conseguía subirse a él y se hundía otra vez. El tercero, resolutivo, pidió a un marinero que contemplaba fríamente la escena que recogiera al bañista con su lancha a motor y que le pagaría por ello. Y esta vez sí hubo suerte. Pregunta: ¿quién es el héroe de esta historia? Uno tuvo la mejor intención. Otro fue prudente. El tercero, pragmático. Los tres hicieron bien, aunque el resultado fuera distinto. Para hacer lo correcto habría que hacer como esos tres. Fijarse en la actitud, por una parte. Pero también en el valor en sí de la acción. Y en el tipo de consecuencias que esta acarrearía. Aunque casi siempre sólo tenemos en cuenta una de las tres cosas, pocas veces dos, y rara vez las tres. Depende. Hay quien es más voluntarioso que inteligente, y al revés. O quien se queda en medio, el prudente. Pero todos tenemos un poco de las tres cosas.

—Y un poco de maldad también, ¿no? Hasta cuando somos buenos. Tú mismo lo has dicho antes —apostilló el muchacho—. Pero me decías que hay muchas más clases de personas malas que buenas, ¿verdad? —continuó, interesado.

Entonces temí que si la conversación continuaba por estos derroteros no terminaríamos el desalojo del consultorio ni en una semana. Me dije: ¿qué está sucediendo hoy? Vine a recoger mis bártulos, no a un debate como este y con mi pobre sobrino nieto.

—Seguramente —respondí para acabar—. Parece que conocemos primero lo que es malo, y que aprendemos antes las mil maneras de ser malo, empezando por el aparentar ser bueno. Eso, digo, antes de conocer lo que es bueno y también las formas que pueda haber de ser bueno.

—Pero has dicho que estas son pocas —recalcó.

—Pocas —respondí— o sólo una, si quieres: que tu forma de hacer sea buena, aquella que puedas compartir con otros sin problema. O, dicho de otra forma, que puedas traspasarla sin vergüenza a tus hijos, a los que vengan detrás de ti. Hasta a los sinvergüenzas les da reparo traspasar, al contrario, el mal, su mala voluntad... En la vida, muchacho —no pude menos que pensar en voz alta—, parece que todo, lo bueno y lo malo, es *traspasar*. Pasar genes, pasar palabras, pasar la fe, incluso creencias y costumbres. Pasar las manías, pasar la estupidez. Y, ya sabes, si una neurona no traspasa a la otra, ya no hay remedio: sinapsis fuera. Santiago Ramón y Cajal, que es como nuestro santo patrón —le señalé un retrato suyo que colgaba aún de la pared—, dijo que la conexión sináptica es el último refugio de la personalidad. Y vaya si no tenía razón. Tú trata de conectar siempre bien: lee, camina, duerme mucho, mejor no fumar y no bebas licores. Que cada gota de alcohol se lleva muchas neuronas por delante.

Y al decir esto al chico se le abrieron los ojos. Le pregunté si bebía y me contestó que apenas. Uno o dos whiskies por semana. Tenía presente que su padre fue alcohólico.

—Entonces —continué en broma—, si vas a un país extranjero, no sólo te aprendas aquellos cuatro verbos que son los imprescindibles...

—¿Cuáles son esos? —preguntó, curioso.

—Tienes que saber conjugar bien *entrar y salir, llenar y vaciar*... Pero aprende también a usar el verbo *traspasar*. En la vida se traspasa siempre una cosa u otra, y hasta a morir lo llamamos traspasar. Como para darle a la muerte un respiro, algo más de vida.

—Vaya —se limitó a decir, un poco perplejo—. Pero ¿sabes, tío?, no me gusta pensar en la muerte. En la facultad a principios del curso que viene ya habrá que examinar a un cadáver. Me marea un poco sólo pensarlo. Dicen que cada uno tiene que llevarse a casa una pieza del muerto para estudiarla. Y también saber pelar un dedo, pero eso no puede ser verdad. ¡A ver si tendré que dejar la carrera! —temió, de veras, mi pariente, a juzgar por su cara de preocupación...

Pero ¿estaba escrito en alguna parte que el día de mi jubilación, de mi *traspaso*, tenía que recibir esa visita sorpresa del muchacho, y acabar hablando con él de semejantes cosas?

—Consuélate —le dije—, al propio Ramón y Cajal, su padre, don Justo, lo llevaba al cementerio las noches de luna llena para desenterrar huesos de la fosa común y estudiarlos luego en su casa, tal como tú temes.

—Ya, pero a mí lo que me asusta es el cadáver de uno que esté recién muerto. Una chica de segundo curso asistió a una autopsia. Al cadáver sólo se le veía el pecho, el resto estaba cubierto. Se lo abrieron, y hasta aquí, nada. Pero cuando la sábana dejó ver la mano de una mujer joven, con la manicura roja y reciente, la estudiante cayó en redondo, desmayada. Yo haría igual —me dijo, estremecido.

—Pero seguro que al día siguiente la chica volvió a la facultad, ¿verdad?

—Se ve que sí —respondió.

—Será una buena médica —auguré—. Tiene sensibilidad. Y tú también.

—Aún no me has hablado de las clases, según tú, de gente mala —me pidió.

—Es que no tengo mucho empeño en ello —respondí—. Ya te he dicho que todos tenemos algo de miserables. Unos más, otros menos. Pero es que entre la gente mala también hay detalles buenos. No voy a condenarla de buenas a primeras.

—Pero habrá algunos sin estas delicadezas, ¿verdad? —se interesó el muchacho.

—Ya lo creo. Una vez tuve un pequeño paciente epiléptico. Tendría unos siete años y le gustaba mucho dibujar historietas. Un día me trajo una curiosa ilustración: una mano empuñando un afilado puñal del que caían varias gotas de sangre. Debajo, en una especie de banderola al aire, y en mayúsculas, había escrito el pobrecillo: «¡CUIDADO CON EL CRIMEN!». Me hizo gracia enseguida y le felicité por la ocurrencia. Pero luego pensé: la criatura tiene razón. Lo primero que habría que evitar es que te maten.

Dejando a un lado los libros y con las manos en los bolsillos, Eduardo soltó una carcajada que me pareció que no venía a cuento.

—Pues a mí me pareció algo tan serio —le hice notar— que colgué este aviso del niño de manera bien visible, justo ahí detrás de donde me siento. Y aquí estuvo durante un par de años, hasta que don Hilario me pidió por favor que lo quitara. No pude evitar preguntarle por qué, y me dijo que, hombre, a ver qué iban a pensar los pacientes cuando leyeran eso tan intimidatorio. Pensarían que en el hospital se mata a la gente. Estuve a punto de preguntarle, con sarcasmo, si es que algún pez gordo de nuestros pacientes podía darse por aludido, o quizás él mismo... Pero no se terciaba.

No sé si Eduardo captó eso, porque sólo me preguntó, con perlititas de sudor en la frente por el calor de la sala:

—¿Qué significa terciar? —pero prosiguió—: Entonces el crimen es para ti lo peor, ya veo —comentó algo distraído, buscando con la vista otra caja por llenar—. ¿Qué estante he de vaciar ahora, tío?

—¿Lo ves? —pregunté a la vez—. Has dicho *vaciar*... Son los verbos importantes que decíamos: *vaciar*, *llenar*... Lo que estamos haciendo ahora.

—Claro, y *entrar*, y *salir*... —añadió él, simpático. Le pregunté si eso era con ironía, por lo de mi traspaso—. Pero dime ya, tío —volviendo a su seriedad—. ¿Qué es lo peor, según tú, que puede cometer un hombre?

Dejé pasar unos segundos. Menuda mañana. Le miré:

—Sinceramente, ser cruel —contesté.

—¿Ser cruel? —dijo, frunciendo el ceño.

—Sí. Para mí, la crueldad es lo peor del ser humano —afirmé—. Los tipos crueles no sólo no evitan el mal, sino que lo buscan, y además lo buscan por el mal mismo.

—O peor —añadió rápido el muchacho—, incluso pueden pensar que con esto hacen un bien.

—Pueden, sí. Pero están tan lejos del bien que dudo que piensen algo así. Ya que la vida es mortal, y es corta, y es tan frágil, que encima haya quien disfrute perjudicándote, eso me parece de lo más aborrecible. No hay perdón posible para esos.

—¿No perdonarías nunca un acto de crueldad, entonces? —preguntó.

—Nunca —repuse—. Si Dios puede, que lo haga. Yo, no.

—Estoy de acuerdo. Los asesinos y los dictadores no tienen perdón —dijo reflexivo.

—Pero la crueldad —añadí— no sólo es la de ellos. El mundo está regido hoy por la ley de la jungla, la razón del más fuerte, aunque esos poderosos no empuñen ningún puñal. Pero firman al día miles de sentencias indirectas de muerte, con sus fríos negocios, sus maquinaciones de poder, su delirio de ser como dioses. Aunque dioses mediocres, porque a mayores no llegan.

El chico asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Y qué otra cosa crees que es lo más detestable?

—Después de la crueldad —le respondí—, las otras quedan a mucha distancia, porque todas son males humanos. La crueldad, no; es lo único que me parece inhumano. Pero, sí: hay otras cosas condenables, creo yo...

—No me digas la siguiente —dijo él, volviendo a tomar libros— porque ya me la imagino, tratándose de ti. —Y me confesó—: La estupidez.

—No está mal pensado, pero hay otra peor para mí.

—Ya sé —dijo como jugando—: ¡La mentira! Ahora sí que acierto.

—Pues, no —y me alegré al contradecirle—. Porque si nuestra mente detectara todas las mentiras que nos cuentan, ¡nadie se hablaría ya! Son malas, son infames algunas; pero mentir no me parece lo más grave. Como la estupidez: cada día, sin quererlo, seguro que tú y yo hemos sido un estúpido para alguien.

—¿Qué es, entonces, eso otro tan malo? —preguntó algo inquieto.

Entretanto, yo me quité la bata, acalorado por el trabajo y el esfuerzo de hablar sobre esos temas. Suspiré.

—Pensaba que me lo preguntarías. Y yo te digo: la indiferencia. Es algo que me subleva casi tanto como la crueldad...

—Sí —agregó él—, hay gente que hace como si la persona que tiene delante no existiera.

—Pero tú no sabes cuántos motivos puede llegar a tener esta conducta —continué—. En general, digamos que nos hace ser indiferentes el egoísmo mezquino y de vuelo bajo. Pero también otras cosas lo provocan: la insensibilidad, el miedo, los prejuicios, la

propia falta de juicio, la ignorancia, o simplemente el ser burros. —Al decir yo esta palabra, Eduardo sonrió.

—Entonces —comentó—, la indiferencia se cura con los estudios, la cultura, ¿no es así?

—En parte, diría yo —contesté—. Pero no lo asegura. Puedes saber mucho, y hasta mucho sobre el otro, y ser indiferente hacia él y hacia todo el resto a pesar de tus conocimientos. Y hasta odiarle, aunque tú mismo puedas reconocer que no hay una razón para odiarle. En las guerras civiles o en los genocidios siempre hay algún intelectual entre los provocadores, o todo un pueblo que ha pasado por la escuela, incluso por la universidad, y luego todos se comportan como máquinas, sin sentimientos. Mira los nazis. Una de las naciones más cultas, con su Bach, su Kant, su Einstein, para acabar fabricando cámaras de gas donde metían a padres e hijos desnudos...

—¿No habrá un profiláctico contra la insensibilidad? —se preguntó, y a mí me hizo gracia lo de *profiláctico*.

—El único antídoto contra la indiferencia —dije yo— quizás sea el compromiso.

Y él observó con sinceridad:

—Siempre me ha gustado esta idea: el compromiso. Pero no la acabo de entender muy bien, y no sé tampoco cómo se pondría eso en práctica.

—Comprometerse —dije— es querer ser amo de tu destino y decidir tomarlo en tus manos. Es intentar ser coherente contigo mismo y pensar que lo has de ser también con los demás. Es querer avisarles de que estás vivo y de que permaneces alerta. Y admitirlo también de ellos. El que se compromete, se sirve del cerebro para alguna causa y no sólo para reaccionar frente a los estímulos. Si piensas que el cerebro sólo es una máquina para la adaptación, para sobrevivir, todo se vuelve muy llano y la evolución se detiene. Es como el silencio que de pronto se hace en la selva: indica una amenaza inminente. —Eduardo tan solo alzó las cejas—. Tú tienes que comprometerte a sacar adelante tu carrera. Pero también a hacerlo con decencia, sin pisar a nadie ni esquivar tus responsabilidades con la gente que te rodea. Ni con los que sufren, por lejos que estén, ya que tú también quieres ser médico. ¡El mundo es tan irracional! A veces me pregunto por qué hay que curar el desorden del enfermo si lo que habría que curar primero es el desorden del mundo entero. Pero sin un compromiso no se cura nada. No arreglaremos el medio ambiente, ni acabaremos con la desnutrición infantil, las grandes diferencias sociales, la esclavitud... Y si tú no das un paso, no esperes que otros lo hagan. Tienes que darlo, y eso es comprometerse. No hay más secreto.

—Ya veo, ya veo... —musitó Eduardo, como si ya estuviera cansado de tantas palabras.

Durante un rato el muchacho me ayudó a embalar los pequeños objetos de mi despacho. Un par de veces le comenté que llevábamos ya mucho retraso y que nos pillaría la tarde. Lo reconoció, disculpándose.

—No, soy yo —dije— que hablo demasiado. Una vez me dejó plantado una chica mientras nos besábamos: es que hablas demasiado, se quejó.

Entretanto, Eduardo trepaba a los estantes, clasificaba las piezas y las introducía con delicadeza en las cajas que se esparcían aquí y allá en el suelo. Luego las cerraba con sus largas y lisas manos. Mirándoselas, pensé que así permanecerían durante años todos estos contenedores de recuerdos: cerrados por unas manos inocentes, como si se tratara de su destino natural. Y me resigné a la idea.

Le comenté que parecía que le gustase este trabajo para él tan inesperado. Sonrió tímidamente, pero de pronto hizo una mueca de sorpresa mirando hacia arriba y detrás de mi cabeza:

—Pero, tío, la chica de ese retrato, ¿no es mi abuela?

Me volví hacia donde señalaba, y le dije que, en efecto, era mi prima Laura, su abuela paterna y la persona que, de hecho, lo había criado a él.

—¡Qué joven! —dijo admirado.

—Claro —contesté—, los jóvenes pensáis que los mayores siempre hemos sido mayores.

—¿Y por qué tienes esta foto? —preguntó pensativo, sin apartar la vista de aquel retrato en blanco y negro de una mujer de mirada cándida y labios finos, con el típico moño ye-yé de los años sesenta del siglo XX.

—De todos mis primos —le expliqué—, Laura y su hermana eran los mayores. Laura, la menor de las dos, tendría hoy setenta y cinco años, o sea cinco más que yo. Murió poco antes de cumplir los sesenta y cuatro, cuando calculo que tú tenías unos diez añitos. La foto está ahí desde esta fecha, la de su muerte. Y es que eso fue un golpe para mí. Ya sabes que murió de repente y cuando más dedicada estaba a ti, para cuidarte y educarte. Justo acababa de regresar de unas vacaciones contigo en la playa, en su apartamento. También hacía muy poco que yo había estado con ella en su casa, porque me llamó para entregarme unos libros antiguos. Tú andabas por ahí alrededor, con mi hija pequeña, Catalina. En ese último día, Laura me contó, feliz, las muchas cosas que hacía en sus horas libres: inglés, clases de teatro, un curso de grafología. Con su hablar apresurado y la voz afónica, entrecortada, por tantas cosas como quería decirme, parecía aún una niña que acabase de descubrir el mundo. Siempre fue así. Aparentaba menos edad de la que tenía. Pero de pronto se marchó del mundo... Lloré por ella, y en parte lloré por mí, porque me acordaba de nuestra infancia compartida y de lo mucho que Laura, de alguna manera, influyó sobre mí. Algo mío se moría, también.

—Pero ¿cómo podía influirte ella, que era menor, como tú? —preguntó de inmediato—. ¿Qué tenía en especial mi abuela de pequeña?

Con nostalgia, le respondí:

—Cuando era niño, yo sólo deseaba que llegara el domingo para pasar las tardes en su casa, donde, a diferencia de la mía, había libros, atlas de geografía, una enorme enciclopedia, muchos papeles en que escribir o dibujar... Y todas las cosas se guardaban

pulcramente en su sitio. Su padre, propietario de un bazar con mucha clientela, era un hombre culto y meticulado, de frente ancha y lentes de concha redondas. También nos pasaba películas, de aquellas en blanco y negro. Muchas de Charlot y del Gordo y el Flaco, con un proyector de importación y las luces de la habitación apagadas. Todavía recuerdo el olor del celuloide y las risas de todos los primos, sentados en el suelo. A veces, mi tío me dejaba asomar a su escritorio, donde clasificaba sellos y monedas, ayudado de pinzas y lupa. Escribía todas sus notas con pluma estilográfica y buena caligrafía. Luego les pasaba un papel secante por encima. Yo no me movía de ahí, pasmado.

—Tío, tú no eras un niño normal —comentó Eduardo.

—Bueno, te diré más: en la casa había un altillo. Y esa era mi atracción favorita. Tenía un suelo de madera que crujía cuando caminábamos sobre él, de rodillas. Ahí subíamos mis primas y yo por una escalera de mano, dábamos la luz y se nos pasaban las horas volando. A un lado, en ese altillo, estaban los juguetes. Recuerdo las piezas de arquitectura de madera y las casas en miniatura de cartón, teatrillos y cajas de música, juegos de mesa, peonzas, rompecabezas, el diábolo saltarín, y un pez de escamas verdes y brillantes que al darle cuerda perseguía a otro pez más pequeño y se lo tragaba. Al otro lado del altillo, cuentos y libros infantiles. Y apilados, junto a la pared, los trabajos escolares de las niñas. Una y otra vez le pedía a Laura que me mostrara sus dibujos, siempre con trazos precisos y vivos colores, y todos ellos muy bien guardados, en álbumes o en cajas de camisas. Un mundo perfecto es todavía para mí el mundo de aquellos dibujos: bello, ordenado, de contornos definidos. Aún ahora, lo que no puedo dibujar, no lo puedo comprender...

—Eso mismo —interrumpió Eduardo— nos dice el profesor de anatomía mientras llena la pizarra. *Dibújenlo y lo entenderán*, repite siempre. Nos ha explicado que Santiago Ramón y Cajal dibujaba muy bien y que él mismo veía al cerebro como una obra de arte. Igual que el otro neurólogo famoso, Golgi, descubrió con el microscopio que las neuronas y los neurotransmisores —«Ajá», le confirmé— son formas muy bonitas y que a ellos les encantaba reproducirlas en la pizarra y en colores para sus alumnos...

—Fíjate —añadí—: sin esos dibujos, que son como estrellas rojas, ríos amarillos, praderas azules..., las ciencias del cerebro no habrían avanzado tanto hasta hoy. Se ve que hasta que no mostraron estas imágenes, los colegas de don Santiago y de don Camillo no aceptaron sus descubrimientos sobre el sistema nervioso —le dije, exultante, como si me lo hubieran acabado de contar momentos atrás—. Seguro que no sabes que antes de entrar en la facultad yo trabajé tres años de dibujante en una agencia de publicidad y que aún continué dos años más en este oficio. De algo me ha servido. Por lo menos, para hacer dibujos, como estos de las neuronas y de todos los complejos celulares, y memorizarlos. Y luego para hacer esquemas con las historias de mis pacientes. En mi campo, hay que tener bien ordenada la cabeza, con imágenes claras...

—Vaya —dijo Eduardo, decidido—, yo hubiera querido un altillo como ese que dices en casa de tu prima y con todos sus dibujos tan bonitos. Jamás he tenido un rincón para mí —suspiró el muchacho.

—La verdad —continuó— es que yo nunca quería salir de allí arriba. Además, recuerdo que luego me daba vértigo bajar por aquella escalera de mano.

—Claro, tío —agregó irónico Eduardo—, porque estabas en un mundo tan alto...

—Pero no puedo renunciar a él —insistió—. Intentar ser honrado, hacer bien tu trabajo, hasta ser justo, te diría: todo eso implica tener un ideal. Aquel altillo fue como mi primer ateneo. Y si además tienes el estímulo de unos buenos ejemplos, mucho mejor. A mí me ayudó el referente de mi prima, tu abuela, y el ambiente de su casa. Así que cuando llegaba la hora de tener que marcharse de ella, cada domingo al anochecer, no podía hacerlo sin llevarme de ahí un buen fajo de papeles para llenarlos con mis dibujos durante la semana, imitando los que había visto en aquel altillo. Un altillo: mi horizonte. Por eso, al morir tu abuela, me pareció que la justicia se quebraba y que mi mundo en parte desaparecía. El altillo de la felicidad educada se había quedado a oscuras. Alguien había apagado de repente aquella bombilla que lo iluminaba desde encima del ventanuco de entrada. Si la verdad *es alguien*, como yo creo, la belleza y la bondad también son alguien. Y mi prima ya no está. Por eso puse su foto aquí, al día siguiente de irse.

Tras un silencio, el muchacho habló, contenido.

—Hace poco tuvimos un problema con mi abuelo Pascual. Desde que ella murió, lo está pasando mal.

—Sí —le informé—, tu padre lo trajo aquí hace unos años. Se le aceleró su alzheimer.

Y él añadió:

—Pero no deja de preguntar por mi abuela. La semana pasada, mientras mi novia me llevaba en su moto, le vimos, a medianoche, caminando muy de prisa, calle arriba. Nos detuvimos para preguntarle hacia dónde iba a aquellas horas. Nos dijo que iba a echar una carta que acababa de escribirle a mi abuela, para que ella la pudiera leer desde el cielo antes de que se hiciera de día. A mi novia le caían las lágrimas. Yo telefoneé enseguida a mi padre: ven a buscar al abuelo...

—Es verdad —dije yo—, tu abuelo la quería a pesar de que no se llevaban nada bien al final. Laura había tenido antes de casarse un novio que la engañaba a troche y moche, abusando de su credulidad y de su buena fe. Era un tipo flacucho, pelirrojo y con tez de viruela. Se reía de sus propios chistes, que contaba con voz nasal y enseñando siempre su gran dentadura. La mostraba hasta cuando hablaba en serio. Le decía a mi prima que estaba acabando la carrera de medicina y que se preparara para casarse y vivir con todas las comodidades. Ella nos lo contaba la mar de feliz. Pero nos parecía el cuento de la lechera. Pronto se descubrió que en realidad aquel tipo era el mozo de almacén de un laboratorio farmacéutico y que los libros que solía llevar consigo

simplemente los retiraba de la biblioteca de esa compañía. También le decía a mi prima que sus padres vivían en un gran apartamento de la parte alta de la ciudad, cuando la verdad es que eran los porteros de un edificio de esta zona. Rompieron al día siguiente de que ella, ante el apremio de sus futuros suegros, aceptara cenar en su casa y se viera de pronto comiendo en una modesta vivienda, al pie de la escalera. Y fin de la película. Pero aún después de descubrir el engaño —continué—, Laura no parecía escarmentar y siguió siendo como una niña, ingenua e inocente. Pascual, con diez años más que ella, la quiso así como era, y creo que la comprendió toda la vida bastante bien. Laura se quejaba, es cierto, del carácter rutinario y aburrido de su compañero. Pero es que, además, tan pronto como se jubiló, tu abuelo empezó a hundirse, y al final, presenil, todo le daba lo mismo.

—¿Dirías que él a mí también me quería? —se interesó, preocupado, el chico.

—Con seguridad —respondí—. Allí adonde iba ella contigo, tu abuelo os seguía. Recuerda siempre que gracias a él, sobre todo, pudiste seguir adelante después de la muerte de Laura, tu abuela, quien más te cuidaba.

Por sus preguntas deduje lo poco que sabía Eduardo de su familia. Pensando en la pobre Laura, me dije que eso sí era estar muerto: cuando ni siquiera en tu familia sales en la conversación, ni para bien ni para mal.

—Es que tengo poca familia y encima nadie me cuenta nada —agregó Eduardo, entre triste y quejoso.

—Yo creo que hay que seguir hablando de los nuestros aun cuando ya no estén. Pero hablar bien, claro está. Si no, mejor callar. Pues si hablas mal de los que ya no están, ellos no pueden defenderse y además puede que no estés diciendo la verdad. Al mismo tiempo, si tú hablas mal de los muertos, permites que también se hable mal de ti cuando lo estés. Yo no espero que se hable bien de mí, pero por lo menos me gustaría dejar una imagen lo menos desagradable posible.

—Tío —me preguntó cambiando de pronto—, ¿crees que voy a salir adelante con mi carrera? Lo digo porque, oyéndote, me parece que no voy a tener tanta suerte como tú. Yo he crecido casi huérfano, con unos padres ausentes y sin nadie que me orientase. Nadie me había hablado hasta ahora de lo que está bien o está mal. Creo que eso sólo lo he aprendido de las películas. Y también de lo que recuerdo de mi abuela.

—Las últimas palabras de ella —le recordé— fueron que nos ocupásemos de ti y de tus estudios.

—Pero ¡sólo tengo una novia y una beca! —contestó.

Yo sonreí.

—Sin embargo —dije—, tienes salud, estás ya en la universidad y quieres ser médico. ¿Qué puede hacerte pensar que no vas a salir adelante?

—La gente de mi generación —respondió— da por seguro que casi todo, en la vida, fracasa: amistad, pareja, trabajo, hasta la relación con tus hijos... A veces pienso que yo no tengo por qué ser una excepción. Perdí a la persona que me cuidaba y que más

quería, y tengo miedo de perder otra vez todas las que me puedan querer. También me pregunto a veces si algún día alguien sabrá de verdad todo lo que yo he sufrido desde que perdí a esta persona, a mi abuela. Eso sí que sería un fracaso, peor incluso que si nadie me quisiera...

—No estoy de acuerdo, Eduardo —contesté—. Para cualquier situación, las cosas no son exactamente como se presentan, sino cómo te las tomas y las valoras, que es lo más importante. Lo que para unos es un fracaso, para otros no lo es, y viceversa... Depende de la expectativa que pones en cada asunto. Si vas engañado, te vas a desengañar, claro. Pero el fracaso sólo existe para el que cree en él. Hace unos días entré en una cafetería de Nueva York y mientras sumergía mi cruasán en el café con leche vi escrita en la pared de enfrente una frase de Winston Churchill, el político inglés del puro: «El éxito es aprender a ir de fracaso en fracaso sin desesperarse». Entonces, para una mentalidad como esta, ya no hay fracaso que valga.

—Eres muy optimista. ¿Quieres que yo piense que estoy teniendo éxito? —replicó contrariado.

—Para mí —reflexioné—, no fracasamos como personas, sino como miembros de un cuerpo mayor, la sociedad, que nos zarandea a poco que nos descuidemos y luego nos hace responsables, individualmente, de ese maltrato.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Verás, Eduardo, son muchos años de atender a gente que sufre y que te cuenta su vida. Mira, un gran fracaso es no conseguir comunicarnos. Quizás sea el mayor de todos ellos. Toda una vida de esfuerzo y preocupaciones para caer en la cuenta de que lo más importante que querías decir, y que podía haber aliviado esa vida nuestra, corta, sufriente y siempre expuesta, al final no lo has dicho. Y lo peor: que no lo has dicho porque no has querido, no porque no hayas podido. Y así pasamos. A partir de aquí, todos los otros fracasos tienen menos importancia.

—¿Cómo cuáles? —preguntó.

—Es muy sencillo —respondí—. No haber conservado los amigos; permanecer resentido con algunas personas; no haber evitado que otros sufrieran por nuestra culpa; echarse más culpas de la cuenta; no haber ni siquiera intentado realizar lo que queríamos; haber seguido con la rutina, cuando el cambio era lo que nos convenía; y hasta, si me apuras, no haber sabido contar nuestra historia, ni la de nuestros antepasados, a los que vienen detrás de nosotros. Porque, muertos nosotros, se muere todo un archivo de memorias y visiones, desaparece una historia.

—Sí, nadie sabrá —dijo él—, si no lo cuento, lo infeliz que he sido yo de niño. Quiero que se sepa —recalcó el chico.

—Pues cuéntalo. A todas estas cosas, en fin, las llamo yo fracasar. Todo lo demás, los empeños menores, como la profesión, las actividades, las aficiones... todo esto, al contrario, apunta, por su tendencia natural, al éxito. Sólo tienes que empujar hacia él. No deja de ser un consuelo.

—Entonces, y por lo que me cuentas, ¿tú te sientes fracasado, después de todo? —quiso saber.

—Uno —contesté— puede fracasar o no como persona. Yo no creo haber fracasado en este sentido. Pero sólo por el hecho de ser hijos de la naturaleza y de la sociedad, el fracaso es algo inevitable. —Eduardo frunció el ceño—. Sí —continué—, a la que reflexionamos un poco, nos damos cuenta de que, en la vida, no vamos a conseguir todo lo que queremos. Pero tampoco todo lo que podemos. Porque si nuestros poderes ya son de por sí limitados, el criterio para aplicarlos, y las circunstancias, también son limitados. El inteligente es torpe en algunas cosas, y el que tiene voluntad elige a veces lo que no le conviene. Ocurre con algo tan sencillo como con el hecho de comunicarnos. Las palabras no lo pueden decir todo, de acuerdo; estamos por naturaleza limitados. Pero es más triste aún usarlas para hacer daño. O renunciar a ellas, cuando lo que deberíamos es hablar. Ahí interviene la sociedad, con sus convenciones y sus prejuicios. Esta es también mi experiencia como médico. Que nuestros fracasos, que a veces se traducen en enfermedades, vienen de no conseguir que nos comuniquemos...

—¿Y hay que sentirse desgraciado por esto? —inquirió el muchacho—. Mis padres habrían fracasado en todo, y yo no los veo hoy muy amargados.

—Hombre —respondí—, el fracaso forma parte de nuestra condición. Somos imperfectos, no queda más remedio que reconocerlo. Pero saberse humanos nos hace, de paso, un poco más humanos, ¿no? Ya es algo. Los estúpidos desconocen eso. Entonces, no hay que amargarse por fracasar, así, en el fondo, como seres humanos. Además, sufriríamos el doble.

Volvimos durante un rato a nuestro trabajo.

—Esta cara me suena —dijo Eduardo al ver otro retrato en una estantería. Era el rostro risueño, en color, de una mujer joven de ojos negros y mirada intensa.

—Es otra prima mía —dije—. Y prima de tu abuela también, aunque más joven, y por cierto con el mismo nombre, Laura...

El muchacho reaccionó de inmediato:

—Ahora caigo. Sé perfectamente quién es porque la vi varias veces en casa de mi abuela, por Navidad o así.

—Se llevaban unos diez o doce años —le dije—. Durante nuestra infancia vivimos en casas cercanas, de manera que coincidíamos muchas veces. Pero a ella la llamábamos Laurita, para distinguirla de la otra prima, de tu abuela...

—¡Qué coincidencia que se llamaran igual! —observó Eduardo—. ¿No sería por la película *Laura*, de Otto Preminger? Es que a mí me gusta el cine antiguo —añadió.

Le dije que ignoraba si fue por eso, y que igual sí. Pero le recordé haber conocido, por cierto en mi adolescencia, a otra Laura en el pueblo donde yo veraneaba.

—Era la hija de unos granjeros que por las tardes vendían la leche recién ordeñada de sus vacas. Ella solía ayudarles a despacharla, con lo cual, orgullo de mi madre, yo estaba siempre dispuesto a ir a por la leche. La muchacha, con parsimonia, servía el

líquido a través de un embudo apoyado en mi abollada lechera de aluminio. Mientras tanto, yo la contemplaba enamorado de sus grandes ojos negros, las pecas de la nariz y su media melena de pelo castaño rojizo, recogido con una cinta de color que dejaba al descubierto una frente ancha y bonita. A veces, durante la delicada operación, nos mirábamos fijamente a los ojos. Por lo cual, en una ocasión, la leche se derramó sobre el mármol del mostrador y al intentar ella enjuagarla, nuestras manos se tocaron unos instantes. Me pasé el verano, créeme, añorando este roce. Cuántas novias que no hemos tenido...

Eduardo se quedó sonriendo. El caso es que mi nieto segundo me pidió que le hablara de mi otra prima Laura. Pero antes de contestarle pude percatarme de la estrechez de su rostro y de su cuello alto y poderoso. Con su blanca dentadura, ofrecía en conjunto la estampa de un niño rico y mimado que se había hecho mayor de pronto. Pero mi nieto no era ninguna de estas cosas.

—Laurita es psicóloga —empecé—. Es una de las pocas mujeres de mi familia con carrera y viajes profesionales. Hizo prácticas en este mismo hospital. Fue cuando le tomé esta fotografía. Colaboramos incluso en un proyecto de salud familiar. Se casó muy pronto, con un cirujano de otra ciudad, y tuvieron una niña, Aina, que ahora debe contar unos treinta y tantos años. Pero mi prima se separó de su pareja al cabo de poco tiempo. Laurita tuvo que criar a la niña en solitario. Trabajaba fuera de casa y además estuvo preparando unas oposiciones, que ganó. Salió al extranjero para cursar un máster y preparar la tesis doctoral. Su especialidad era la psicología familiar. Lo cual es un poco irónico, porque ella tuvo un gran problema con su propia familia.

—Pero separarse no es un problema —espetó Eduardo.

—Desde luego —dije—. No tiene por qué serlo, pero es que su problema era otro, no el divorcio. Laurita ha tenido una vida accidentada y creo que bastante dolorosa. Ya poco antes de su separación padeció uno o dos abortos terapéuticos. Luego le practicaron una histerectomía total. Al cabo de unos años, y al hacerse mayor de edad, su hija decidió marcharse de casa y estudiar en París, pero contra la voluntad de su madre, mi prima, que la quería siempre cerca de ella. La chica gozaba, en cambio, del apoyo de su abuela materna, que la adoraba.

»Eso provocó entre Laurita y su propia madre un duro enfrentamiento que duró hasta la muerte de esta. Prácticamente no se hablaban y la relación se complicó aún más cuando Aina, la joven, tuvo que ser intervenida de urgencia por una insuficiencia mitral. Los médicos siempre aconsejamos después de esto una recuperación tranquila y sin esfuerzos. Pero ella insistió en marcharse de nuevo, otra vez con el apoyo de la abuela. Y la chica se fue, arriesgando incluso su vida, siendo ahora ella la que se oponía a la madre porque esta le privaba, decía, de su libertad. Entonces la pugna entre Laurita y su madre se enconó, al mismo tiempo que la relación entre Aina y mi prima tocaba fondo. Aina le colgaba el teléfono a su propia madre. Mi prima se quedó, así, sin madre y sin

hija, aparte de estar desde hacía tiempo sin pareja. Debe de ser terrible la desesperación de una madre que no sabe dónde se halla su hija, ni en qué situación de salud se encuentra, estando además esta chica tan delicada del corazón.

»Por eso yo quise mediar un par de veces en aquel conflicto, pero fracasé desde el primer intento. La nieta no me respondía; la abuela, por su parte, me hablaba de su mala hija, y esta, de su mala madre.

»Y así hasta que —las desgracias no vienen solas— mi prima, acabando su tesis en Italia, tuvo la mala suerte de resbalar por la escalinata de un edificio público por un defecto de construcción. Se fracturó la cadera y un pie. Tuvo que ser intervenida, pero la recuperación le fue fatal. La cosa pasó a manos de abogados y ella quedó inmovilizada allí, en el extranjero, durante casi dos años, sin poder trabajar ni estudiar. Y aún más incomunicada que antes.

—Sé que es una historia triste —le dije al chico—. Pero es cierta. Como se suele decir, la realidad supera la ficción. Aunque en mi familia hay también historias alegres. Sucedió después que, una Navidad, Laurita me escribió un mensaje electrónico desolador. Tenían que volver a operarla, no sabía nada de su hija y continuaba desesperada por la indiferencia de su madre. Rápidamente le contesté para animarla. A través de una amiga de su hija, le pidió a esta que fuera a visitarla; pero la chica rehusó, insistiendo en que su madre, Laurita, siempre la había privado de libertad. Más adelante hablamos un par de veces por teléfono, pero a pesar de que veía a mi prima controlar bien su situación, tan penosa, como puedes ver, estaba seguro de que en realidad ella se sentía hundida. Y más de una vez yo imaginé que acabaría haciendo lo peor...

—¿Como suicidarse? —preguntó él, abriendo más los ojos.

—Sí, claro —contesté.

—Pero ¿eso te parece una salida lógica? —inquirió Eduardo.

—Ni mucho menos —alegué—, pero estadísticamente es la salida de algunos cuando sienten que el centro de gravedad de su cuerpo está pegado al suelo y que de ahí ya no se levanta. O cuando dentro de ti todo es oscuridad y la mínima luz de fuera te molesta. Entonces apagas esa luz. La oscuridad se hace tan densa que tira de ti y te dejas caer ahí dentro sin esfuerzo.

—¿Eso es instintivo? —preguntó.

—No lo sé. Es un acto antievolutivo, por lo menos. Pero tampoco diría que es voluntario o debido a las circunstancias. La mayoría de los suicidas padecen una depresión fuerte. Es una enfermedad.

Eduardo interrumpió:

—Pero la depresión puede tener causas sociales, ¿no?

—Sí —dije—. Yo creo que muchas veces es así. La sociedad, con casi todas sus convenciones, te pone prótesis en las piernas y te hace creer que ese es el modo natural de andar. Entonces, si se te estropean o te las quitan, la sociedad te dice que estás enfermo y te hace sentir mal, como si tú fueras el responsable. Así pasa con el

matrimonio, la autoridad, la religión, el éxito profesional, la propiedad, hasta con tu físico o tu identidad personal...Y la depresión es casi siempre una consecuencia de este fracaso artificial, no tuyo en realidad. El suicida es casi siempre la víctima de un homicidio social.

—Debe de ser horrible, a pesar de todo, tomar esta decisión —exclamó Eduardo—. Yo nunca lo haría.

Pero la conversación se detuvo aquí. Un colega llamó a la puerta insistiendo en que le acompañara a desayunar. Le dije que nos veríamos en la cafetería y que vendría conmigo el muchacho, mi nieto.

—¡Qué primas más distintas, las dos Lauras! —exclamó él mientras se ponía la chaqueta—. Pero ¿a qué crees que se debía esa fuerza de carácter de tu otra prima, la psicóloga?

—Yo creo —contesté— que era así de fuerte y constante porque ante todo se sentía libre. Cosa que se ve que no le gustaba tanto de su propia hija... O, al revés, que se sentía libre justo porque luchaba. Porque esta era, seguramente, su naturaleza. En la motivación de las personas juega tanto lo uno como lo otro. La resistencia de mi prima creo que era naturaleza y libertad a la vez —dije mientras cerraba la puerta con llave—. Mira, la llave del último día.

Entretanto, me sorprendió no ver otras batas blancas en la escalera y en el trayecto hacia la cafetería. Me pareció muy extraño. Noté incluso un silencio inusual al acercarnos al lugar del desayuno. Pero de pronto me vi rodeado por un coro de gente que parecía esperarme y me recibió con un fuerte aplauso y felicitaciones. Me puse muy contento. Di abrazos a todos. Las enfermeras me besaron. Una de ellas, mi última ayudante, acercó un pastel con velas encendidas. Tantas, supuse, como años de trabajo en el hospital. Me vinieron las lágrimas y algunas compañeras emitieron un ¡oooh! que me hizo sentir viejo por primera vez.

—¡Barra libre! —exclamé, y algún bromista soltó en voz baja:

—¡Cárgasela a don Hilario!

—Por cierto, ¿dónde está nuestro gerente? —pregunté al oír su nombre.

Todos se miraron entre sí y sonrieron. Me dijeron que desde el día anterior estaba ausente por haber tenido que ir a declarar en la comisaría. Y de las sonrisas se pasó al cuchicheo entre grupitos.

Me volví hacia Eduardo y le dije en voz baja:

—¿Lo ves? Ya lo han pillado.

Pregunté qué ocurría, y cuál no fue mi sorpresa cuando, entre risas y chanzas, uno de mis colegas, recomponiéndose, me informó de que nuestro polémico gerente, al sacar a pasear a su perrito un par de noches atrás, recibió nada menos que el impacto de un meteorito del tamaño de un melón, a sólo unos palmos de sus pies, dejando un buen boquete en el suelo y al pobre animal enloquecido. El hecho extraordinario movilizó a la

prensa y la policía, pero yo no me había enterado. Hilario, al que vieron al día siguiente todavía muy afectado por el susto tremendo, andaba de trámites y declaraciones. Hasta le llamó la NASA para una entrevista y para comprarle el objeto del cielo.

—¡Que nos deje aquí el meteorito, y le pondremos su nombre! —dijo otro compañero.

—Entonces, me libro de despedirme de él... —le susurré feliz a mi sobrino nieto. El acto de mi despedida se convirtió en la pantomima general sobre Hilario y su meteorito.

—¿Lo ves? Como te dije antes, la realidad supera a la ficción.

—¡Con lo que me gustaría a mí tener un meteorito! —exclamó Eduardo—. Aunque fueran unos gramitos... Hace poco, un compañero de la facultad estuvo en el museo de historia natural de Chicago y sacó muchas fotos de la colección de meteoritos que allí tienen. Algunos miden casi dos metros —comentó, admirado.

—Pero, observa —le comenté ya en la mesa—, algunos de los que ahora se ríen del jefe, mañana le aplaudirán. —El chico hizo una mueca de extrañeza—. Espera y alguno, dentro de una hora, se burlará a mis espaldas de esta despedida. Mucho abrazo y felicitaciones, pero sé de uno o dos que luego me criticarán sin piedad.

—Tío, pero hoy es tu día, y se los veía contentos de verdad.

Estaba preguntándome si no era un desagradecido con mis compañeros.

—Es verdad —le reconocí—. Pero yo aborrezco la hipocresía, de quien sea, aquí o fuera.

—Claro —me siguió.

—Y también detesto la ingratitud, la deslealtad, que se ocultan bajo esta careta, la de la hipocresía, para disimular. Es lo que hay casi siempre debajo de ella. Yo he visto y padecido mucho de esto en mi profesión, con mis propios colegas, a pesar de este día de hoy —remaché.

—Sí, en la facultad yo presto mis apuntes, y algunos no sólo no me devuelven el favor cuando les pido algo, sino que se alejan de mí, como si les hubiera hecho algún mal, en lugar de haberlos ayudado sin nada a cambio.

—Exacto —dije—, hay que estar avisados.

Pensé que mi nieto tenía un auténtico problema con sus apuntes, al mencionármelos otra vez.

—Pero veo —dijo de inmediato— que tú tienes una opinión bastante pesimista de la gente, ¿no es verdad?

—De algunos, sí; de otros, no. Hay buena gente y hay mala gente. Pero ni los unos son íntegramente buenos ni los otros absolutamente malos. En cualquiera hay siempre algo bueno y algo malo. Ya te lo comenté esta mañana. Lo que nos distingue a cada uno es la proporción que tenemos de cada cosa.

—Es curiosa esta teoría. ¿Es tuya? —preguntó curioso.

—Ni mía ni teoría —dije—. Es la vida. Tratar enfermedades es tratar a personas. Y recuerda que muchas enfermedades neurodegenerativas son de origen desconocido. Por lo tanto, tienes que extremar el conocimiento de la historia y de los hábitos de cada paciente. La enfermedad de parkinson se manifiesta con cambios extraños de conducta: desde un sexo muy activo a la inapetencia, desde la somnolencia al insomnio... Orinarse, ir acumulando cosas. Sólo después aparecen los síntomas más conocidos, como la lentitud y los temblores. Pero los pacientes no te quieren hablar de aquellas primeras señales. Tienes que tirar de la cuerda y atar cabos. Como en otras enfermedades nerviosas, vas penetrando en el interior de cada uno sin necesidad de rayos X. No es teoría: es la vida. Verás —continué—, todos los hombres y mujeres, salvadas las diferencias, la mayoría a la vista, todos somos en el fondo iguales. Iguales como organismos; iguales como destino. La muerte nos acaba de igualar a todos, ya que todos estamos en la misma cola de espera. Sólo eso debería hacernos más solidarios y comprensivos los unos con los otros. Pero muchos no se enteran de que venimos de la misma fuente y que vamos al mismo mar, donde nuestras moléculas se transforman en otras moléculas. No puedo entonces tener una mala opinión en general de la gente, como me preguntas. El destino es el mismo y la compasión es casi por igual hacia todos. Y te digo, a favor de los malos, que así como el bueno lo es en razón de que es bueno, el malo suele ser malo más bien por una gran debilidad.

—Porque comete un error —sugirió el muchacho.

—No —respondí—. Porque el tipo no es tan tonto; y, además, si nos creemos mucho eso, que en realidad es que se equivoca, le estamos casi disculpando. Y no se trata de compadecer igual al que hace daño que al que no lo hace. Al final, no existiría ni la idea de lo bueno ni la de lo malo. Si son malos, es porque no se han tomado la molestia de esforzarse en hacer lo que debían, pensando en sus posibles víctimas y la obligación de respetarlas. Eso está al alcance de todos, pero algunos no se permiten este esfuerzo. Actúan como si los demás no existiéramos, y son culpables por ello. Aunque, como te decía, obran muchas veces por debilidad. Les influye, por ejemplo, su mala salud, o un entorno difícil, o su infelicidad. Muchas cosas. Pero pocas que los excusen de verdad. Sabían lo que debían hacer y no lo hicieron, estando de su mano hacerlo. Pueden dar lástima, pero no mover a demasiada compasión. Ellos no la tuvieron por su víctima.

De vuelta al despacho, no pasaron ni veinte minutos y Eduardo ya me preguntaba por su familia. Puede que no sea cierta aquella frase de Aristóteles diciendo que «todos los hombres desean por naturaleza saber». Pero sí parece cierto que todos queremos saber al menos quiénes fueron nuestros padres.

Le dije a Eduardo que de la familia de su madre, Daniela, puesto que eran extranjeros, yo no sabía apenas nada.

—Pero a mí me gustaría ser médico en Oaxaca, de donde es ella —recalcó enseguida el chico.

—Pero si sé de la de tu padre —subrayé—. Él, como su hermano Oriol, tu tío, que es algo mayor —«Sí», dijo el chico—, son en definitiva hijos de mi querida prima Laura, tu abuela.

—¿Mi abuela —preguntó él— dices que conocía bien a tu otra prima, Laurita, la psicóloga del retrato?

—Naturalmente —aseguré—, ¡como que eran primas! Sus madres eran hermanas, y además las dos familias vivían sólo a dos portales de distancia, en la misma calle. Y todos los primos éramos nietos de la misma abuela, Mercedes. A nuestro abuelo no lo conocimos. Murió poco antes de estallar la guerra civil. Pero el hecho es que, dado que estábamos en la posguerra, nuestros padres tuvieron que trabajar muy duro. Con lo cual la yaya Mercedes fue una presencia constante en nuestra vida de niños. Para Laurita y sus hermanos, sobre todo, fue una segunda madre. Recordarla nos ha mantenido unidos a la mayoría de los primos. Fíjate, ahora que caigo, estoy hablando nada menos que de tu tatarabuela.

«Madre mía —pensé yo—, qué viejo soy, ¡si hasta conocí en mi niñez a Rita, la suegra de esta tatarabuela de Eduardo!»

—Tío, yo ya me pierdo... Nunca había oído hablar de vuestra abuela —dijo con tono cansino.

—Todo esto —insistí sin poder evitarlo— es para mí como si hubiera sucedido anteayer. Aunque son, déjame contar, cinco generaciones. Las dos que me han precedido, las dos que han venido después, y la mía. Tú naciste, echando cuentas, un poco más de un siglo después de mi abuela. En la historia, eso es muy poco.

—Pero ¿cómo puedes contar hasta tanto? —me preguntó, sorprendido.

—Simplemente, trato de recordar. Pero también mi profesión, con las historias de los pacientes, me ha acostumbrado a fijarme en el tiempo y a situar a las personas en él. Y tú tendrás que hacer lo mismo.

—Bueno, yo sólo te preguntaba por Laura... —quiso recordarme.

—Por Laura y por Laurita... —añadí.

—Eso. Por la relación entre las dos primas —aclaró.

—Pues no se criaron al mismo tiempo —le informé— por la diferencia de edad. Pero sí fueron criadas por la misma abuela. Y luego, claro está, coincidíamos muchas veces en casa de sus familias o en la mía. Pero ya ves que las dos primas siguieron cursos muy distintos. Laurita era independiente; tu abuela, menos. Era, me duele decírtelo, de carácter más bien débil y con un fondo de inocencia y candidez que la perjudicaba. Ella se lo creía todo y confiaba en todos. Se dedicó sólo a su familia, y la familia la devoró, si se puede decir así...

Eduardo me miró con semblante preocupado.

—¿Te refieres a mi abuelo y a mi padre? —preguntó.

Y yo tuve que responder:

—Sí, sobre todo a tu padre y también a tu tío. De tu abuelo Pascual ya te hablé. Pero los dos hijos fueron su martirio, aunque ella los quiso igual.

El diálogo se sucedió entre silencios y breves consultas sobre el modo de recoger y empaquetar el enorme montón de objetos del despacho. No dejamos de estar manos a la obra.

—Tu tío Oriol —le informé— abandonó los estudios muy pronto para dedicarse sólo al tenis. De jovencito había ganado varios campeonatos. Quería ser un profesional. Era un niño mimado y, además, creo que peligrosamente consentido. Puedes mimar a un hijo, pero no consentirle: será un desgraciado. Era tan guapo y de cuerpo tan atlético que todos le admiraban. Él se creía el centro del mundo. Tus abuelos le hacían fotos cada dos por tres. A mí me pareció que con este hijo, tu tío, estaban preparando un futuro caso clínico. Hasta que un día lo llevaron a una agencia de artistas y allí se quedó para pases de modelos y anuncios. Tu tío dejó el deporte y al mismo tiempo se complicó la vida con las drogas. En casa vaciaba los bolsillos a sus padres. A veces Oriol desaparecía durante días. En una ocasión hicimos una partida para rescatarlo, calle por calle. Se fue a vivir con una mujer mayor que él. La mala vida le engordó y dejaron de contratarlo. Su pareja lo echó de casa y volvió a la de tu abuela con un aspecto desconocido. Le entró una depresión, pero al final le diagnosticamos, aquí mismo, una esquizofrenia. Que tampoco resultó serlo. Al final se vio a las claras que tenía un trastorno bipolar. Pasó a depender de los fármacos y de la sobreprotección de sus padres, tus abuelos. Pero a veces volvía a desaparecer de casa. Tu abuela, mientras tanto, entró en una depresión.

—No lo sabía —dijo extrañado Eduardo, dejando la labor y cruzándose de brazos.

—¿Y qué hace tu tío, ahora? —le pregunté, un poco para despistar.

—Vive con otra señora, en la montaña. Ella cría animales de granja y él la ayuda. Cobra una paga por enfermedad. Pero tiene poco contacto con nosotros y no sé nada más de él. Sólo que lo vi un día por casualidad y parecía un viejo.

—Debe tener unos cuarenta y tantos —añadí.

—¿Y qué hacía mientras mi padre? —preguntó el chico—. Supongo que le iría mejor.

—Su problema era otro, Eduardo. Tu padre no estuvo enfermo ni fue drogodependiente.

—Pero bebía... —interrumpió él.

—Y a veces era violento —afirmé.

—Lo sé, me lo contó mi madre. El día que más le pegó, y que provocó el divorcio, se emborrachó expresamente antes de darle la paliza. Incluso condujo el coche en este estado. Yo ya había nacido. Ahora ya no bebe, ha pasado mucho tiempo.

—Sí, me alegro de ese cambio —le dije—. Pero durante años insultó y amenazó a su propia madre, mi prima. Ella se sentía impotente. Cuando él no encontraba la comida a su gusto, se quejaba con gritos e insultos. Todo el vecindario estaba al corriente del

horror de aquella casa. Lo siento, pero eso fue lo que pasó.

Vi entonces a Eduardo turbado y molesto. Deduje que no sabía nada de lo sucedido entre su padre y su querida abuela.

—Me pediste —intenté excusarme— que te hablase de tu familia.

—Lo sé —dijo él—. Pero ¿es verdad que mi padre estuvo en la policía?

—No, casi al contrario —le aclaré—. Tu padre simpatizó con los *skinheads* durante un tiempo y sé que andaban a la greña con la policía.

—De eso —comentó el chico— sí ha presumido alguna vez.

—Pues te aseguro —continué— que a mí me daba miedo verle con su cazadora de combate y sus botas de dar patadas. Era, con perdón, lo último que hubiera imaginado de mi prima: que tuviera unos hijos tan conflictivos, siendo ella tan pacífica y delicada. Aunque después de varios empleos esporádicos recuerdo que tu padre se hizo vigilante jurado. De pronto se puso del lado del orden. Entonces se casó y naciste tú.

—¿Sabes, tío, que entró en la universidad como mayor de veinticinco años? Acabó los estudios de trabajo social. También está orgulloso de eso —dijo satisfecho.

—Sí —contesté—, sabía que al menos le gusta leer.

Eduardo agregó:

—Lleva ya unos años trabajando en una asociación contra la esclerosis múltiple. Allí hace un poco de todo. Pero con su sueldo y mi beca, y porque vivimos en casa del abuelo, con su paga también, yo puedo seguir estudiando en la universidad.

Le dije que estaba asombrado y que esperaba verle algún día como médico de un gran hospital.

Se me hacía difícil comprender el cambio operado en su padre: de gamberro y maltratador a voluntario social y responsable progenitor. Tampoco me explicaba bien cómo de un entorno hostil y deprimente, y tan poco favorable a la educación, había surgido Eduardo, con ese sueño de ser un día un buen médico y llegar a ejercer, lejos de aquí, en la tierra de su madre.

—Entonces —siguió él—, supongo que tú no crees que mi padre y mi tío fueran conflictivos porque en el fondo fuesen mala gente, ¿verdad? —preguntó con inocencia casi desafiante.

—La vida y unas circunstancias los empujaron a serlo, y eso es todo —improvisé—. No fue su culpa. A otros la vida les va mucho mejor, y no es su mérito. Verás, por ejemplo, que en este hospital hay un gran parque infantil. A veces, cuando salgo de la cafetería después de almorzar, ya hay madres columpiando ahí a sus hijos. Vienen de un barrio cercano a nosotros. Y cuando vuelvo a pasar, tres horas después, para ir a buscar el auto, todavía siguen en el parque. Esos niños del parque no tienen otras actividades porque no pueden pagarlas. Otros sí pueden, y a las mismas horas están aprendiendo música o idiomas. ¿Qué futuro les espera a cada bando? Ni los primeros serán culpables de su falta de formación, ni los segundos podrán decir que tener esta fue su mérito...

«Cuando te toca, te toca», me dijo una neuróloga mientras entrábamos en un cruce peligroso en el centro de Monterrey, donde las mafias se disparaban entre sí. Igual con la familia: ¿qué puedes hacer si te ha tocado una y no otra?

—Yo ya sé —añadió tras un silencio— que soy hijo de una familia con muy mala suerte —me dijo pausadamente—. Y que me han roto la infancia. Pero por esto mismo no quiero repetir la mala suerte de mis padres, de mi tío, de mi abuela... Por esto mismo quiero ser médico. Marcharme lejos y curar a la gente —afirmó, muy seguro de sí mismo—. Pero tú tratas de decirme ahora, con lo de que *te toca*, que el medio donde creces es decisivo, ¿no?

—En general, sí —repuse—. Pero puede que no lo sea a veces, o que no tanto. El medio te condiciona, pero pocas veces te determina absolutamente. Cuando yo era niño en mi casa no había ningún libro, excepto una enciclopedia de cinco volúmenes, regalo de boda de mis padres, a la que le faltaban permanentemente dos, que se había llevado en préstamo mi tío. Pero luego pude estudiar y ya ves cuántos libros hay aquí en el consultorio... En casa de tus abuelos no les faltaba lo material, la pareja no estaba reñida, y tu padre y tu tío fueron a una escuela mejor que la tuya, todo hay que decirlo. Tu abuelo tenía un cargo administrativo y disfrutaba con la lectura; tu abuela era artista de oficio, hacía unos esmaltes preciosos. Gente con cultura...

—Y ya ves —dijo Eduardo—, por lo que me cuentas...

—Exacto —contesté—, a pesar de eso perdieron el control sobre sus hijos.

—¿Por qué? Mi abuelo ha sido siempre una persona indecisa, de poco carácter, lo reconozco. Quizás mi abuela también —añadió, bajando el tono de voz.

—Lo que sea —dije—, pero perdieron ese control. Luego, ya ves: si tu medio no es bueno, tú sufres las consecuencias. La vida te ha empujado a ellas, y lo siguiente puede depender de ti. O no.

—Pero mi padre no pudo elegir —precisó el muchacho.

—Yo creo que ni más ni menos que tú —señalé—. Fíjate, tus circunstancias fueron malas, no hace falta recordarlas. Y sin embargo, ¿es que tú no te consideras libre? ¿Crees que tampoco has podido elegir? Tu propio caso desmiente que todo dependa de lo que nos rodea y que no seamos libres. Si fuera así, ¿qué sería de ti ahora? Si no recuerdo mal, cuando te propusiste estudiar y ocuparte bien de ti mismo eras un adolescente y tu padre no tenía aún empleo. Otros no hubieran tenido tu iniciativa. Pero tú, sí. Esta diferencia tendrá algo que ver, pues, con la voluntad o nuestra manera de ser, además de las circunstancias.

—¿Que fui libre, dices? —preguntó, extrañado—. Pues discrepo: yo no creo en la libertad —dijo convencido, mirando hacia la ventana.

—Eduardo, ¿tú conoces el dilema de Heinz? Cuentan que un día andaba el anciano Heinz angustiado por la enfermedad de su esposa. La mujer tenía una dolencia que sólo podía ser curada con un fármaco especial que, sin embargo, estaba fuera del alcance de los Heinz. Nuestro hombre se enteró, mientras tanto, de que un farmacéutico de la

ciudad podía dispensárselo. Pero dado que no disponía del dinero para adquirirlo, Heinz pensó en robárselo. Si no lo hacía, su esposa moriría. Pero si lo robaba, estaría actuando, él, persona honrada, como un vulgar ladrón. El hombre tenía, pues, un dilema. Y había que decidirse. Pero antes de hacerlo fríamente, en un ataque de desesperación entró en la farmacia y robó el medicamento. La mujer se salvó, pero gracias a un ladrón. Así termina el caso.

—¡Oh! —exclamó el chico.

—Y tú, ¿qué piensas? —le pregunté—. Unos dicen que hizo bien, pero otros que no hizo lo correcto. Aunque hay quizás tantos motivos para decir que hizo bien como para decir que hizo mal. Ahí está la cuestión, Eduardo: todos tenemos que decidir. Hasta cuando no decidimos estamos tomando una decisión. Tremenda alternativa la de Heinz. Pero, como sea, pone al descubierto que él puede optar en su conducta. Que él es libre... —Eduardo arrugó el entrecejo—. ¿Cómo, no quieres creer en la libertad? —le desafié—. Puedes elegir entre varias opciones, o entre sólo dos, como Heinz. Puedes elegir entre querer el bien o no quererlo, igual que Heinz, que elige curar a su esposa. Y hasta elegir entre lo malo y lo peor, también como él, que debe escoger entre robar o dejar que ella se muera. Pero en todos estos casos, Heinz elige. Si no puedes hacerlo, admito que no eres libre. Pero si puedes, ¿tampoco? Los animales no se plantean tomar ninguna decisión; por esta ya actúa su instinto. En esto son más fuertes y capaces que nosotros. Pero, que nosotros sepamos, ni tienen que decidir, ni saben que no han de hacerlo. Fíjate, son el doble de fuertes que nosotros.

Eduardo esbozó una sonrisa.

—Tener que decidir —añadí— es nuestra debilidad, pero esta debilidad es también nuestra grandeza. La de decidir lo que hacemos, aunque no nos sirva la naturaleza con sus instintos. Y este margen de decisión en el que ya no interviene el instinto es lo que llamamos libertad. Aunque los humanos actuamos igual en tantas cosas, no te quepa duda, he visto a docenas, qué digo, a cientos de pacientes, reaccionar de distinto modo ante el mismo problema. En este sentido, no hay dos personas iguales. Cada una, en algún momento, decide distinto. Aunque por naturaleza, y por costumbres —continué—, todos nos parezcamos tanto, la personalidad es lo que más nos distingue. Y la libertad y el uso que hacemos de ella tienen bastante que ver con la personalidad. Si además valoramos eso, el ser libres, la diferencia entre las personas puede llegar a ser enorme. Muchos de mis pacientes son ricos. Algunos, con alzheimer, pero todavía con uso de razón, se han resistido, pese a mi consejo, a arreglar sus asuntos económicos o familiares y dejar las cosas fáciles para todos. Pero otros no se han hecho de rogar. Hasta hubo uno que legó la mitad de su fortuna a la fundación que combate el alzheimer. Cada uno, está claro, pudo decidir entre hacer una cosa o hacer otra. Cada uno fue libre...

—Bueno, la verdad es que yo creo que no decidimos tanto. O casi nada —replicó el joven—. Fíjate en el suicidio —y me miró de pronto—: el suicida puede que esté enfermo, pero no loco. Según tú, podría escoger. Pero si hubiese sido libre de verdad, no

se habría suicidado. Nadie que pueda elegir decide matarse. Si lo hace, yo nunca lo aprobaría. Debía haberlo evitado —me dijo sin pestañear.

A mí no se me ocurrió qué añadir. Callamos.

—Eduardo, déjame decirte: el suicidio es un acto de libertad sin alternativas. —Pero aunque creía en estas palabras, me parecieron huecas. A juzgar por su expresión, también a él le debieron parecer así—. ¿No sucede lo mismo —intenté salvar aquellas palabras— cuando quieres de verdad, desinteresadamente, a alguien? ¿No es el amor otro acto de libertad sin elección? Quizás este y el suicidio, lo más opuesto entre sí, sean lo mismo. Dar la vida por alguien o quitarte la tuya. En los dos casos, uno no ve, y en realidad no decide. Pero, sin dejar de ser uno, hace lo que nadie más puede hacer por él: amar o matarse.

Pero Eduardo, que me siguió sin mover un músculo, parecía estar aún en desacuerdo conmigo.

—Por cierto, ¿ese Heinz, existió? —quiso saber—. Porque a mí me parece que el hecho de que uno tenga alternativas, y simplemente dos, como él, no quiere decir que sea libre. Este Heinz sólo tenía un problema de conciencia, ¿no?

—Concedido —asentí—. Pero él no hubiera tenido este problema si los humanos sólo nos comportásemos por instinto. Surgió algo con que la naturaleza no cuenta: la libertad. Y de ahí su vacilación.

Pero el muchacho no parecía muy conforme con mi respuesta. Entonces, insistí: Un compañero de este hospital, especialista en epilepsias, me dijo siempre que su mayor problema médico no era médico. Me planteó, en más de una ocasión, lo siguiente: ¿por qué, sentado en esta mesa, puedo querer levantar mi brazo y ponerlo sobre la mesa? Y continuaba: ¿por qué mi brazo puede, efectivamente, hacer eso que deseo? Y lo más intrigante para él: ¿qué conexión hay entre una cosa y la otra, entre querer mover el brazo y el gesto que lo sigue? Él insistía: ¡no hay explicación! Decía que puedes reseguir la línea nerviosa y muscular entre la orden y su cumplimiento, pero que esta línea sólo explica en parte la relación entre mi voluntad y mi brazo, porque ella quiere, apoyado sobre la mesa. El sistema nervioso explica hechos, no causas, que no están inscritas en las neuronas. Es el problema de la libertad, solía decir mi compañero con ojos de cuco, como si te estuviera revelando un descubrimiento. Por cierto que este colega mío se llamaba Liberto...

—Qué casualidad, ¿no? —espetó el muchacho.

—Sí, lo es —dije—. Pero hay tantas casualidades en la vida que al final no crees en la casualidad. Este médico estudió ya de mayor la carrera de filosofía, para despejar, decía, sus dudas sobre la libertad. Cuando acabó, coincidiendo con su jubilación, yo no pude menos que preguntarle: «Liberto, ¿resolviste el problema?». Y él me respondió: que no. Dijo que sabía algo más sobre los actos humanos y algo más sobre la conciencia,

pero nada nuevo sobre lo que une los actos y la conciencia. Hay varias teorías pero ninguna le convencía. Al final me dijo en broma: si me preguntan por la libertad, no lo sé; pero si no me preguntan, lo sé.

—A este sí le entiendo yo, tío —soltó Eduardo con desparpajo. Y sonrió.

Pero yo pensaba en la extraña conclusión de mi compañero.

—Liberto dice que la libertad es un misterio... —le comenté—. No es un misterio, tío —aclaró el chico—, es que no es nada.

—Pues no —repliqué—. Mi colega decía que la libertad, aunque no sea nada que se pueda conocer bien, es algo que hay necesariamente que suponer, si es que la persona está en sus cabales. Que aunque la libertad no se vea ni sea demostrable, nada puede llegar a desmentirla. Si no, decía Liberto, todo lo que hacemos, y que no sea por instinto, se vuelve inexplicablemente mecánico, hasta oscuro de entender... —El muchacho se quedó pensativo—. Y tú, ¿qué opinas de eso? —le pregunté.

No tardó en contestar:

—Me resulta difícil creer en todas esas ideas de la libertad. Las entiendo, pero no me convencen. Es que pienso, por ejemplo, en la vida de mi padre, o en la de mi tío, viviendo en una casa en la que no había normas ni alicientes, y con mi abuela, ahí, sufriendo la depresión que me cuentas. Ese ambiente, creo yo, contradice la idea de que los dos, mi padre y él, fueran libres de portarse como lo hicieron, aunque yo no apruebo su conducta.

—Yo estoy —respondí— entre tu visión y la de mi colega Liberto. Que ni todo es necesidad ni todo es libertad. Somos libres, pero no tanto. Pensar es libre, aunque lo hacemos siempre encajonados dentro de unos límites, los del cerebro y la mente por lo menos, que ya no dependen de nuestra libertad. Lo mismo que actuar: es libre, pero con límites todavía más grandes. Entonces, una libertad absoluta no existe. Yo quisiera, te pongo por caso, poder pensar el infinito. Y la eternidad. Poder estar en dos sitios a la vez. Y poder volar. Pero no puedo nada de eso, ni infinitas cosas más, que tampoco alcanzo a pensar. En fin, es posible creer que no estamos siempre forzados a hacer lo que hacemos, pero hay que reconocer que muchas veces nos vemos condicionados a hacerlo, y que el margen de libertad no era tan amplio. Eso sí debe ser fácil de entender. La salud —continué, ya que le veía más interesado—, el estado de ánimo, los recursos materiales, el entorno, nuestra dependencia de los demás y los deberes que tenemos hacia ellos, todo eso nos recuerda que, a pesar de nuestro margen para decidir, estamos sujetos a cosas que nos condicionan y que nos hacen menos libres.

—Te entiendo —dijo él—. Pero precisamente todas estas condiciones que tú me recuerdas —ahora con la mano en la barbilla— son las que hacen que yo sea yo, ¿no? No me veo sin cuerpo, sin cosas alrededor, sin los demás... Pueden ser mi obstáculo, pero son mi plataforma, mi trampolín. ¿Dónde estaría, pues, el problema?

—¡Concedido, otra vez! —exclamé—. Ellas son nuestras posibilidades, de acuerdo. Sin cuerpo, no se pensaría. Sin sociedad, no habría individuo. Pero insisto en que nuestros resortes son al mismo tiempo nuestros límites. La frontera que no podemos traspasar. Y parece como si la naturaleza y la sociedad, cada una por su parte, se hubieran puesto de acuerdo para eso. Para no poder hacer todo lo que queremos, y ni siquiera poder pensar todo lo que una mente podría llegar a pensar.

Mientras tanto, el chico me miraba, mordiéndose el labio inferior y bizqueando un poco. Pero yo quise acabar mi reflexión:

—Lo que uno piense o quiera, siempre está dentro de unos límites, y seguramente muy estrechos. La mayor parte de las cosas que podríamos pensar o querer, y puede que sentir también, me son extraordinariamente difíciles de sentir, querer o pensar. Y lo mismo con la acción: no puedo volar ni viajar al futuro, ni convertirme en faraón o en colibrí. No puedo estar aquí y al mismo tiempo en otra parte. De modo que la libertad que tenemos no es mucha, y encima hay que ser responsables con ella. Pero, a pesar de todo, somos libres. Y eso es lo que he aprendido hasta hoy sobre el asunto. Más, ya no sé.

—Dime, entonces —repuso Eduardo—, en qué crees que somos libres. Después de escucharte, no se me ocurre a mí nada.

El muchacho no cesaba de preguntar. Dije:

—Cierto, comparado con el infinito, la libertad es casi nada. Pero hay, por lo menos, o debería haber —me corregí—, libertad de opinión y de expresión, ya que no puede haberla totalmente de pensamiento. No somos dioses. Y lo mismo con la libertad de movimiento y de conducta, ya que tampoco puede haber una libertad total de acción, dados nuestros límites humanos. Con esos márgenes de libertad, uno puede escoger cierto tipo de vida; y, cuando somos muchos, cierta clase de sociedad. Lo cual, comparado con lo infinito, es poco; pero con lo finito, es mucho. Es extraordinario. La libertad es lo que hace que la vida pueda ser para nosotros más valiosa y también más interesante. Aunque ser libres no nos da nada por sí mismo, por lo menos nos da la posibilidad de hacernos personas. La libertad, entonces, es como si viniera a dar más vida a la vida. Lo que la necesidad no hace. Pero no sé si no te convenzo aún.

—Bueno, no está mal pensado —dijo—. Pero no acabo de ver cómo todas esas posibilidades que tú dices nos hacen más libres. Y una libertad así de limitada, como la tuya, es algo chocante, una contradicción que no sé si vale la pena llamarla libertad —dijo con la seguridad de los jóvenes al expresar sus opiniones—. Tu teoría de la libertad —agregó, retocando sus doradas gafas sobre la nariz— me recuerda más a una teoría de la necesidad, pienso yo, que a otra cosa. Lo siento.

—Quién sabe —respondí—. Quizás sí, y todo lo que sucede en el universo estaría ya previsto desde el primer segundo. Entonces, el azar y los accidentes ya no nos sorprenderían. Y las coincidencias o las casualidades perderían también todo su misterio.

—Yo no digo tanto —siguió Eduardo—. Las mutaciones, en la naturaleza, parece que son imprevisibles. Por eso son mutaciones. Es así que aparecen muchas enfermedades, como algunas de las que tú tratas, ¿no? —observó, enfrascado aún en el tema.

—Seguro —dije—, y los cambios de humor, y las decisiones inesperadas, como te decía, de mis pacientes. Son imprevisibles, porque no todo es previsible. Ni a todo, sea imprevisible o no, estamos obligados a darle un sentido o tomarlo como bueno o como malo. La necesidad no determina siempre nuestra vida. Tú mismo has dicho antes que nunca te suicidarías. Pero imagínate que estás muy enfermo, o que te sientes acorralado, sin escapatoria alguna. Si te encuentras así, cercado, vas a la playa, donde hace sol y los demás se bañan, pero para ti, que estás hundido, no hay nadie en la playa y el día está oscuro. La luz no te llega. ¿Por qué dice alguien que hace sol? ¿Qué gusto sacan en bañarse? Tu cabeza está en otra parte. Roza el suelo. No se eleva de ahí. Y sientes hasta lo más íntimo de tus huesos que no puedes hacer nada. Ni en realidad quieres nada. Sólo tenderte, descansar y preguntarte si este peso que te hunde no era a pesar de todo tu destino... Entonces puedes pensar que manda en ti la necesidad. ¿Crees, sin embargo, que no tendrías más opción que poner fin a tu vida?

—De ninguna manera —dijo, vehemente—. Se ve que no me conoces. El suicidio es lo más inútil y estúpido.

—Hombre... —musité.

—Sí, sí —insistió él—, es lo más inútil, y es de cobardes. Aunque mis amigos digan que no. Yo lo rechazo totalmente.

Y me quedé mirándole.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era mi enfermera ayudante:

—Doctor, ya está aquí don Hilario —me anunció—. Dice que pasará a verle para despedirse. Pero le advierto —dijo bajando la voz— que está de muy mal humor. Hoy tenemos problemas de personal.

Pensé que esto último no podía ser menos.

—Fíjate, Eduardo —le dije a mi nieto, recobrando la conversación—, a unos don Hilario les intimida y a otros no. De vez en cuando alguno le deja plantado, aunque al final salga perdiendo. Me parece que hoy va de eso, también.

—Pero no diría que es tan malo, tío. Dice que vendrá a saludarte —señaló mi pariente.

Con eso se pasó ya la mañana. Y no habíamos acabado aún el trabajo. Le propuse, pues, ir a almorzar y regresar por la tarde.

II

MUERTE POR PRECIPITACIÓN

La cafetería estaba ahora cerrada. Un piquete de trabajadores de la empresa de restauración se había presentado a mediodía y consiguió que, a regañadientes, los empleados de nuestro local siguieran la huelga anunciada para aquel día. De la puerta colgaba una pancarta de protesta y ante ella unos cuantos operarios reclamaban a grito pelado las mejoras salariales y de horario hacía tiempo prometidas.

Ahí divisé también, era de esperar, a don Hilario, con su caramelo de palo en la boca. Reñía al encargado de la cafetería, mientras este hacía esfuerzos por excusarse. Pero al contemplar la escena, algunos empleados duplicaron su queja con la ayuda de silbatos y golpes de cucharón contra las bandejas del comedor. Eduardo y yo nos miramos sorprendidos por aquel jaleo.

—Vámonos a otro lugar a comer —le dije.

—Yo prohibiría las huelgas —soltó el chico, con la tez enrojecida—. No sirven para nada y todos van a la huelga como borregos.

Le miré sin saber demasiado qué decirle. Estaba yo pendiente del tráfico.

Tras cruzar la avenida en busca de un lugar para comer, le dije serenamente que la huelga es un derecho, y que si él era tan partidario de no limitar la libertad, tenía, con razón, el deber de respetarla.

—¿Qué razón? —replicó pronto.

—Verás —dije—, los huelguistas tienen sus motivos. Si su causa es justa y nadie, por las buenas, atiende lo que piden, habrá que pedirlo de forma más contundente. Mientras se respete el derecho de los que no quieran seguirla a no seguirla, y se garanticen, digo yo, unos mínimos de seguridad y esas cosas, habrá que ser comprensivos con ellas. Hasta solidarios también.

—Que va, tío. Los huelguistas dañan a los demás para beneficiarse ellos. No hay que permitir las huelgas —me dijo avanzando a grandes pasos.

—Pero te confundes —repliqué—. Está claro que con la huelga se busca un beneficio, y en cierto modo a base de perjudicar. Por lo pronto, detener la producción. Aunque —insistí— hay que sopesar los motivos y los medios, por supuesto.

Le expliqué que en la editorial de libros de medicina donde había trabajado en mi juventud, después de mis años de dibujante, se presentó un día la ocasión de hacer huelga, con el agravante de que estábamos aún bajo una dictadura y que toda huelga estaba prohibida. En la sala de redacción, unos cuantos compañeros dijeron que sí harían huelga, pero cuando se lo preguntamos al más simpático y sociable de todos nosotros,

este nos sorprendió diciéndonos que él de ningún modo podía secundar la huelga, puesto que tenía mujer y tres hijos que mantener. Temía que con la huelga perdería su empleo. Pero el mayor de nosotros le contestó al momento que él también tenía mujer y cuatro hijos, y que justo por eso pensaba participar en la huelga. El otro se encogió de espaldas y calló.

—¿Lo ves? —advertí al muchacho—. Cuando la gente se moviliza en contra de algo, pregúntate siempre por qué. Si su motivo es bueno o no, incluso indirectamente para otros. Y si ves que además se arriesga en ello algo personal, es que esa movilización va en serio. Entonces, no la podemos rechazar a la primera.

—De acuerdo —dijo él—, pero todo se habría arreglado antes si cada uno se hubiera movilizado por su cuenta, ¿no te parece? Si yo fuera camarero, y a mí me tratan mal en la cafetería, voy y me las apaño solo con el jefe —resolvió.

El chico, en la flor de la edad, parecía un firme individualista. Yo también lo fui.

—¿Sabes? —le dije—, un tiempo antes de la anécdota de la editorial, en mi instituto de bachillerato se llegaron a convocar dos huelgas contra alguna orden o ley del dictador, y sólo por llevar la contraria a la consigna, yo decidí acudir a clase. Fui el único en presentarse y el profesor, que estaba solo ahí, me felicitó. Pero al cabo de los años me sentí avergonzado por ello: fui, sin paliativos, un inconsciente.

—Fuiste un insolidario... —ironizó Eduardo.

—Por descontado —dije—, pero quizás fue peor el haber ignorado el motivo de la huelga y quedarme tan fresco. Una inconsciencia. En realidad, era mucho más joven que tú.

—Claro, no decidiste bien —dijo él, seguro de sus palabras.

—No, yo decidí como quise y por un motivo, ya te dije: llevar la contraria. No era por estar de acuerdo con el dictador, sino para ser diferente y no confundirme con el grupo. Era una especie de individualismo instintivo, en bruto. Lo que pasa es que elegí mal... —confesé.

—Pero ¿como se puede decidir bien y al mismo tiempo elegir mal? —inquirió el chico, mirándome fijo a los ojos.

—Porque es más importante elegir —le contesté—. Si eliges bien, la decisión de seguir o no hacia adelante con tu alternativa, o sea con la opción que se supone que tú has pensado, será una buena decisión también. Que para decidir bien hay que haber elegido bien. Por eso mucha gente no decide bien, o no se atreve a hacerlo. Porque no sabe elegir, o porque no quiere.

—Porque no piensa —interrumpió él.

—Exacto —dije—. Ya te comenté que tener que decidir es nuestra debilidad como especie que somos. Si nuestras decisiones fueran tan rápidas y acertadas como lo es el instinto animal, todo nos iría infinitamente mejor. Decidir lleva su tiempo, y no es fácil,

porque hay que deliberar. Pero muchos, como te digo, prefieren tomar el camino más corto y por eso se equivocan.

—Pero con tantos pasos como dices que hay que dar para decidir una cosa, te puedes morir antes en el intento —dijo él con buen humor.

—Pero vale la pena —insistí—. Me refiero a las cosas importantes, no a las triviales. Y en las importantes no se puede decidir con precipitación, porque al final uno se convierte en la víctima de sí mismo. Hay que decidir bien, afrontando los problemas con calma y a conciencia, y teniendo en cuenta las consecuencias de cada decisión. Ocurre con la pareja, las amistades, el trabajo, los cargos... Con tantas cosas. Una mala decisión, que es el fruto de elegir mal, o de no elegir, produce incluso problemas de salud. Ya lo veréis en la carrera: desde una simple ansiedad o una depresión pasajera hasta enfermedades crónicas de la piel o del aparato digestivo. ¿Quieres saber el caso del ministro estreñado...?

Eduardo me miró extrañado.

—Cuéntame —dijo.

—Nada especial. El director general de un ministerio vino al consultorio diciéndome que el presidente del gobierno le acababa de proponer ser ministro y él me preguntaba si debía aceptar o no el cargo. Sorprendido por la consulta, le dije que era asunto suyo. Pero el hombre me puso enseguida en antecedentes: sus responsabilidades como alto cargo y el estrés le habían provocado un estreñimiento crónico. Sólo iba al baño una vez por semana, estaba angustiado, y ahora temía que al pasar a ministro, ni eso. —Eduardo se detuvo y soltó una carcajada, tapándose la boca—. No te rías; estaba verdaderamente angustiado. Hay quien se vuelve psicótico por ser... —entonces fui yo quien rio—, por ser tan avaro en aliviarse de ahí.

—¿Y qué le dijiste? —se interesó.

—Nada. Que por su salud, no aceptara el cargo. El estreñimiento es todavía uno de nuestros grandes retos como médicos. En este caso, si él no era ministro, por lo menos podría continuar evacuando una vez por semana.

Eduardo no pudo reprimirse:

—¡Ja, ja, ja! ¡O mandar, o cagar...! —rio, deteniéndose de nuevo.

—¡Xsst... —le reconvine—. Este paciente esperaba el consejo de un neurólogo y yo se lo di.

—¿Y te hizo caso? —preguntó Eduardo.

—No. Cuando vi su foto en los periódicos, pensé: otro que ha tomado una mala decisión. Su salud va a empeorar. —El muchacho contuvo esta vez la risa—. En definitiva, que la mala salud a veces es también consecuencia de tomar decisiones torpes o alocadas.

Eduardo permaneció callado.

—Y el suicidio, claro —añadió de pronto—. Es la peor de las decisiones.

Pero a mí me pareció que ya habíamos hablado de eso. Él, como muchos jóvenes, parecía estar sugestionado por el tema del suicidio. Con todo, le dije:

—Exacto, a veces el suicidio es el desenlace de toda una vida decidiendo mal. Por eso, la única profilaxis contra esta patología —cada vez se mata más gente— es aprender a preguntarse si lo que decidimos en la vida sobre nosotros mismos es lo que de verdad queremos... Esto es más importante aún que saber si es lo que en realidad podíamos hacer o incluso si es lo que debíamos hacer. Porque de lo primero, de haber decidido lo que no queríamos, o viceversa, es de lo que más nos lamentamos y nos acaba arrastrando al fracaso obsesivo. Quizás al suicidio. Vigila, pues, lo que desees, dice una máxima, porque puedes conseguirlo.

—Y como siempre —agregó mi pariente—, el individuo. Así de claro —remachó—. Primero tienes que ser tú mismo, valerte tú solo. Lo otro viene después. La semana pasada tuve una experiencia en la facultad que me confirmó lo que te digo. Si no eres tú, no vales nada y te utilizan. Resulta que unos compañeros de cuarto curso me pidieron participar en un test psicológico colectivo y yo no supe decir que no. Entré en un aula donde había una quincena de participantes más y una especie de tribunal delante de nosotros. Iban proyectando imágenes y teníamos que decir, uno tras uno, lo que veíamos en la pantalla. En la primera yo conté claramente ocho patitos y todos los demás dijeron, muy seguros, que nueve. El tribunal me preguntó si me confirmaba en la respuesta y les dije, sin dudarlo, que sí. Y lo mismo sucedió con veinte o treinta proyecciones más. Nunca coincidía con el resto. Se hacía un silencio cada vez y cada vez el examinador jefe insistía en preguntarme si estaba seguro de mi respuesta. Comentó en público lo raro de que todos coincidieran y yo no, cosa que me hizo sentir ridículo. Hasta que acabó aquella especie de tortura. Cuando salí del aula, uno de los examinadores me dio las gracias por participar y me informó que se trataba en realidad de una prueba de personalidad, en la que antes de entrar el invitado todos se ponen de acuerdo para llevarle la contraria y probar si te mantienes fiel a tu versión. El valor del individuo frente al grupo. Pero después de la prueba, me alegré de ser como soy.

—¿Y cómo eres? —le pregunté.

—Testarudo, individualista... ¡Miedoso! —respondió al segundo—. Es que yo quiero ser yo mismo —me dijo, tras estar callado un par de minutos, cuando entrábamos ya en el restaurante.

Mientras esperábamos el cubierto, le razoné:

—Eduardo: nunca caminas solo. Siempre se es uno entre otros y se es alguien en alguna parte. Aunque te parezca que estás solo y que no estás en ninguna parte. Si quieres ser individuo, y no grupo, es que ya presupones estas cosas: los otros, tu entorno. Y no podrías ser aquello, ser tú mismo, o ni siquiera planteártelo, si no fuera por estas cosas. Cuando quieres distinguirti de los demás, te das cuenta de que los necesitas, incluso para esto.

Al terminar el razonamiento no pude resistir un bostezo por el hambre.

—Bueno, tío, eso es un poco teórico —comentó él, mirando hacia el exterior del local—. Entonces, ¿yo también tendría que ponerme del lado de los huelguistas del hospital, pegando gritos, en lugar de hablar y de pedir cada uno lo que es suyo? La vida los hace iguales y ellos se juntan. Con la excusa, ahora, de la solidaridad. —Y bostezó él también.

Rechacé su valiente filosofía. Le dije, con una sonrisa, que sacaba las cosas de quicio:

—La solidaridad, o embarcarse en tareas colectivas, es natural y es humano. Pues además de egoístas, los humanos somos altruistas. Si muchos ven que a alguien le están pegando en el autobús, nadie mueve un dedo, por miedo. Si muchos ven que el autobús le ha caído a alguien encima, todos se ponen a levantar el autobús para salvarlo. Y recuerda que ser solidario puede ser también un deber. ¿O no eres tú partidario de la donación de sangre? ¿Y de pagar impuestos para que pueda haber hospitales? Tú mismo me dijiste esta mañana que prestabas apuntes...

—Pero —replicó— ¿y si yo me rebelo contra lo que dicta la naturaleza o me manda la sociedad? Ya he sido una víctima durante muchos años, cuando me llevaban como una pelota de aquí para allá, mientras que los otros niños tenían una casa y una madre que les acostaba cada noche. ¿Por qué no puedo ahora ser yo mismo y decidir por mi cuenta qué hago conmigo y con los demás? Yo quiero fundar mi vida y no quiero órdenes de la gente. Sólo me ayuda el ejemplo de mi abuela, que ya murió y que es a quién más he querido en el mundo. Y otra cosa, tío: si tengo que ser solidario para no faltar a la especie o cumplir con mi deber, ¡qué aburrido serlo! ¿No hay una compensación por este esfuerzo de ser solidario? —acabó, un tanto excitado, a pesar de estar desfallecido por el hambre, o por eso mismo.

Le sonreí otra vez. Falto de fuerzas, quise abreviar y hasta acabar con el mareo de nuestro debate, que se añadía al del desalojo del despacho y la despedida de mi hospital, todo en un solo día. Pero la misma evanescencia facilitó la respuesta:

—Se pueden hacer las cosas bien aunque no sea sólo por el sentido del deber, ni porque en el fondo estemos inclinados, por naturaleza, a hacerlo así. Lo importante es que tú sepas lo que haces, lo quieras de verdad, y que lo puedas querer también para todos en un caso igual o parecido. Como te decía: saber elegir. Y la compensación a la que te referías, por el esfuerzo de ser solidario, y yo diría que por ser en general buena persona, te aseguro que es doble: saber que lo estás haciendo bien y que hacerlo así tiene consecuencias positivas, incluso para ti mismo. Me parece que no es poco. Y con la solidaridad pasa igual. El insolidario no sólo ve, si es algo inteligente, que no hace lo correcto, sino que hace sufrir o deja que se sufra, pudiendo evitarlo. Y al final sufre él también, aunque crea que no tiene que ver con eso. Pero sí tiene que ver. Esto lo he visto yo casi cada día en el despacho que estamos vaciando...

El muchacho ladeó la cabeza y luego me miró con semblante inexpresivo. Eso puso fin a mi discurso.

—¿Me vas a seguir ayudando esta tarde? ¡Prometo que ningún discurso más!

No acerté a decirle otra cosa. ¿Y qué se le puede ofrecer a un joven que él o ella no tengan ya? ¿Razones, como yo hacía? ¿Razones abstractas contra una razón esencial, la vida? He aquí que el día de mi jubilación vino a visitarme la Dama de Negro para decirme: vete preparando, es la hora de abandonar. Pero también el joven de camisa blanca, mi pariente, que pregunta «¿Puedo pasar?». Y entraba la vida, pidiéndome que le contara, con mi memoria, su futuro. Un futuro que yo ya no vería.

Durante la comida surgió un tema diferente. El tema del día, por lo que vi. De nuevo Eduardo quiso saber sobre su familia.

—Cuéntamelo todo, tío. Con mis padres, no me atrevo. Y el abuelo ya no tiene memoria. Por ejemplo, ¿qué tal se llevaba mi abuela con vuestra prima Laurita? ¿Y qué ha sido de esta, al final? ¿Sigue tan mal con su madre y con su hija al mismo tiempo? No me has contado nada...

Dirigió la vista a su plato, que consumía con apetito.

—Crecieron —le recordé— una muy cerca de la otra. Eran vecinas. Pero ya te dije que tu abuela era bastantes años mayor que Laurita. Además, su ambiente familiar era también distinto. Mi prima Laura, con sus papás aburguesados y su educación estricta. Con su altillo de juguetes y su casa con libros. Mi otra prima, Laurita, unos años menor que yo, vivía con sus padres, sus tres hermanos y nuestra abuela Mercedes, todos metidos en un piso pequeño y muy modesto. El baño, por llamarlo así, se encontraba fuera, en la galería. Recuerdo lo angosto de este sitio, la pila minúscula para las manos y el frío que hacía en invierno en ese cuchitril, que olía a cepillo viejo y colonia barata. No tenían ducha. Se lavaban en la cocina: de cintura para arriba, bajo el grifo del fregadero; para abajo, de pie, sobre una palangana. A veces los niños estaban tan sucios que los frotaban con un estropajo de esparto. Los padres, mientras, apenas paraban en la casa. Atendían un negocio de comidas y sólo se juntaban con sus hijos, Laurita y sus hermanos, los domingos por la tarde.

Pero todos los primos nos veíamos muy a menudo, en especial los domingos y días de fiesta. Lo hacíamos en la casa grande, la de Laura —la del altillo—, con sus dos baños, en lugar de un simple inodoro en el exterior, como en la otra casa. Así que yo me hice la idea de una *Laura rica* y una *Laurita pobre*. El nexo de unión era, sin embargo, nuestra abuela Mercedes, o sea tu tatarabuela, que vivía en la casa modesta y había que llamarla *yaya*. Ella nos crió y educó. Se vino desde otra región a la ciudad siendo aún una niña; no tenía estudios y siempre trabajó para otros en la limpieza. Enviudó joven y con tres hijas pequeñas. Mi madre era la mediana. Tu bisabuela, la mayor. La madre de Laurita, la menor. Por salvar a su caballo de un fuerte chaparrón, mi abuelo, que era carbonero, pilló una pulmonía y murió en pocos días. Mi abuela tuvo que pasar la guerra civil y la difícil posguerra manteniendo a las tres hijas. A veces pasaban hambre. Para

calmarla, ella hacía que las niñas se acostaran, aunque fuese de día. A los nietos, luego, nos inculcó el trabajo y la honradez. Ser *educados*, era su lema preferido. Para mí es un ejemplo de lucha por la vida y la dignidad. Mi héroe familiar, vamos. Tu abuela Laura también la quería mucho. Tenía un cierto parecido físico con ella. Por lo tanto, la relación de tu abuela con su prima Laurita y conmigo pasa por ella, por Mercedes, nuestra añorada abuela, la yaya.

—Me parece que te sigo —respondió Eduardo.

—No debe ser fácil —añadí—, aunque yo los tengo a todos delante de mí en la memoria. Pero a pesar de la diferencia de edad entre una prima y la otra, es como si estuvieran las dos predestinadas a sufrir y a ser víctimas de su propia familia, ¿no te parece?

—Sí. Una, maltratada por sus hijos. La otra, abandonada por su hija y por su propia madre —siguió el chico—. Son como dos vidas paralelas, y además se llaman igual. Bueno, ya sólo vive Laurita... —rectificó.

Entonces debí hacer yo un gesto extraño, porque me preguntó si él había dicho algo que me molestara.

Le dije que en absoluto e insistió que le contara que fue de Laurita. Sin titubeos, y antes de abrir yo la boca, me preguntó:

—¿O es que se murió, tío? —Ante mi momentáneo silencio, volvió a inquirir—: ¿Murió? Puedes contármelo todo. Soy mayor. Y también cuéntame cómo murió mi abuela. En casa no se habla nunca de ella...

—Como tú quieras —consentí—. Pero ¿también sobre tu abuela? No sé por qué hay que rebobinar tanto, ya te he contado mucho de las dos...

—También quiero que me lo cuentes. ¿Por qué no? —Y enseñó su hilera de dientes blancos.

—Una mañana, muy temprano, de principios del mes de Julio —le conté—, hará pronto diez años, sonó el teléfono de casa. Yo estaba casi en la puerta, a punto de salir hacia el hospital.

Eduardo hizo un inciso para recordarme que aquel era el año de la muerte de su abuela.

—Sí —admití. Pero no le comenté sobre el particular—. La llamada era de mi madre. «Tengo que darte una noticia muy triste», me dijo ella, con voz lenta y quebrada, la de una persona anciana y, además, dolida. Yo retuve la respiración, traté de mantenerme firme y me preparé para lo peor. Mi madre me comunicaba que unas horas antes mi prima Laura se había quitado la vida. Inmediatamente pensé, claro, en Laurita. Pero ella no me dijo de cuál de las dos primas Laura se trataba. Y le pregunté, desorientado: ¿Cuál?

Eduardo exclamó:

—¡Laurita! Ya me lo imaginaba.

—Yo, también —añadí.

—Esa mujer, tío —siguió él—, no podía seguir viviendo tan enferma, enfrentada con su madre y con su hija. Y encima sola, en el extranjero. Pobre, qué panorama... Ya me lo pensaba —afirmó, volviendo a mirar hacia la ventana—. Precisamente vino a vernos la Navidad anterior. Yo la recuerdo con una muleta —pero puesto que me quedé callado, sin moverme, el chico se volvió de repente hacia mí y me preguntó, mirando al fondo de mis ojos—: ... porque era Laurita, ¿no?

—No, Eduardo —respondí, ordenando inconscientemente mis cubiertos sobre la mesa—. Laurita, está viva... —Mi sobrino-nieto palideció—. Era mi otra prima Laura. Tu abuela... —El muchacho se frotó bruscamente los labios con la servilleta—. Lo siento —dije.

Y le puse mi mano sobre su antebrazo.

El chico se echó hacia atrás y empezó a mirar a ambos lados, desconcertado. Se le entornaron los ojos.

—Eduardo, lo siento —y le apreté ahora el puño en que tenía atrapada la servilleta.

—Entonces, mi abuela se suicidó... —me dijo serenamente—. ¿Por qué nadie, nadie, me había contado esto, tío? Yo pensaba que había muerto por un fallo del corazón.

—Murió a los sesenta y tres —le recordé—. Joven, pues. Nunca pensamos que ocurriría eso. Sólo una semana antes me llamó por si yo quería acompañaros a los dos al parque. Nunca antes me lo había propuesto. Le dije que no podía, y aún ahora me arrepiento de ello. Quizás quería hablarme de sus problemas...

—Pero se suicidó... —repitió él, sorprendido y muy triste—. ¿Por qué querría hacerlo? ¡Si yo tenía diez años y ella era la que me cuidaba! Era como mi madre. Me llevaba a la escuela y a todas partes, me ayudaba con los deberes, me acostaba. Mi habitación estaba llena de los juguetes que me compraba. Tío, no sabes lo que me cuesta creer eso —me dijo, encogido de hombros y abriendo las manos—. ¿Por qué, si sabía que yo la quería tanto, y que me dejaría solo, se fue de esta manera? Mis padres se habían separado y el juez la había nombrado a ella mi única tutora. No entiendo nada...

Dejamos de hablar. Nuestras miradas divagaban. En ese momento divisé a don Hilario comiendo apresuradamente en el fondo del salón. Reparé unos segundos en el contraste entre aquel hombre con poder, y que ya no me importaba, y el joven que tenía ante mí y del que me dolía su dolor.

—¿Cómo ocurrió? —se interesó de pronto.

—Hacia las seis de la mañana, ella se arrojó desde la ventana de la cocina de su casa, después de subirse a una mesita. Puesto que es un quinto piso, se supone que murió al instante. En estas caídas lo que más se deteriora son los órganos internos. Un peatón descubrió el cuerpo de mi prima entre la acera y la calzada, junto a las ruedas de un coche aparcado. Avisó a un tendero que abría su negocio y este no la reconoció. Sí, en cambio, el jefe de una oficina bancaria en aquella esquina, que llegaba al lugar poco

después del incidente. Laura era una de sus clientes... La policía subió a tu casa. Aquella mañana por suerte tú no estabas. Tu abuela había utilizado la mesita baja, donde se ve que tú dibujabas, para encaramarse en ella y saltar al vacío. Tu padre y tu abuelo dormían. La policía preguntó a tu padre por ella y él dijo que estaba durmiendo. Le ordenaron ir a comprobarlo. No se encontraba en la habitación y él y tu abuelo se asustaron. Entonces vieron la ventana de la cocina abierta de par en par y una botella de anís casi vacía y una copa tumbada sobre la mesa. Laura no solía tomar alcohol. Empezaron a desesperarse. Tu abuelo gritó su nombre varias veces fuera de sí... Un agente le dijo a tu padre que tu abuela yacía abajo, en la esquina, y que bajara a identificarla. Viéndole muy alterado, la policía impidió que bajara también tu abuelo. Tu padre la vio y dicen que dio vueltas alrededor del cuerpo con las manos en la cabeza. Él mismo pidió a la policía que no dejase que tu abuelo viera de aquel modo a su mujer. Tenía la cabeza muy perjudicada. Llevaba puestos el camisón y una bata. Arriba dejó una carta, encima del mármol de la cocina. Al llegar, el juez pidió que tu padre la identificara de nuevo. Yo creo que nunca más se ha repuesto de este impacto. Su madre, ahí, desfigurada sobre el sucio suelo de la calle. Justo cuando él, a causa del divorcio, había decidido volver a su casa y empezaba a respetarla, pues ya te dije que siempre los dos hermanos la maltrataban... Xavier, tu padre, debía tener entonces unos treinta y tantos años. Estaba conmocionado. Lloraba como si su pecho estuviera hueco y a punto de estallarle. Tan sólo a los dieciséis años ya tuvo que socorrer a tu abuela en su primer intento de suicidio. Y hubo un segundo. Yo creo que eso marcó a tu padre profundamente. Quizás explica el descontrol que tuvo después, aunque no lo justificara. Pero tenlo presente.

En ese momento Eduardo bajó la cabeza. Se puso pensativo y me miró fijamente:

—¿Les pidió declaración la policía, a él, o a mi abuelo? —preguntó.

—Parece que no hizo falta —comenté—. Tu abuela se había atado en el brazo una cuartilla plegada y con varias vueltas de cinta adhesiva alrededor. Era una carta en la que se declaraba la única responsable del acto que iba a cometer y pedía que se la perdonara por ello. Quizás por eso la policía no interrogó a nadie.

El chico hizo una intensa aspiración y mantuvo unos momentos los ojos cerrados.

—No sabía nada de nada —se quejó.

—Después de la llamada inesperada de mi madre —le dije—, avisé al hospital para que aplazaran las visitas previstas ese día. Yo estaba apesadumbrado; me senté en la cama. Mi mujer me ha recordado que musité varias veces: «Laura, mi prima Laura»... Yo no me acuerdo de eso. Pero algo grande se moría en mí... Ese mismo día tenía previsto almorzar con una vieja amiga. La llamé para dejarlo y le dije el motivo. Me dio el pésame, pero como otras personas después, se admiró del coraje de mi prima al tomar aquella decisión tan radical. No compartí, sin embargo, la relación entre suicidarse y ser valiente. ¿De dónde se saca semejante conclusión? ¿Con qué permiso de la víctima, para atribuirle ese gesto, o cualquier otro? Por lo menos, guardar silencio. Comprender, no

juzgar. En aquellos momentos me molestó el comentario de mi amiga y deseé colgarle el teléfono... Es como decir que el suicida ha hecho su elección. Que esta se comprende o, al contrario, que fue absurda... Pero no habría que pensar nunca por él o por ella. Ni calificar su decisión diciendo si tiene mérito o es pecado. Se impone, en estos casos, el silencio y un profundo respeto. Porque lo que vayamos a decir, o hacer, llega demasiado tarde, y no sirve para otra cosa que para encubrir con torpeza o con mala fe la realidad de una muerte que nos impacta tanto, como es el suicidio. «Fallecimiento por precipitación», decía el parte de defunción de Laura... Fui enseguida a visitar a la hermana de tu abuela, mi prima Maribel, y a la madre de ambas, que vivía en la misma casa, para acompañarlas durante un rato. Estaban hundidas por lo ocurrido, casi sin fuerzas para llorar. No se lo explicaban. Precisamente la madre de Laura había ido el día anterior a su casa, pero se marchó de allí al cabo de poco, y bastante preocupada, al descubrir que su hija le estaba escribiendo una carta que parecía una despedida en toda regla. Laura le decía a su madre que ella era lo mejor que le había sucedido en la vida y que, si le pasaba algo, velara por sus hijos, aunque, decía, sus hijos no la habían querido, y que lo hiciera especialmente por ti, pues aún eras un niño. Por cierto, esta es la misma carta, escrita al final con renglones torcidos, que tu abuela dejó sobre la mesa de la cocina, minutos antes de quitarse la vida. Yo la pude leer unos días después. Aún me sobrecoge recordarla. Tiene la caligrafía de un suicida. Las últimas líneas, con letras gigantes y deformes, son casi ilegibles y caen en picado hacia la derecha del papel... Pero aquella mañana su madre se fue de allí, como te decía, riñendo a la hija, pues le parecía que esa carta era otra de sus niñerías, a pesar de su edad. «¡Fantasías!», me dijo que le recriminó. Sin embargo, parece que marchó asustada, porque ya unos días antes Laura la había llamado por teléfono diciéndole, tranquilamente y sin darle mayor importancia, que todavía no se había muerto. Le avisaba con voz pausada a su madre que se acababa de tomar varias copas de anís con un puñado de ansiolíticos.

—Entonces —preguntó Eduardo, inseguro—, ¿es que mi abuela tenía depresiones seguidas? Yo no lo sabía. Y que nadie le hacía mucho caso, por lo que me cuentas. Porque ella ya estaba dando avisos de lo que podía llegar a hacer. ¿Cómo no reaccionaron a tiempo su madre y, sobre todo, mi abuelo? Como marido, tenía que estar enterado de lo que pasaba ¿no? —preguntaba el chico, para salir de un estado de ignorancia que le debía parecer injusto.

—Con tu abuelo —contesté— hacía ya tiempo que apenas se hablaban. Y su madre, por otra parte, rondaba los noventa y estaba bastante sorda. Así que dialogar con ella tampoco era fácil. Efectivamente, mi prima Laura sufría depresiones desde muchos años atrás, cuando empezaron los problemas con sus hijos. Pasaba fases de euforia y de decaimiento. Pocos días antes de morir estuvisteis juntos en su apartamento de la playa. A la vuelta, llamó a su madre desde el tren y parecía feliz contigo. Yo mismo había

pasado un buen rato en su casa unas pocas semanas antes. Tus abuelos me regalaron varios libros. Mientras, tú jugabas ahí cerca, con mi hija pequeña. ¿Te acuerdas de Catalina?

»Estuvimos hablando del padre de ella, o sea de mi tío, al que perdió con sólo diez años de edad. Laura se acordaba de él y me dijo que una de las imágenes que conservaba de su padre era de cuando le daba las buenas noches y le acariciaba la mejilla, tapándosela luego con la sábana. Pensé entonces en lo que dicen todos los pacientes que pierden la memoria: el padre, la madre, su voz, su tacto, es lo que más tardan en olvidar. Le pedí también a mi prima que intentase recordar algunas cosas de las muchas que ella y su hermana guardaban en aquel altillo mágico. Se acordaba de muy poco, pero yo le refresqué la memoria. Al oír cómo le repasaba la lista de todo lo que allí había, se mostró muy sorprendida y sonrió. Tenía aún la piel lisa, y una mirada y una voz de alguien de muchos menos años que ella. Pero, Eduardo, lo más desconcertante de estos pacientes con depresión es que sus intentos de suicidio coinciden muchas veces con los períodos de recuperación, cuando se sienten más seguros para tomar iniciativas. En cuanto mejoran, puede pasarles por la cabeza acabar rápidamente con su vida y pensar que no les va a ser difícil acometerlo. Tuve un paciente de estos, un hombre de la aristocracia y *playboy*, pero venido a menos, y que al final vivía solo en un piso alquilado a su hijo. Cuando parecía recuperado, se arrojó desde la azotea del hotel colindante con su casa. Se había vestido para la ocasión con traje y corbata, atado sus mejores zapatos y vaciado encima una botella de agua de lavanda que conservaba de sus buenos tiempos. Hasta en eso fue educado. La educación se conserva toda la vida, incluso en el trance final. Encima de la mesa había dejado un dinero que le debía a su hijo... Este vigor no lo tienen los depresivos en sus fases de hundimiento. De hecho, tu abuela tuvo ya dos conatos de suicidio, como sabe bien tu padre.

El muchacho soltó entonces un exabrupto, levantando la mirada al techo y bajándola después con los ojos cerrados.

—Bien, ya no te cuento nada más, Eduardo —tuve que decirle a mi sobrino nieto—. Pero tú me lo pediste, recuérdalo.

Me dijo que no era eso. Que su abuela murió hacía diez años, pero que él fue engañado todo este tiempo y eso aún le ponía más triste. Pero yo sabía que estaba así por haber sacado a la luz la historia de su abuela. A pesar del mal ambiente familiar, Eduardo tuvo fuerza y siguió estudiando hasta llegar a la universidad, y todo gracias a ella, que de niño le repetía precisamente las mismas palabras que nuestra abuela Mercedes nos decía: estudia, sé una persona de provecho...

—Sigue explicando —insistió—. De alguna manera me hace sentir más cerca de ella.

—Mi prima Laurita vino desde el extranjero para asistir al entierro. Consiguió que un amigo la acompañara en poco menos de un día desde Italia, donde vivía. Apareció con muletas y un ramo de rosas blancas. La vi algo envejecida. Pero la emoción por la muerte de nuestra prima le debió hacer olvidar su invalidez y la penuria del traslado, dadas sus condiciones. La familia, con los respectivos coches, nos citamos en la misma esquina donde vivía tu abuela para ir juntos después hacia el cementerio. Nadie comentó que, dos días antes, su cuerpo estuvo en aquel mismo suelo que pisábamos. La mañana era soleada y calurosa. Aún volaban las golondrinas, de un lado para otro, con sus constantes chillidos y quiebro en el aire. Las golondrinas siempre me ponen nostálgico. Esta vez es como si le cantaran a mi prima. Esperamos a que bajase Pascual, tu abuelo. Algunos miramos con disimulo hacia la ventana desde la que se lanzó tu abuela. Por descontado, aquel día tú tampoco estabas allí. Tu padre te dejó en casa de tus otros abuelos. Pascual, ya viudo, andaba desorientado.

»A punto de partir, él retrocedió para subir a la casa y recoger los documentos del entierro que se había olvidado. Sus problemas de memoria. Le acompañé hasta el piso, y al bajar otra vez a la calle le pedí discretamente que me enseñara el lugar exacto donde mi prima se estrelló. Me lo mostró con toda naturalidad, cosa que me sorprendió. Tuve un escalofrío al ver el bordillo y las baldosas donde acabó la historia de mi prima y de parte de mi infancia. Quise fijarme bien en ese punto, para poder conectar otra vez con Laura cuando volviera a pasar algún día por allí.

»Laurita entró en mi auto con su amigo. Entre tantos primos, ella parecía la más afectada. En el trayecto recordamos momentos de la infancia compartida con tu abuela. Era como si el sol de aquellos veranos y casi todos los domingos del año se hubiese ocultado desde hacía dos días. Laura era la primera persona de nuestra generación que se iba. Y de qué modo.

»Al llegar al cementerio, que mira al mar, unos operarios estaban acondicionando el nicho. Se oía sólo el raspado de sus paletas y el trisado de nuevo de las golondrinas. Tu padre y tu tío lloraban, separados entre sí y apartados del grupo. Le presté un pañuelo a tu padre y tomándole fuerte de los hombros le dije que esperaba mucho de él y que ahora tenía que entregarse a cuidarte bien. Las mujeres lloraban. Yo me quise acercar al furgón con el ataúd para que lo abrieran y me dejaran ver a mi prima. Mi hermana se puso a mi lado. Laurita también, acercándose con sus muletas. “Adiós, Laura...”, dijo cada uno. Ya ves, toda una vida hablándole a una persona para acabar con sólo dos palabras: adiós y su nombre. Estaba cubierta de pies a cabeza con una especie de manto de monja de color marfil. Sólo se le veía la cara, pequeña y arrugada como una almendra blanca. No parecía ella. Alguien desde atrás dejó caer un rosario cerca de su cabeza. Y pusieron el féretro en su lugar. El arrastre de la caja sobre el suelo del nicho me rompió el corazón. Sentí la nada.

»Alguno de los presentes pidió que se dijera algo. Mi hermana me susurró: di tú algo. Me atreví, en pocas palabras, a recordar a Laura, lo buena y lo artista que era, y que continuara haciéndonos apreciar la bondad y la belleza desde el cielo. Rezamos un padrenuestro. Es la oración que nos enseñó nuestra abuela.

»A veces es mejor rezar que no hacerlo —El muchacho hizo un leve gesto de sorpresa—. Al acabar la oración, los empleados, paleta en mano, pusieron los primeros ladrillos de cierre del nicho. La madre de Laura dijo: “¡Adiós, Laura, hija mía...!”. Entonces lloré por primera vez.

Eduardo tenía los ojos humedecidos.

—Pero yo no entiendo aún por qué se mató —exclamó—. Tenía muchos más números Laurita y no lo hizo.

—Yo no descarto —le comenté— que ella también haya tenido la tentación de hacerlo. Es muy duro no hablarte con tu madre, no saber dónde está tu hija, y encontrarte sola y enferma en el extranjero. Pero una cosa es tener la tentación de suicidarse, pues a muchos les ha pasado eso alguna vez por la cabeza, y otra cosa es haberlo intentado de hecho. Eso es serio. Tu abuela lo intentó antes dos veces con alcohol y psicotrópicos. Le falló. Por eso, a la tercera, como hacen otros, fue a lo seguro y se defenestró... Laurita no ha pasado por todo esto. Creo que ha curado sus tentaciones trabajando. Ella es de otra madera, tiene otras ocupaciones, que la tienen más atada a lo práctico. El trabajo, sentirte útil, previene muchas enfermedades. Te levanta el ánimo, sube las endorfinas, protege el sistema autoinmune, y tu salud lo agradece. Y no te olvides de las ideas ni de los ideales: quien más y mejor piensa, y tiene proyectos, más y mejor vive, no te quepa duda. Marcos, mi colega del servicio de neuroinmunología, un especialista en esclerosis múltiple, me lo dice a menudo. Que una porción de toda clase de enfermos no son unos pesimistas porque estén enfermos, sino que están enfermos porque son unos pesimistas. Y a veces porque no les gusta su trabajo, o no trabajan. Eso dice él y no me extraña, excepciones aparte.

»Además, y volviendo a Laurita, a ella nadie la infravalora, como en cambio sucedía con tu abuela, ya que por su ingenuidad, ninguno se la tomaba serio. Una de las dos primas, Laurita, pudo sentirse sola, de acuerdo. Pero la otra, Laura, se sentía atrapada y sin salida, que es peor. Me temo que tenía una incapacidad innata para resolver conflictos y ya no pudo más con ellos. Esos pacientes se inhiben a la hora de tener que tomar decisiones. Al final ni siquiera tienen fuerza para concentrarse. Y así no se puede pasar por la vida; se te comen los acontecimientos. A veces son pacientes con niveles muy bajos de serotonina y dopamina en la corteza prefrontal, lo que suele implicar también una baja autoestima. En el caso de los que sufren algún trastorno bipolar, o ciertas psicosis, oyen voces que les llaman a acabar con su vida... Quizás Laura oyó esas voces aquella madrugada. No estaba loca, aunque algunos se suicidan por miedo de empezar a estarlo. Es cierto que otros se quitan la vida como un autocastigo; o

por buscar, incluso, una especie de renacimiento. Pero tampoco pienso que fueran esos los motivos de mi prima. Yo creo que estaba tan harta de su entorno y de que nadie le hiciera apenas caso que se mató quizás como una forma de venganza. Las líneas, por lo menos, que dedicó a su marido y a sus hijos, en la carta de despedida, muestran mucho malestar con ellos, aunque ella dice quererlos.

»El suicidio, a fin de cuentas, no es un fracaso de la persona que lo comete. Representa de entrada el fracaso de la propia medicina. No tenemos o no sabemos administrar el fármaco más común y barato: los motivos para vivir. Y en el fondo indica, muchas veces, el fracaso de la familia que tuvo, o que no tuvo, el enfermo. Porque casi todos los suicidas estaban siendo tratados y casi todos tenían familia. Una de las primeras cosas que un médico de cabecera tendría que preguntar al paciente es: “Y con la familia, ¿qué tal...?” Haces esta pregunta y a la que te descuidas te desgranar su vida. Pero no se hace.

»En otras palabras, tu abuela tenía depresiones, pero no era una personalidad depresiva. ¿Me explico? Ni era una persona pesimista: se alegraba con la alegría de los demás, tenía detalles, empleaba su tiempo en múltiples cosas. Y nunca cesó de hacer sus dibujos y sus trabajos artísticos.

»Lo que ella sufrió, tiendo a pensar, fue un fuerte trastorno afectivo. Piensa: cuando niña, quedó huérfana de padre; luego tuvo desengaños amorosos; al casarse, dejó su trabajo como esmaltista; con su marido no se compenetraba, dormían en habitaciones distintas; los hijos la maltrataban y su propia madre le recriminaba su debilidad de carácter. La biografía de mi prima cuadra con lo que conduce a una persona sana a deprimirse. Y a un número de ellas a quitarse la vida. En estos casos, el suicidio es, como te decía antes, una especie de homicidio social. Todos los motivos que condujeron a él se hubieran podido evitar o corregir si antes hubiera habido más comunicación y apoyo del entorno, sobre todo del familiar.

Así terminé el relato sobre Laura. Eduardo parecía más tranquilo.

—En mi facultad —comentó— y antes, en el instituto, algunos compañeros, como te decía, me han hablado del suicidio con admiración. Cuando se mató Robert Enke...

—¿Quién era? —le interrumpí.

—El portero de la selección alemana de fútbol, que se echó a la vía del tren a los treinta y dos años.

—No lo sabía —dije—; estoy pez en deportes.

—Pues, sí —continuó—, cuando nos enteramos de eso, casi todos mis amigos le encontraron una razón, y alguno dijo que él hubiera hecho lo mismo, si también sufriera, como Enke, depresiones, se le hubiese muerto su hija pequeña y el entrenador ya no confiara en él, como le pasaba a este jugador. La verdad, yo fui el único que dijo que no se hubiera tenido que suicidar.

—¿Les diste alguna razón? —le pregunté.

—¡Claro! —respondió muy seguro—. Enke se había curado ya de la depresión, acababa de adoptar una niña y estaba seleccionado para jugar en el siguiente mundial de fútbol. Te digo que sólo tenía treinta y dos años... A mí también —siguió antes de que yo le comentara nada— me dio mucha lástima que hiciera aquello, pero dije que se había equivocado y mis compañeros casi me tachan de... Bueno, me callo... —pero reanudó—: Yo nunca he comprendido por qué muchos de mi edad ven tan claro eso del suicidio y además te lo justifican. Otro del instituto, que quería estudiar filología, nos recitó una lista de escritores suicidas y dijo que eso los hacía aún más interesantes. Yo no veo por qué. Es que a mí me da pánico sólo pensar en lo que debe sentir una persona que se va a matar y lo que debe ver en el momento en que lo hace. El tren viniendo a velocidad salvaje y tú, ahí, sin levantar la cabeza de la vía, tan fría que te quema, y el suelo que tiembla, debajo de tu pecho, como un terremoto. ¿No te pasa por la mente, aunque sea un segundo, la niña que acabas de adoptar, y te apartas de ahí con un revolcón? Ver las ruedas sólo a diez metros y continuar con la cabeza sobre el raíl, sin retirarte, como Enke, esto es lo que yo no nunca entenderé... —concluyó, un tanto agotado por su vehemencia.

—Pero ¿no dijiste que este hombre tenía depresiones? Podía estar muy enfermo —intenté aclarar.

—Tío —repuso—, Peter Enke hacía la vida normal de un portero de fútbol y nadie le veía nada raro. Supo lo que se hacía cuando escribió la carta de despedida y eligió la hora exacta en que pasaba el tren rápido... Yo te vuelvo a decir: el suicidio es algo tan estúpido, tan absurdo. Y con lo que me has contado de mi abuela, todavía me parece peor. A esos compañeros que les llama tanto la atención el suicidio no sé cómo les sentaría que la persona que los cuida hiciese lo mismo que ella hizo conmigo, matándose...

—Eduardo —le comenté—, esos chicos piensan así por romanticismo, no le des más importancia. Es típico de algunos jóvenes. Yo también, un par de tardes, a mis diecinueve años, y sin quitar la vista del estanque de la facultad, pensé obsesivamente que tenía que arrojarme allí y morir, para que la chica de la que me había enamorado y que prefería hablar con otros chicos, tuviera por fin un amor y una compasión infinitos hacia mí y todos los demás se compadecieran también. Me sentía abandonado, como quizás tú, y también muchos niños que por una razón u otra no tienen a sus padres o sufren algún conflicto en casa. Yo simplemente me sentía abandonado por una chica que me gustaba. Tenía lástima de mí y pensé en aquel estanque. Y, ya ves, luego no ocurrió nada. Pero durante unos días aquel estanque de aguas sucias, donde los estudiantes echaban sus colillas, era como el único amigo que me escuchaba y comprendía.

—Entonces, ¿es que te atraía el suicidio! —exclamó.

—No —le respondí riendo— ¡me atraía la chica!

—¿Y qué pasó con la chica? —me preguntó tímidamente.

—Que me casé con ella y tuvimos dos hijos...

Y él rio también.

—Pero, en tu juventud —continuó sin pausa—, ¿no conociste de cerca el caso de algún suicida?

—Ahora mismo —contesté— sólo recuerdo el de un joven compañero de oficina.

—¿Muy joven? —se interesó.

—Bastante —dije—. ¿Recuerdas que te comenté que yo había trabajado en una editorial de libros médicos? Pues a mi lado, mientras yo me quemaba las pestañas corrigiendo pruebas de imprenta, había un muchacho que maquataba los textos. Era más bien alto y delgado, con una cara alargada y los ojos bastante separados, una especie de rostro equino que me llamó la atención desde el primer día. No conversábamos mucho porque su afición era el fútbol y la mía, la música clásica. Aunque no sean cosas contradictorias, están muy lejos una de la otra. Pero él era amable y de buen trato. No obstante, algunos días se sumía en un silencio absoluto. Eso, la verdad, me incomodaba. Se casó muy pronto y tuvieron un bebé. Parecía entonces más feliz. A menudo me pedía un cigarrillo y me comentaba cosas sobre fútbol. Un viernes, a la hora de marcharnos, le ofrecí uno de los cigarros que estaba acostumbrándome a fumar. Teníamos la misma edad: veintiún años. Pero el lunes siguiente ya no regresó. Muy de mañana, el encargado de la sección empujó la puerta de cristal y nos dijo, cariacontecido, que nuestro compañero ya no iba a venir más: que había fallecido. Pero detrás de él entró, sobresaltada, una compañera de más edad, diciéndonos: «Ayer se tiró al mar, desde la torre del teleférico del puerto».

—Terrible —dijo mi sobrino nieto.

—Sí —coincidió—. Ninguno de nosotros entendió nada. Aquellos dos o tres primeros días, con su asiento vacío y las cosas tal como las había dejado, se me hizo un nudo en la garganta. Pero con el tiempo he pensado que podía tratarse de un caso de depresión endógena con un componente psicótico...

—Pero, ves —agregó él enseguida—, ese también sabía lo que hacía. Había escogido un método y un sitio para suicidarse; tuvo que esperar a que abriera la torre, pagar la entrada, contestar algo a la persona del ascensor, buscar el punto desde donde arrojar... Y cuando vio el mar allí abajo, ¿no le pasó tampoco por la cabeza la carita de ese hijo recién nacido? A mí me cuesta creer que no. Por eso no le veo justificación al suicidio, ni al de mi abuela. Y tampoco me hacen gracia los que lo encuentran interesante.

—Eduardo, estamos hablando de hechos, y el suicidio lo es. Lo mismo que continuamente hay individuos a los que les atrae. Hará sólo dos años, un estudiante de medicina, hijo de un ginecólogo de mi hospital, y aquejado de una psoriasis rebelde en los genitales que no le permitía ni dormir, me dijo que llevaba tiempo atraído por un gran limonero que tenía su padre en la terraza de su consultorio privado. Le atraía para

ahorcarse en él, me precisó. No quería hacerlo en la calle o en un lugar público. Tenía este escrúpulo. Me preguntó, no obstante, si yo sabía de algún otro método... Se lo quité de la cabeza y le doblé la dosis de metotrexato. Y eso fue todo, por el momento.

—Y se colgó, claro —intuyó el chico.

—No. Se tiró desde la azotea, tres o cuatro pisos arriba, pero el bendito limonero le paró el golpe y se salvó, con dos costillas rotas. Su familia no le quita ahora el ojo de encima para que no haga otro intento. Pero mi doble dosis acabó con su psoriasis, por lo menos.

—Ahora ya no le obsesiona el limonero —comentó.

—Exacto —confirmé—. Pero te aseguro que siempre he tenido pacientes, aunque no fueran psiquiátricos, a los que les atraía el suicidio. Por lo general hay detrás una patología, como la depresión o ciertas psicosis. O un problema personal o familiar, pero este ya no es mi campo. Por desgracia, estos suicidios por problemas suceden en adolescentes y hasta en niños. Algunos jóvenes lo hacen para llamar la atención y se autolesionan. Pero, otros, porque han tenido un fracaso, o temen tenerlo, y no quieren defraudar a otras personas. Esta es su idea: que no sirven para nada y que, además, molestan. No quieren destrozarse la vida de los otros...

—¿Sabes? —dijo mi pariente—. Cuando yo era niño llegué a tener unos sentimientos parecidos a estos que tú dices. Mis padres estaban siempre peleándose y a mí sólo me apetecía estar con mi abuela Laura, que me llevaba al colegio y luego a su casa a cenar y dormir. Por la noche, en la cama, yo me cubría la cabeza con la sábana y me proponía llorar, llorar mucho, y algunas veces me arañé muy fuerte en la cara. Pensaba que yo tenía que ver con la guerra entre mis padres. Pero también que ellos en realidad no eran mis padres y que, por lo tanto, era un niño dos veces desgraciado. Sólo quería ser bueno, muy bueno, como me repetía mi abuela. Y que si me veían tan arañado y arrepentido, les daría lástima, volvería con ellos y así harían las paces... ¿Crees que eso podía tener algo que ver con lo que me describes? —me preguntó con cara de preocupación.

—¿Qué edad tenías? —le pregunté.

—Como cinco o seis años —respondió deshinchado.

—No, Eduardo —dije para tranquilizarle—. No te preocupes, no fuiste un suicida precoz —le comenté, sonriendo—. Tu pedías amor, con los arañazos, y te culpabilizabas del conflicto de tus padres, como hacen casi todos los niños de esa edad. Pensar, además, que no eran tus padres, tampoco es infrecuente cuando un niño no se siente querido o tiene celos. Lo único que no es tan normal es lo de los arañazos, si dices que eran fuertes... Perdona que te lo diga, pero ¿te has querido hacer daño otras veces? —no pude menos que preguntarle.

—¡Ni hablar, tío! Es que no me conoces... Lo de arañarme unas noches me ha venido por primera vez a la memoria cuando te has referido a los que se autolesionan para llamar la atención. De golpe, me ha venido este recuerdo.

Pero la contundencia de esta respuesta me dejó abierta la sospecha de que mi sobrino nieto pudo seguir sintiéndose culpable durante más tiempo.

—El intento de suicidio —dije— es otra cosa. Por los motivos, las maneras, la insistencia. Y la posible enfermedad que predispone a ello, claro está. En cualquier caso, el suicida quiere decididamente apartarse de en medio como la única forma de solución a su mal. Muchas veces, por los escritos o las palabras que han dicho antes, tienen la conciencia de que están haciendo lo mejor. Fíjate: en casi todas las grandes universidades estadounidenses verás que hay oficinas de prevención del suicidio. Cada año se quitan allí la vida estudiantes que sólo por haber sacado malas notas tienen mucho miedo a perjudicar a sus padres, que se endeudaron o hipotecaron la casa para poder pagarles los estudios. En aquellos campus hay un nivel de ansiedad muy alto. Pero no es necesario ir demasiado lejos: en nuestro país mueren más jóvenes por suicidio que por accidentes de tráfico. Y la cifra crece.

—No me extraña —comentó él—. En mi clase hay gente que se hunde o se pone frenética sólo con que bajen un poco sus notas.

—En otros casos hay jóvenes, como te decía, a los que les atrae el suicidio por romanticismo. Pero suelen ser individuos centrados en su yo y que piden cariño alrededor suyo para reforzar este yo. Un viejo profesor de medicina forense de mi facultad se enorgullecía de tener un gran archivo de casos de suicidio con toda su documentación clínica. Cada año, los nuevos alumnos, que lo sabían, le solicitaban consultarlo, llenos de curiosidad. Pero él, haciéndose el interesante, le decía a cada uno que le pedía ver el archivo: «No se lo voy a dejar, amigo mío, porque el suicidio ¡es muy goloso! y usted se aficionaría. Es como mirar mapas o leer novelas de detectives —comparaba—. Al final, uno se hace viajero, o piensa igual que un detective, y lo mismo pasa con quien lee historias de suicidas». Eso decía aquel profesor de forense. Y ahí quedaba todo. El célebre archivo desconocido de suicidas.

—Pues me parece muy mal —afirmó rotundo el chico, dejándome algo chascado después de hacer memoria de la anécdota—. Hay que hablar del suicidio porque no es una cosa que pase sólo en las películas o sólo en las otras familias. Debió haber sacado, pues, ese archivo que tú dices para enseñárselo a los estudiantes, creo yo —razonó sensatamente.

—Sí —dije—. Sin la verdad nunca te conviertes en adulto. Y es que no es lo mismo el suicidio que lees en el papel o que te cuentan que el suicidio de familiares o conocidos. Y más si hacía poco tiempo que habías hablado con ellos. De repente la verdad se hace concreta, como una flecha de emoción, que te atraviesa. Ya no es teórica: la verdad es siempre alguien. No un concepto o una cosa. Pero además estoy de acuerdo contigo en lo principal. Al margen de las razones que tenga el suicida, y del enorme respeto que me

merece, no apruebo su decisión, ni creo que, en frío, se pueda justificar su acto sin que caigamos en una contradicción. Pues si cuando estás acorralado te quitas la vida, ¿qué solución es esta? No se aguanta bajo ninguno de los aspectos. Para empezar, la especie humana habría ya desaparecido. Pero, mientras, fíjate que estamos sentando un mal precedente para los que vienen detrás de nosotros. Para tu hijo, por ejemplo; al que le estás autorizando que haga algún día lo mismo que tú. Además, al quitarte la vida es seguro que te pierdes todas las cosas buenas que habían de venir y que tu precipitación ha impedido de cuajo. En mi juventud —quise ponerle este ejemplo— había un conjunto famoso de música rock, los Rolling Stones. ¿Sabes quiénes eran?

—¡Hombre, si no lo voy a saber! —respondió—. ¡*Satisfaction*!

—Pues bien —continuó—. Su mejor músico, Brian Jones, parece que buscó morir sólo con veintisiete años de edad. Acabó flotando boca abajo en la piscina de su casa, en las afueras de Londres, con el estómago lleno de alcohol y drogas. Hacía poco que lo habían echado del grupo por su conducta y tenía problemas con sus parejas. Pudo realmente no ser un suicidio, sino un accidente, como dijo el forense. Pero ese chico estaba en la cresta de la ola y se ve que tenía proyectos. Aquel final trágico los cortó de raíz. Poco después, otros dos famosos músicos de rock, Jimi Hendrix y Jim Morrison, le dedicaron canciones a Brian Jones. Pero, igual que este, murieron en la cumbre de la fama y, curiosamente, a la misma edad: veintisiete años. También Janis Joplin, otra cantante de rock, se suicidó en aquel tiempo a la misma edad. Todo un futuro de nuevos éxitos echado por la borda. Se lo perdieron porque pisaron el acelerador a la nada demasiado pronto. Y no te creas, han tenido después muchos imitadores...

—Kurt Cobain, el cantante de Nirvana, también se mató a los veintisiete... —añadió él algo impresionado.

—Verás —dije—, yo respeto al empresario, al artista o al enamorado, por ejemplo, que sienten que las cosas les han ido insoportablemente mal y deciden quitarse de en medio. Pero ¿no crees que había otras soluciones en lugar de esta, tan radical? ¿Por qué no las tuvieron en cuenta? Un escritor, Camus, dijo que el único problema filosófico verdaderamente serio es el del suicidio...

—¿Y él, se suicidó? —terció Eduardo.

—No, Camus defendió siempre los motivos de la vida —aclaré.

—Como yo —dijo él.

—Y como yo —añadí—. Para cualquier asunto grave, el suicidio debería ser la primera solución a descartar. Por eso no me sabe mal que hayamos hablado de él todo el rato —le comenté al muchacho.

En el momento del café, Eduardo se refirió a su padre.

—Tú le dijiste aquel día, en el entierro de mi abuela, que fuera responsable conmigo. Y te aseguro que lo ha sido —afirmó.

—No sabes como lo celebro —repuse—, y la prueba está en ti mismo.

Bajó la vista para, instantes después, preguntarme:

—Tío, ¿tú crees que mi abuela, con su decisión final, fue responsable conmigo? ¿Por qué yo no le serví para que ella fuera un poco más feliz? ¿Por qué, si sabía que yo dependía de ella, se quitó la vida? Después de escucharte, yo me planteo muchas cosas. Quiero poner todo eso en claro de una vez. Me han llevado desde niño de una casa a otra, sin saber cuál era la mía. Por eso me siento bien en la facultad, porque me da seguridad y me hace sentir mayor, casi al contrario de mis compañeros, que la ven como un sitio ajeno y frío. Tienen prisa por volver a casa, lo contrario que me pasa a mí... Desde que se separaron mis padres —continuó—, todos, abuelos, tíos, hasta tú mismo, alguna vez, ¿recuerdas?, todos han querido ocuparse de mí, lo sé. Pero por poco tiempo. Y, al final, diría que nadie se ha preocupado por mí. Excepto mi padre, pero desde hace sólo dos o tres de años. Estoy empezando a tener un padre y poco a poco él se va haciendo mi héroe. Pero ahora quisiera saber si mi abuela se preocupó realmente por mí o es algo que yo sólo me imagino. Lo pregunto, también, para saber cuál es mi responsabilidad en adelante. Con lo que hizo mi abuela Laura al final, ¿no crees, pues, que falló su responsabilidad conmigo?

Fuera, en la calle, arreciaba el viento. Pero la luz y el aire transparente de marzo invitaban a regresar caminando y despacio al hospital. Antes de marcharse, saludé con la mano a don Hilario y este me dedicó una de sus sonrisas forzadas.

—Bueno, son preguntas que me hago. No quiero atosigarte —dijo Eduardo mientras empujaba la puerta giratoria del restaurante.

—¡La responsabilidad! —exclamé, levantando la voz por la intensidad del viento—. Te cuento, si quieres, la historia de un paciente que parecía liado con ella.

—¿Con la responsabilidad? —preguntó el muchacho, alzando las solapas de su chaqueta.

—Sí, francamente —afirmé.

—Pero eso es muy abstracto, ¿no? —continuó él.

—No tanto —dije—. Es que si uno es un irresponsable, enferma también. Y hace que otros enfermen, muchas veces —el muchacho me miró como si no entendiera mis palabras—. Era el caso de un ingeniero, jubilado antes de tiempo, que no conseguía dormir. No había cumplido aún los sesenta años, cuando con seis horas de sueño ya se tiene suficiente. Como sabes, la dificultad para dormir en adultos es hoy una epidemia. Aparentemente, ese hombre estaba bien de salud, pero el pobre no pegaba ojo. No había fármaco que pudiera con él. Perdió el apetito, había dejado de conducir y se le caían las cosas, por la acumulación de fatiga. Es el insomnio más rebelde que he tratado. Hasta que un día, y puesto que me dijo que estudiaba por las tardes en la facultad de filosofía, la misma que la de mi compañero Liberto —¿qué les dará la filosofía que yo me haya perdido?—, le invité a tomar un café en el bar del hospital, y hablando...

—Y a ti te gusta hablar, tío... —interrumpió Eduardo.

—... y hablando —sonreí— vino a decirme que él estaba seguro de que todo lo que le atormentaba y le quitaba el sueño era un problema de conciencia. Tuve que pedirle que me repitiera eso último. Así lo hizo, y yo no supe muy bien que responder. Quizás con un psicoanalista, le insinué. «No, qué va —dijo él—. La causa está muy clara», añadió convencido. «Explíquese, pues, y veremos si puede usted volver a dormir», repliqué. «Yo tuve a mi cargo —me contó— la dirección del montaje de varios parques eólicos. Levantábamos molinos de viento en el llano, en la montaña... hiciera frío o calor» —¡Qué bonito trabajar en la naturaleza!, dije yo—. Respondió que en efecto. Se sentía feliz con su empleo: trabajar en el páramo, desayunar junto al fuego de leña, observar las águilas, ver la liebre panzuda dando saltos, sentir las mañanas frescas del verano, seguir el rastro de los corzos sobre la nieve en invierno. Ese hombre, todo un poeta. Pero el trabajo era muy duro, se quejaba. A veces, en el mes de abril aún helaba. Y no podían relajarse porque tenían muchos encargos, demasiados. Cuando llegaba el otoño, la empresa les apremiaba en su trabajo para poder presentar la factura de la obra antes de acabar el año. Los ayuntamientos pagaban bien. Por tal motivo, y ya con los primeros fríos, se ponía en riesgo la seguridad de los empleados.

»Al tener que doblar la velocidad del montaje se producían accidentes. Mi paciente me dijo que ya se le habían muerto tres empleados y que eso le tenía hundido pues eran hombres jóvenes, y por cierto, casi siempre consumidores de droga, señaló muy serio. Muchos jóvenes no aceptaban esta clase de empleo por tan duro como era, aunque estuviese, como de hecho estaba, muy bien pagado. “Doctor —me dijo el hombre desengañado—, casi todos mis operarios eran yonquis, y no sabe la pena que yo tenía por ellos. Estaban allí para cepillarse la mensualidad en pocas horas y malvivir el resto del mes. Funcionaban como operarios, sí, pero como personas, su vida era un desastre: estaban solos, no se cuidaban, y la empresa no les ofrecía posibilidades de continuar. Yo era su jefe y a la vez su abogado, y al final fui también como su padre”.

»Pero quien tenía que decidir era yo —me contaba, afligido—. Mi trabajo era tomar constantemente decisiones. Discutía con ellos, los empleados. Pero también con la empresa, a veces con los ayuntamientos de la zona, y siempre con los ecologistas, del lugar o de muy lejos, tanto daba. Me acusaban de destruir el paisaje y yo que sé de cuantas cosas más. Bien, formaba parte de mi trabajo tener que asumir todo esto, pero lo que nunca pude asimilar fueron los accidentes laborales. Y en particular no he podido superar todavía la muerte de aquellos tres chicos, a los que tuve en mis brazos al morir. Uno, dos días antes de Navidad, por una caída, doblado sobre la nieve; otro, en su barracón, de noche, por una heroína adulterada; y el tercero, poco después de estrenarse en el trabajo, por un rayo, en la época de la siega. Aun recuerdo su hilillo de sangre en la boca y aquella cara tan blanca, recostado el pobre sobre una bala de paja. Terrible, doctor. Veintidós años, el chaval, la edad de mi hijo, y sólo una semana antes me lo había entregado su padre. A ver si me lo hace un hombre, me había dicho él.

»Yo siempre he sido una persona muy estricta y responsable. Pero no pude evitar esas muertes, ni los accidentes. Ni tampoco la protesta de los que defendían la naturaleza, y dígamelo a mí —exclamaba mi paciente—, “con lo que yo amo el campo. Hacía que se arrancasen los menos árboles posibles y ni un solo conejo dejé matar. Mis muchachos andaban locos por comérselos bien asados al tomillo. Y no le cuento los polluelos de buitre leonado que llegamos a rescatar. Por eso, porque contra mi voluntad se me escapó todo, por eso no duermo. Me siento un total irresponsable... dijo al final”.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Eduardo.

—Apenas nada —confesé a mi sobrino nieto—, sólo que tenía un escrúpulo de conciencia exagerado, o incluso ninguna razón para culpabilizarse. Si él había hecho lo que debía, y además no podía prever ningún mal, no tenía por qué recriminarse tanto. Su problema no residía en la responsabilidad ni en la conciencia, sino en el modo en que las sentía.

—¿Mejóro este paciente? —se interesó el chico.

—Creo —le dije— que se sentía culpable sin motivo. Estaba claro que le convenía hacer un proceso de revisión personal, o acudir, si no lo superaba, a un psicólogo. Pero nunca más le he vuelto a ver. Ni sé qué tal le fue con la filosofía. A veces van a ella los que buscan sólo su propia salvación y luego se estrellan, porque tienen que enfrentarse a la duda y al No Ser...

—¿Es que no sirve la filosofía? —preguntó mi pariente—. A mí me gustaba, en el instituto.

—A Liberto —respondí—, mi colega, cuando dijo que iba a estudiar filosofía, don Hilario le soltó, en una de sus frases impertinentes: «¡La filosofía es la nada arrojada al vacío! Déjelo estar, doctor». Pero quiero suponer que a este hombre que no podía dormir la filosofía le ha servido y ya está curado... Porque la culpa y la responsabilidad no son lo mismo. Además, hoy parece que la gente admite antes ser culpable que ser responsable de haber hecho algo malo. Porque lo primero es reconocer que has roto una norma y aceptar la sanción correspondiente. Salvo en las faltas mayores, no da vergüenza admitir que se es culpable de haber infringido la ley, una cosa convencional, al fin y al cabo. Pero lo otro, reconocer que uno es el responsable de cualquiera de sus faltas, grande o pequeña, y admitir que te reprendan por ello, eso implica ya aceptar que uno lo ha hecho mal por malo o por tonto, o por las dos cosas. El peso de la culpa recae a fondo en la persona, y por eso la gente, que consiente multas pero no broncas, busca excusas. O la multa o la bronca, pero las dos cosas no. Y mejor una multa que una bronca. Porque al llamarle a alguien irresponsable no herimos sus intereses, sino su orgullo o su amor propio...

La excusa para no declararnos responsables suele ser echarle la culpa a la sociedad, a las costumbres o a nuestro propio estado de salud aquel día. Eso, dicen, es lo que nos obligó a hacer lo que hicimos, aunque en realidad no lo queríamos hacer. Repiten: me obligaron, fue un error, no supe apreciar el peligro, tuve un mal día... Y no esperes más

de ellos, Eduardo. Son lo contrario de mi paciente, sin sueño por sus culpas imaginarias... En mi hospital, sin ir más lejos, muchos buscan cargos o tareas de responsabilidad. Pero cuando los consiguen, lo primero que piden es quedar libres de responsabilidades si algo llegara a fallar. Es un contrasentido. Dejan que sólo les puedan pedir cuentas de sus actos los tribunales de justicia o las compañías de seguros. Pero nadie más, y se arman, mientras tanto, de excusas. Siempre que hay obligaciones, hay excusas. Entonces, culpa, sí; pero responsabilidad, no.

—¿Cómo? —saltó el chico.

—Sí, como te digo —respondí—, prefieren admitir que incumplen la ley antes que reconocer que ellos son los autores de lo sucedido y que deben dar una explicación de todo ello. Pero eso es justamente la responsabilidad: que *respondas*, como dice la propia palabra, de lo que haces.

—Pero ¿quién manda —repuso él— sobre tu responsabilidad, diciéndote, por ejemplo, que has de ser responsable de tal cosa o de tal otra, y en qué medida tienes que serlo...? Quizás si todo estuviera más claro, mi abuela hubiera sido más responsable conmigo —reflexionó.

—La responsabilidad —le dije—, nadie te la impone. Cada uno es responsable por su propia libertad y por el uso más o menos razonable que hace de esta libertad. Entre la libertad de los demás, claro está. Si la responsabilidad fuera la orden de otro, sería una contradicción, ¿no? —pregunté.

—Pero ¿de qué me sirve mi libertad —replicó, tras pensarlo un poco— si siempre la tengo que ordenar y, por lo tanto, recortarla, aunque sea yo mismo quien lo haga? Me quedo sin libertad. Llamemos a eso con otro nombre, ¿no? —preguntó a su vez—. Estás cediendo —añadió.

—Hombre, no —contesté—. Nadie va a descubrir por ti la libertad. Justo descubres que eres libre cuando te ves capaz de elegir entre cosas distintas y te comprometes con alguna. Si no fueras libre, tampoco tendrías, para empezar, esa capacidad. De lo contrario, ¿qué sería la libertad? ¿El hago lo que quiero? ¿El todo vale? ¿La indiferencia absoluta? Ni nos daríamos cuenta entonces de esta condición tan especial de estar exentos de límites. ¿Y para qué darle un valor a la libertad, por otra parte, si no tiene límites, ni un contrario, y puedo hacer lo que me dé la gana? Yo creo que ni nombre le pondríamos... Eres libre porque eliges y has elegido porque eres libre, aunque eso te impida hacer lo que te dé la gana. Si hay algo absoluto, ninguna cosa existe fuera de eso, ni se mide con nada y se desconoce a sí mismo, a no ser que hablemos de Dios. Pues igual con una libertad absoluta; harías lo que te diera la gana, pero no lo sabrías, no lo gozarías, ni tendrías una palabra para hablar de esta condición... Quiero decirte: la responsabilidad pone un límite a tu libertad, cierto. Pero eso no te hace menos libre. Mejor: sólo ella te permite descubrir que eres libre. Si siempre estuvieses corriendo no sabrías que corres. El semáforo en rojo que te detiene no sólo no te priva de seguir corriendo después, sino que hace que te des cuenta de que corres.

—Vaya —dijo Eduardo—, que la libertad y la responsabilidad son como uña y carne.

—Eso creo —afirmé—. Pongamos que tú ahora te reprimes y no me dices lo que piensas, que es que soy una lata. Y que yo hago lo mismo y no le digo a don Hilario lo que pienso: que por fin me libro de él. Tú decides seguir conversando y yo seguir saludándole. Pero somos conscientes de que podríamos haber decidido lo contrario o tomar otras opciones, como atacar, despistar o llenar al otro de elogios hipócritas. Es decir, que a la vez que tú y yo estamos decidiendo algo nos percatamos de que podríamos haber decidido diferente y, por lo tanto, de que somos libres.

—Estás hecho un filósofo —dijo seguramente para no continuar con el tema.

—No —respondí—, es que me jubilan.

—Entonces, mi abuela... —volvió el muchacho a lo que le preocupaba.

—Déjalo, Eduardo —preferí cortar—. En su estado, hizo todo lo que pudo por ti, y más. Fue siempre responsable contigo, si es lo que más te preocupa. Luego, al hundirse, pudo más ese estado que ella. Y si no podemos, no debemos. Estaba muy afectada. En las últimas horas ten por seguro que no reunía las condiciones para responder de nada. A muchos suicidas no les frena ni el cariño que reciben de los suyos. Cuando ella se tiró por la ventana estaba como ciega y no podía evitar que un remolino inmenso, oscuro y ensordecedor la envolviera y atrajese hacia el abismo. Si todos nos imaginásemos un poco este pánico del suicida, ya no haríamos más comentarios sobre su decisión o sus motivos. Yo sé cómo están muchos de mis pacientes y ella no es una excepción. Pregúntate por la responsabilidad sólo cuando se pueda obrar en libertad y con el uso de la razón. Ahora se dice «obrar con autonomía». Pero no si se trata de un niño, de un enfermo o de alguien totalmente coaccionado. Para ser responsables hay que ser autónomos, y cuánto más responsables, más autónomos nos hacemos. ¿Qué harías tú, por ejemplo, con el caso de una paciente que te voy a contar ahora?

»Cuando yo trataba más que nada el alzheimer y las neurodegenerativas, me visitó un día una dama estadounidense que me había remitido el propio don Hilario, supongo que después de que él adivinara en el futuro un fresco talón de miles de dólares sobre su mesa. De cincuenta y tantos años y aspecto distinguido, la mujer me expuso que vivía con su madre, de noventa y cinco y con alzheimer, en un apartamento del centro de Manhattan. Su consulta se centró en cómo había que tratar a la enferma en su propio domicilio, y cuáles eran las medidas sanitarias y de asistencia más indicadas para ella, pues esta mujer estaba dispuesta a hacerlo todo por su madre.

»Esta anciana había sido largo tiempo agente de la CIA —el chico se sorprendió al oír esto— y parece que tenía mucho carácter, hasta el punto de oponerse rotundamente a que su hija la ingresara en una residencia para ser allí mejor atendida. Pero estaba prácticamente ciega y con poca memoria, de tal modo, decía mi consultante, que se desplazaba por el apartamento siguiendo con las manos un sistema de cuerdecitas de las

que pendían diferentes campanillas. Así la mujer podía ir y volver de su habitación según el sonido de cada cuerdecita al tirar de ella: agudo, para la cocina; medio, para el baño; grave, para el dormitorio de su hija. Y con tal facilidad, me contaba esta, que parecía tener bien conservada al menos la memoria de las partes de la casa y el modo de alcanzarlas. Mi consultante dijo que ese era un sistema que la anciana aprendió de los prisioneros ciegos del Viet Cong para poder sobrevivir en las lúgubres cárceles de Saigón durante la larga guerra del Vietnam... Mi madre, me explicaba, tiene autonomía, de forma que yo tengo que respetar su decisión. Es su libertad, subrayaba. Pero quiero que usted, doctor, me diga qué es lo mejor para cuidarla...

»Como comprenderás, Eduardo, me salía decirle que la ingresara de una vez. Mi responsabilidad como médico me lo exigía. Pero contra esto estaba la firme voluntad de la propia enferma, que no se encontraba legalmente incapacitada y podía desobedecer cualquier orden que se le diera. Y estaba también la voluntad de la hija, dispuesta a respetar hasta el límite la de la madre. De modo que no insistí y así acabó el asunto.

—Y sin cheque para don Hilario, claro —comentó en broma el muchacho.

—Pues no —le contesté—. Pagó y bien. No me lo podía creer.

Y él continuó:

—Con la pasta de la CIA...

Sonreí, pero le dije:

—Hablo en serio. ¿Fui yo un irresponsable por no darle toda la información que ella necesitaba para mantener bien a su madre? ¿Lo fue la hija? ¿La paciente misma? ¿O, en cambio, nadie lo fue? Cada uno decidió quizás desde su autonomía, y puede que por distintos motivos cada uno pensara que había decidido de manera responsable.

—Pero, tío —replicó mi pariente—, ¿por qué admites que esa anciana era responsable y en cambio no le puedo pedir responsabilidades a mi abuela por dejarme solo, siendo mucho más joven y activa? ¿No dices que supo lo que hacía hasta pocas horas antes de matarse?

Le contesté que su abuela había ido perdiendo poco a poco la necesaria autonomía, presa al final de su enfermedad. Seguramente ya no la tenía para tomar decisiones importantes y controlar el alcance de sus actos.

—Contigo, Eduardo, mi prima puso todo su amor y todo su cuidado. Por eso no la considero ninguna irresponsable. Fuiste un punto y aparte de felicidad en su vida. Hasta que no pudo más. Es para recordarla todavía mejor, me parece a mí.

Él calló.

—Pero ¿cómo se sabe cuándo uno es responsable? ¿Todo el mundo lo sabe igual que lo sabes tú? —me preguntó, no sé si con cierta ironía.

—Pregúntate —le contesté— con quién eres responsable, o con qué. Porque hay que ser responsables no sólo con los demás, sino también con los animales y con la naturaleza. Hasta con tu lenguaje y con los objetos materiales que manejas cada día. Y desde luego contigo mismo... Pregúntate también ante quién eres tú responsable. Por

descontado, lo eres ante las personas con las que tratas, incluso desde la distancia, o aunque no trates con ellas. Pero tampoco basta decir que lo eres ante Dios. O ante la sociedad. O la ley. Piensa que lo eres siempre ante ti mismo y ante los ideales o las promesas que te has hecho. No rompas este compromiso. El peor castigo contra ti es el que tú mismo te impones y tú mismo puedes levantar.

—Muy bien —repuso el joven—, pero no me has dicho lo principal: ¿de qué soy responsable, exactamente? Tengo mis convicciones, pero eso no me aclara la pregunta —dijo algo retador.

—Vaya —respondí—, es casi de sentido común: eres responsable de lo que dices y de lo que haces.

Y él preguntó de inmediato:

—¿Y de lo que pienso? ¿Hasta de eso, también?

—No, el pensamiento no entra. Déjalo a su aire, hasta que tú mismo te asustes de lo que piensas, o te entusiasme demasiado lo que estás pensando. A mí me torturaron la infancia con lo de que tenía que evitar los *pensamientos impuros*, o sea los del sexo, y en cambio, ahora, viejo como voy siendo, es uno de los pocos pensamientos que me agradan... Pero eso no creo que me haga irresponsable, ni entonces ni ahora. Pensar no es delito todavía. Y está permitido no pensar. Muchos tienen insomnio porque justo en la cama les vienen todos los pensamientos y les desvelan. Habría que imponerse lo contrario: he de dormir, no he de pensar

—¿Ni en lo más importante, como la familia, la salud...? —curioseó Eduardo.

—¡Ni en eso! —exclamé—. No pensar está permitido en la cama, para poder descansar y luego, cuando estés despierto, poder pensar.

—El negocio de las pastillas para dormir se acabaría, con tus recetas —dijo él, sonriendo.

—Por mí, ya estaría hundido —confirmé— porque es lo primero que recomiendo a mis pacientes con insomnio: cuando te metas en la cama para dormir, olvídate de toda responsabilidad. Sé un inconsciente.

Él rio.

—Pero ¿habrá otras cosas de las que ser responsable, además de lo que haces y de lo que dices cuando estás despierto...? —prosiguió el muchacho.

—Sí —contesté—. No lo eres de tus pensamientos, cuando se quedan sólo en eso, pensamientos, pero sí de tus actitudes, que siempre salen a flote como actos o como palabras, y siempre, en cualquier caso, se ven. Muchas veces no las tenemos en cuenta y nos equivocamos. La actitud cuenta mucho. Una mirada, un simple gesto, un modo de hacer las cosas, la reflejan enseguida y te retratan como persona que es responsable o no.

—Qué sutil... —se limitó a decir el chico.

—Pero también uno es responsable —seguí— de sus silencios y de sus omisiones. No decir, no hacer, entran también en este asunto, el de la responsabilidad. A veces el bien está del lado de callar o de quedarse quieto, pero otras eso se pone del lado del mal.

—Pero tú ya me estás hablando del bien y del mal —intervino él— y eso es muy diferente según las ideas de cada uno. La mayoría de los chicos como yo en la facultad sólo hemos oído hablar del bien y del mal en las películas —espetó.

—De acuerdo, muchacho —continuó—. Pero a pesar de todo, el bien y el mal son creencias, o valores, como se dice ahora, de los que vivimos, y para muchos, por los que vivimos. Cuando seas médico tendrás que pronunciarte también sobre eso, ya verás. Lo bueno es lo que hace la vida posible; lo malo, lo que la hace imposible. Piensa, si no: ¿qué admitirías que otro hiciera contigo? O más aún: ¿qué desearías que hiciera? Eso es seguramente lo bueno. Dale otros nombres, o no le des ninguno. Tanto da. No es lo que piensas, sino lo que necesitas y te mejora. Ahí está: lo bueno. Ya ves que no te lo puedo definir más, sólo te resumo mi experiencia. Lo que he aprendido por mí mismo.

—Pero los jóvenes, tío, no podemos esperar a ser mayores, como tú, para saber lo que está bien y lo que está mal. Y si llegas muy tarde a eso, me imagino que ya no te sirve. Necesitamos saberlo antes para no hacer la travesía desorientados. Creo que es lo que les pasó a mis padres —razonó mi sobrino nieto.

—Pero tú —puntalicé— ya lo vas aprendiendo, no estás a cero, y este proceso nunca se acaba, ni para mí siquiera. La vida te enseña, y tú no haces más que tomar nota de ti mismo, como no seas un perfecto idiota que no piensa.

—La vida avanza en línea recta, ya veo —comentó Eduardo—. Y no habrá que salirse de la línea. Pero a mí me va a costar eso —supuso el muchacho—. Me han llevado de acá para allá como un paquete, y sólo ahora, con la carrera, y ya mi padre, estable, en casa, empiezo a tener alguna intuición de lo que es hacer tu propio camino.

—Desde luego, y lo celebro —le respondí—. Hay que tener un camino. Mira, una vez hablé con un pastor en la montaña, y al marcharme se despidió diciéndome: «¡Buen camino!». Qué despedida tan bonita, pensé. Pero te aseguro que, al menos para mí, este camino no ha sido rectilíneo, como tú piensas. La vida avanza, y no avanza bien si no te abres tú mismo el camino. Pero aunque te lo propongas, ese camino no es recto —afirmé, y él puso cara de extrañeza—. ¿Te sorprende? —pregunté—. Esta teoría sí es mía. En la naturaleza no hay nada recto. La recta, la geometría, son un invento del hombre. Y a veces nos desesperamos cuando algo se aparta o nos aparta a nosotros de esta «línea recta» que pensamos que es la correcta. Hasta la palabra correcto viene de recto. Pero esta decepción por ver algo fuera de la línea recta es un malestar que podríamos habernos evitado. Lo mejor es tener un objetivo y tirar un cable hacia él, aunque casi nunca será un cable recto y bien tensado...

—¿Torcido, mejor? —corrigió el chico.

—Tampoco —dije— vayamos de un extremo a otro. Mal iríamos si empezáramos a trazarlo así. ¡Curvo! —aclaré.

—Claro —saltó el chico—, ¡haciendo eses!

—No, hombre, así andan los borrachos.

—Bueno, quise decir que en línea ondulada —rectificó.

—Eso ya me parece mejor —contesté—. Pero aún sería demasiado bonito para ser cierto. Como la línea recta, que es perfecta. Fíjate, un gran arquitecto estadounidense, Frank Lloyd Wright, quiso hacer una arquitectura hermosa que imitara la naturaleza, y no tuvo más remedio que trabajar con rectas, pese a que en la naturaleza no hay nada recto. Sólo logró poner curvas en su última obra, cuando ya tenía noventa y un años, con el museo Guggenheim de Nueva York.

—Pues ya no me acuerdo de qué estábamos hablando... —dijo Eduardo casi susurrando.

Intenté decirle de una vez:

—La vida avanza en espiral. Aunque vas hacia adelante, en realidad das vueltas sobre lo mismo: sobre ti. La espiral es así. Vertiginosa pero familiar, siempre alrededor de lo conocido. La ola del mar, por ejemplo, sigue una dirección, pero se enrosca como una fiera sobre sí misma. Igual que la concha de las caracolas. Y tantas otras cosas de la naturaleza. Estamos en una galaxia que se extiende en espiral. Y hay centenares de miles de galaxias parecidas. Las tormentas, los ciclones, vistos desde el aire, son una espiral perfecta. Y los desagües del fondo del océano, los de las cascadas, y el de la bañera de casa: también funcionan en espiral. El corazón hace lo mismo: consiste en una única banda muscular enroscada sobre su eje, para poder bombear mejor la sangre... —Eduardo me miró algo incrédulo, y le aclaré—: Sí, lo descubrió un médico de cabecera, el doctor Francisco Torrent, después de haber hervido en la cocina de su casa mil corazones de vaca. Pero su hallazgo tardó veinte años en ser reconocido. Cuando lo consiguió, en 2005, durante un congreso de cardiología, se sintió mal poco después de la presentación en público, y en pocos minutos, ante centenares de cardiólogos, falleció. Murió, como una ironía del destino, de un ataque al corazón...

—Increíble —exclamó el chico.

—También los embriones se desarrollan de modo igual: en espiral. Desde el embrión del pollito hasta el del elefante. Tienen esa forma, como la del corazón que se forma en su interior.

—Y como la de las rosas y otras flores —añadió presto el muchacho.

—Exactamente —asentí—. Y nuestra vida sigue un curso igual: girando alrededor de un centro, del que se aleja con el paso del tiempo.

—Pero —observó él— qué importa que la vida avance, como tú dices, en espiral, si al final ya estás muy lejos de este centro. Entonces, tanto da que te imagines la vida como una espiral o como una recta, o lo que sea...

—Bien observado —le dije—. Pero cuando la espiral de la vida llega al último punto, caes en vertical sobre este centro, como si una fuerza de gravedad te devolviera a él. ¿No te has fijado como todos nos acabamos pareciendo a nuestros padres y a sus manías? Todos nos volvemos como niños y morimos acurrucados en la cama, en posición fetal, llamando a nuestra madre o escuchando las voces de nuestros hermanos

en la infancia. La retracción de la vida tiene una fuerza furibunda. Se vuelve a donde todo comenzó. A las voces de tu primer hogar, al aliento de la primera boca que besaste, al mar de los veranos, a la luz... Y todos nuestros recuerdos acaban huyendo así, en remolino, hacia un brillante punto de luz al fondo. Al final, ves la película de tu vida en esos segundos que dura el remolino, potente e imparable como el de una galaxia...

—Caramba, tío —saltó Eduardo—, parece como si lo hubieras vivido.

—La vida te enseña —respondí—. Y si no, lo intuyes. En la naturaleza, ya ves, no hay nada recto. Ni en la vida, donde la curva es nuestra línea, y la espiral la preferente. Una línea que se abre y a la vez se cierra; que se aleja y al mismo tiempo se acerca. Pero esta flecha con retorno y con caída en picado al origen viene a ser la renovación de la vida. Por eso verás en las farmacias el símbolo de una serpiente enroscada alrededor de una copa... La espiral.

—Pero te olvidas algo, mientras tanto —advirtió Eduardo. Yo le miré extrañado—. ¡La doble hélice del ADN! Otra espiral —dijo, convencido—. ¿Y cómo te explicas esta idea de la espiral que vuelve a su sitio con la genética, que nunca marcha hacia atrás...? Parece, tío, que nadie vuelve del alzheimer a una memoria normal, o de la insuficiencia cardíaca a un corazón sano de primera. Nadie, que yo sepa, vuelve de un asma, una diabetes, un síndrome de Down... ¿No es un poco imaginativa, entonces, tu idea de la espiral y de que volvemos al origen? En medicina, al menos... —siguió, perspicaz como siempre.

—Verás —respondí—, es que no es física pura, ni una simple idea mía. Yo te hablo de la naturaleza en general y de la vida humana en particular. Y la vida te enseña. Por ejemplo, que la vejez es un naufragio, pero que tiene mérito. Aunque sea sólo el mérito de la experiencia. Y eso de la vida, digo, como un avance en espiral, es demasiado pronto, quizás, para que lo entiendas. La vida se construye en futuro y se vive en presente, pero se comprende sólo en pretérito. Es cuando uno puede ya ir atando cabos. Verás enseguida, al mirar hacia atrás, que las distancias no eran tan grandes ni los tiempos tan largos. Que todo está en relación con todo y que las coincidencias no son tan casuales como pensábamos.

—Pero no me negarás —volvió Eduardo— que la vida es como un sube y baja. Yo no tengo tu experiencia, pero tengo la mía. Me han pasado cosas muy tristes, pero también me han atraído y gustado otras. La que más, leer, y luego evitar a toda costa que se repita una situación como la de mi casa. Ver claro que tenía que estudiar —me dijo tranquilo y confiado.

—Seguro —afirmé—. Pero, a mi juicio, la vida es un sube y baja, como dices, que va siguiendo una estela mayor, la de la línea espiral. La vida no es un puente cortado ni un camino retorcido. Tampoco una marcha siempre adelante o siempre hacia atrás. Todo se va y todo vuelve, pero sin ser ya lo mismo que fue en el punto de partida. No es un círculo cerrado. La vida avanza en espiral... Así, nada es casual ni pura coincidencia. No vuelve lo mismo, pero avanzamos a su alrededor, y esto es justo lo que nos hace

avanzar. Recordar caminando de la mano de tu padre; volver a oír la voz de tu madre llamándote. Presentir quizás a Dios al doblar la esquina y sentir la fuerza del viento en la cara. Rememorar aquel amor que se acabó sin haber acabado. Pero todo vuelve. Las ilusiones, ocultas como el sol detrás de las montañas, vuelven, aunque cambiadas, en otro amanecer. Porque hubo unos días antes, habrá otros después. Nada es casual y nada es pura coincidencia.

»Te cuento una cosa. El mismo día que murió tu abuela, acompañé por la tarde a mi mujer a comprar unos zapatos en el centro comercial de la ciudad. Mientras la esperaba, deambulé por la avenida concentrado en la muerte de mi prima. No me atraía, claro, ningún escaparate, pero aún no sé por qué me detuve en uno que exponía bajo los focos una gran cantidad de broches, brazaletes, collares, pendientes, anillos... Pensé en estos últimos: cuántos momentos felices significaban, de cuántos besos y promesas han sido testigos, y después, de cuántas rupturas o momentos de tristeza no habrán sido testimonios, también... Aquello no era un escaparate, sino un friso de la fugacidad de la vida. Pero de pronto descubrí en un ángulo del aparador un grupito de medallas, y una de ellas estaba esmaltada con una imagen de la Virgen con el Niño, igual que las que hacía tu abuela. Era el mismo rostro que ella copiaba de algunos cuadros de Filippo Lippi, y con el mismo estilo y colores, suaves, de una pincelada finísima. Me dio un sobresalto el corazón y entré en la tienda. ¿Sería una obra suya? Me enseñaron esa medalla y en el reverso aparecieron sus iniciales, L. C., y el nombre del taller en el que Laura trabajó unos años. ¡La medalla era suya! Me pedían bastante por ella: “Verá, es un trabajo de esmalte artístico...”, pero me la llevé sin pensarlo. Era como tocar los dedos de mi prima. ¿Tu crees, Eduardo —le pregunté muy seguro de mí—, que ese hallazgo fue una coincidencia? Para mí no lo fue, y en la vida se dan casualidades como ésta nada casuales... La vida avanza en espiral... Pero nosotros nos obstinamos en ver líneas rectas, líneas quebradas, o círculos que habría que cerrar. No vuelve lo mismo, pero nada es diferente. Aprovecha, pues, el momento, y guárdalo bien, mientras no dejas de caminar...

—... *en espiral*, te faltaba decir, tío.

Y sonreímos los dos.

Estábamos ya muy cerca del hospital. Después de un silencio, y algo jadeante, Eduardo me dijo:

—¿Sabes?, el pasado verano conocí a un tipo que parece sacado de todo ese cuadro que me pintas.

—Adelante, que casi llegamos —le dije.

—En el Paseo de Mar —me contó—, cerca de donde mi abuelo tiene su apartamento, hay desde hace tiempo una librería de viejo. Se llama «El Vigía», pero aunque tiene este nombre, sólo abre en verano y un par de horas por la noche cuando ya no hace tanto calor. En el escaparate, detrás de un cristal sucio y grasiento, se ven

amontonados libros nuevos y viejos sobre anarquismo, guerrillas, luchas ecologistas y cosas parecidas. Nunca me había fijado en esa tienda, así que entré una noche para curiosear. Quizás encontraría algo sobre individualismo radical... Es lo mío.

»El local estaba a media luz y olía mal, a papel viejo y hasta a suciedad. El librero, de unos sesenta años, alto, gordo y sin afeitar, se encontraba junto a la caja, clasificando libros y folletos amarillentos. Tenía a su lado un viejo transistor que emitía canciones de protesta o así. Él las seguía, canturreando, con su cigarro apagado entre los labios. Le dije buenas noches y me contestó en voz alta: “¡Salud!”». Pensé que de salud no mucha en aquel antro. Tenía los libros por secciones, con rótulos a bolígrafo para cada una: Anarcosindicalismo, Comunismo Libertario, Emancipación nacional, Independentismo, Cuba... Y otras tan raras, ahí, como Recetas de la Abuela y Estreñimiento, ¡ja, ja! Pero vi que, en realidad, los libros estaban todos mezclados. Y a doble fila. Un verdadero lío. Te aseguro que varios tenían el lomo mordido por las ratas. Yo, mientras tanto, sólo quería encontrar alguno sobre mi tema y también sobre la dictadura en nuestro país, pero aquel sonido metálico del transistor del librero no me dejaba concentrar en la búsqueda.

»“¡Yo te ayudo!”, me gritó, al verme confuso, desde su puesto. Al hablar se apasionaba sobre el asunto y se comía las palabras. Me puso un volumen en las manos. Lo tomé y había un mosquito chafado en la portada. El precio estaba aún en moneda antigua, como en muchos otros libros que hojeé. “¿Qué te parece mi colección, compañero?”, me dijo de vuelta a la caja. Me llamó la atención lo de compañero. Pensé de pronto que estaba con un comunista, cuando a mí lo que me gusta es el individualismo radical. Gritó también “¡Anda que no hay cosas buenas aquí!”, y se rio solo. Entonces me dio un ataque de risa y tuve que pellizcarme para no continuar. Al final, me compré un libro baratito. Curiosamente, el hombre lo anotó en una especie de cuaderno de ventas, mugriento y con las páginas sueltas. Me fijé que en el cajón de su caja registradora no había ni un solo billete, sólo calderilla. Al salir me dijo contento: “¡Y ya con esto, compañero, cierro por hoy! ¡Salud!”. Y salí al paseo riendo, sin tener que pellizcarme.

»Más adelante pensé que una librería con tan poco movimiento podría tener alguna pieza de interés para mi padre en el fondo de alguna de sus estanterías. De modo que volví allí otro día. “¡Compañero!” dijo sólo al verme, y tuve que reprimir otra vez la risa. Ese día yo no llevaba reloj y le pedí que me avisara al cabo de una hora. Pero él tampoco tenía reloj. Entonces le pregunté cómo sabría yo la hora y me dijo que era muy fácil: “Yo siempre salgo a la calle y se lo pregunto a alguien. La gente es amable”, respondió tan seguro. Pensé que contaría el caso de este tipo a los compañeros de la facultad. A la salida, yo con otro libro, me pidió que le ayudara a bajar la puerta metálica, ya que parecía atascada. No lo conseguimos, pero dijo que lo dejáramos estar. Y así quedó. En este pueblo no hay ladrones que quieran libros tan buenos, se excusó. Era todo un tipo, créeme.

»El caso —siguió contándome Eduardo— es que al volver a casa consulté por internet el nombre de aquella librería y me aparecieron docenas de páginas con los apellidos y la foto del librero. Había sido un militante anarquista, estuvo en prisión, y luego se exilió. Más tarde fundó una cooperativa de pescadores y hoy dirige una plataforma ecologista en la comarca. De vez en cuando se ve que participa en actos públicos para hablar de su experiencia contra la dictadura. Es alguien conocido. Incluso este pasado invierno se le hizo un homenaje en el pueblo. Espero volver a verle para hablar con él de sus aventuras. Lo ves, tío —se apresuró a decirme Eduardo—, ese hombre siempre vuelve a lo suyo, a sus ideas. Hace cosas distintas, para volver a lo mismo. La espiral que tú decías....

—Seguro —le dije, al pie ya del ascensor del hospital.

En aquel momento vimos entrar por la puerta principal a don Hilario, el gerente, sofocado y furioso, con el teléfono pegado al oído y blandiendo su caramelo de palo en la otra mano. Vino veloz hacia nosotros, y asegurándose de que no había pacientes alrededor, me dijo que yo tenía suerte de que ese fuera mi último día allí, porque él estaba dispuesto a llamar a la policía por las cosas que estaban ocurriendo en nuestro centro. Vi que eso no iba por mí. Le pregunté qué ocurría.

Dijo que alguien de entre el personal, aprovechando la huelga de la cafetería, debía haber llamado a un grupo de sindicalistas para que montaran una protesta aquella misma tarde en el hospital. Y que el piquete ya estaba en camino.

—¡Quieren hundir esta casa, Mario! Nunca tienen suficiente. ¡A golpe de porra les recibo! —dijo rabiando. Intenté calmarlo. Se engastó el caramelo en la boca, y acercándose a mi oído, me confesó con los dientes apretado—: Ya sabes, es por lo de Javier...

En el ascensor mi sobrino nieto me preguntó qué estaba pasando. Le expliqué que desde hacía un tiempo existía muy mal ambiente entre nosotros por la mala imagen pública que estaba teniendo la institución. Se hablaba de que en cualquier momento el personal médico, sobre todo, forzaría un cambio de la propiedad o, de lo contrario, emitiría un comunicado a la prensa informando de lo que sucedía.

Eduardo parecía intrigado.

—Ocurre —le expliqué— que el amo y director general de la casa, ese Javier, el suegro de don Hilario, es un hombre que ha sido imputado por estafa en otra de sus empresas, que es la que más mercancías suministra a este hospital. Y sucede, mientras tanto, que los querellantes han retirado la reclamación, porque don Javier ha pactado con ellos una reparación de muchos miles.

—Uf —soltó el chico—, esto es corrupción, ¿no?

—Y todo esto, ya ves —dije—, justo cuando se le niega al personal un aumento de salario que se nos prometió hace tiempo. Pero yo ya me voy...

—Tío Mario —comentó—, me parece que no he venido en el mejor día.

III

LA CANCIÓN DEL TROVADOR

Al entrar de nuevo en mi despacho se me encogió el corazón. Los muebles, a un lado. Las cajas de cartón, en el suelo, como bocas hambrientas de bártulos y papelotes. Las estanterías, sin libros ni mi arsenal de pequeños recuerdos, condenados a la oscuridad maloliente y anónima del cartón. Estos objetos eran los mudos testigos de cada día, de cada voz que me habló en busca de salud y ayuda, y de mi propia voz con las parecidas respuestas, los repetidos gestos, todo para satisfacer, poco o mucho, o nada, una demanda de salvación.

La luz del día declinaba y ya sólo me faltó ver las ventanas abiertas de par en par, por el viento de aquella tarde, para tener de golpe la certeza de que casi cincuenta años de mi vida profesional huían por ellas, como alma que escapa del cuerpo. Y, mientras, aquel muchacho, Eduardo, ahí, con sólo veinte años. ¿Fue esta una visita del destino para mí, que no creo en él? Así que me dejé caer sobre una de las butacas de los pacientes y le dije al sobrino nieto que por favor encendiese la luz y cerrase las ventanas, que íbamos a hacer un extra.

—Pero ¿se puede fumar, aquí? —me preguntó, sorprendido, al ver que sacaba mi estuche de habanos y reposaba los pies sobre una de las cajas de cartón ya cerradas.

—Pero hoy es un día extra, y para ti también —respondí ofreciéndole un cigarro, que rechazó—. Vamos a armar la gran humareda, aunque nos echen, y además, cógelo de ahí —señalando a mi mesa—, te invito a un whisky, si te apetece.

Aceptó el whisky, no sin antes pensárselo un poco. Él también se sentó e hizo lo mismo con los pies. Dábamos una imagen feliz, sosegada, de plenitud de la vida, que es salud, despreocupación, algo de humo y un sorbo de licor.

—Tío —me dijo vaso en mano—, aunque eres un hombre que piensa un montón, tú eres feliz. Tú has sido un hombre feliz.

Sonreí con gran placer.

—Lo he sido y lo soy, para ser justo. Pero seguramente porque no le cuento a nadie mis fracasos y porque al final me acabo olvidando de ellos. Supongo que las dos cosas deben estar mal —aspiré lentamente mi cigarro— o son lo mismo: que no reconozco los fracasos. Pero este es mi secreto, *mi manera*, como dice Frank Sinatra —y dirigí una humareda azul hacia el techo.

Él hizo un conato de agitar la mano, como para reñirme, pero se contuvo por educación.

—¿Fumas mucho? —me preguntó—. Eso es malo. Me extraña un poco de ti.

—Eduardo —me puse formal—, yo fumo por placer, y por eso fumo poco y bien —él hizo una mueca de incompreensión—. Y no me trago el humo, como ves —envié otra nube hacia arriba pero, mala suerte, me dio de pronto la tos; el chico me riñó, repitiendo el gesto de la mano—. Es que ya no se puede fumar en ningún sitio —me excusé—. En invierno, tengo que hacerlo en la terraza y me pelo de frío. En verano, los de la terraza de al lado hacen comentarios. Una vecina me dijo, con todo respeto pero convencida, que mi humo perjudicaba a sus plantas. Tan mal como está el mundo —me quejé— y tienes que sentirte agresor también tú sólo por fumar un puro en la terraza...

—Pero yo no entiendo —reflexionó el muchacho— que si fumar es tan malo y está prohibido, como debe ser —subrayó con retintín—, se haga la vista gorda por parte de los mismos que lo prohíben. Los médicos fumáis hasta en la consulta, entre visita y visita; los políticos lo hacen en las comidas de políticos; las mujeres, en el estadio; las chicas, en el bar de la facultad, entre clase y clase; y el gobierno, vaya con el gobierno, prohíbe fumar, pero deja vender el tabaco, subvenciona a las tabacaleras, y encima consiente que ellas metan aditivos en los cigarrillos, para crear más dependencia y así compensar sus pérdidas.

—Sí —le dije—. Pues es una contradicción. Y las que te esperan para ver.

—Pero eso es inmoral, tío —replicó él—. Prohibir fumar y fomentarlo. Qué cara —refunfuñó.

—Es lo que se llama la doble moral —comenté.

—¿Doble moral? ¿Eso es como el doble espionaje? —me preguntó en serio.

—Hasta se parecen —contesté—. La doble moral está en todas partes. Se defiende una cosa y se hace la contraria. Esto se llama tener una doble vara de medir.

—Hipocresía —dijo él.

—Justo eso, y más —añadí—. Porque el hipócrita sólo finge. A su manera, rinde un homenaje a lo que imita. Mientras que el otro engaño, el de la doble moral, se burla de esto, porque hace a sabiendas lo contrario de lo que defiende, sin que en realidad le importe lo que defiende. Al hipócrita todavía le importa algo. Puede ser que lo que haga no sea malo, o que lo sea. Pero el hecho mismo de hacer lo opuesto de lo que se dice ya es de por sí malo. Que un padre aparente ser honrado está mal; pero decirle a sus hijos que tienen que ser honrados, y al mismo tiempo mostrarles que él es un ladrón, eso está peor.

—Claro —afirmó mi pariente—, es un inconsecuente y es un peligro para sus hijos. Ya me dirás cómo va a educarlos.

—Yo creo —continué—, que es discutible que el ser inconsecuente sea siempre malo. No se condena a nadie por ser hipócrita, sin más. Puede que lo sea por un interés trivial o por meras convenciones. No siempre hay malicia en ello. Un poco de simulación

la damos incluso por supuesta, y hasta la exigimos, para decírnos, por ejemplo, gracias, dar los buenos días o asegurar que la comida estaba buena. En Estados Unidos te dicen siempre al despedirse: *Have a nice day!* Es un saludo de hace pocos años, pero a muchos no les gusta ni lo utilizan porque lo consideran hipócrita. ¿De verdad el cajero del supermercado te desea que tengas un bonito día, un *nice day*...? Yo también tengo que sonreír a mis pacientes, y a veces esforzarme por aparentar que me interesa su caso, cuando quizás este me aburre soberanamente o el paciente me parece un tipo latoso o estúpido... Pero lo que ya no es tan disculpable, creo yo, es que el fingimiento venga acompañado de algo malo, como romper una norma o perjudicar a alguien, y además hacerlo ocultándose. Por ejemplo, si predicas la austeridad y mandas que los demás se conformen con su salario, como ocurre aquí, y luego ven que tú gastas a espuestas y tienes coches de lujo, que es lo que hacen don Hilario y su suegro... Eso ya no tiene disculpa... Y es terrible cuando esa doble moral la ejercen líderes o cargos públicos que ordenan nuestras vidas y manejan nuestro dinero. También si quienes la practican son los propios defensores de la moral, exigiendo a los otros que hagan lo que ellos no hacen. O, simplemente, cuando los padres o los educadores caen en lo mismo, vivir según una doble moral en lugar de dar ejemplo y hacerse creíbles por encima de todo... Aquí mismo teníamos un médico que militaba en una entidad antiabortista, pero que a escondidas pagó los abortos de sus hijas en otra clínica sin que luego reconociera esta contradicción. ¿Qué credibilidad podía tener ante sus propias hijas?

Apagué el cigarro y nos pusimos a la tarea, sin hablar.

Eduardo, por su fuerza y agilidad, recogía en minutos lo que yo hubiera tardado horas en ordenar.

La enfermera llamó a la puerta diciéndome que había encargado para el día siguiente que fueran apiladas las cajas y se cargasen en una furgoneta rumbo a mi casa. Le di las gracias y me anunció que don Hilario no pasaría, al final, a despedirse, pues ya teníamos a los manifestantes ante el portal del centro.

Abrí la ventana y, en efecto, ahí estaban. Gritando «Corrupción no, salario digno sí». No reconocí en el grupo a nadie del personal, aunque por allí alrededor deambulaba un buen número de batas blancas, sin decir nada, pero como queriendo dar testimonio.

—Todo eso me huele muy mal —le dije al chico, que se había apoyado en la ventana—. Los negocios sin ética no son un buen negocio. Ya ves cómo acaban. Qué lástima. Y todo por dos sujetos que nunca tienen suficiente. Se han hecho ricos antes de hacerse hombres, como los futbolistas. Que aprendan de una vez. Suerte que yo me voy.

—Pero, tío —advirtió Eduardo mientras yo cerraba la ventana—, eso es algo que nadie te enseña: ser hombre.

—No, por desgracia —contesté.

—¿Y qué es ser hombre? —insistió.

—Es igual —me lancé— que ser mujer. Es hacerse una persona y ser amigo de uno mismo.

—¿Y tú has sido eso? —preguntó con un aire de candidez.

—Lo he intentado, pero no sé si lo logré —respondí.

—Ya —dijo él comedido.

—La prueba —expliqué— es estar bien contigo mismo. Pero yo he dormido por lo general sin problemas —aclaré.

—Entonces —replicó él con picardía—, no es una prueba infalible.

—Claro que no —dije—. Eso es sólo el primer síntoma; pero luego tienes que preguntarte qué no hiciste bien. Descubres que hay alguna cosa que estuvo mal. Así que nunca puedes estar satisfecho contigo mismo, por mucho que te sientas en paz por dentro.

—Y aunque hagas las cosas bien —añadió él medio en broma—, siempre hay quien no puede dormir...

—En este caso —aseguré— deben ser sólo problemas de sueño. Envíamelo a mí, que de eso algo sé.

—Pero tú —observó el chico— por lo menos has tenido éxito en tu trabajo. Te has realizado, diría.

—No me creo lo del éxito —dije escuetamente—. Me pongo sólo un aprobado. Aunque trabajar me ha hecho feliz, no te lo niego. Como haber tenido hijos, y muchos más que hubiera querido: hasta seis. Pero si me atengo a los resultados, el trabajo nunca me ha dejado del todo satisfecho. A veces hay cosas que corregir, muchas por mejorar y, casi siempre, muchas por hacer. Pero no te voy a contar ahora mis fracasos ni mis defectos...

—Sí —se apresuró él—, ya me dijiste que esta es tu manera. Pero ¿por qué no contar lo que nos va mal?

Me lo pensé un poco.

—Por cortesía contigo y porque aún me valoro. Pero te lo aseguro: trabajar me ha hecho feliz, aunque los resultados pocas veces me han dejado contento.

—Pero ¿cómo se puede ser feliz y a la vez no estar contento —no tardó en preguntarme el muchacho.

—Pues es así —le contesté—. Porque la felicidad es un balance, la conciencia de que en tu vida lo bueno pesa más que lo malo. Y, sobre todo, es la conciencia de que aún deseas lo bueno. Sentirte desear: esta es la quintaesencia de la felicidad, querido nieto... Y eso es compatible, a pesar de todo, con el descontento por cualquier cosa. Porque te ha salido mal tu trabajo, por ejemplo, o le has hecho daño a alguien, o ves las desgracias de la gente a tu alrededor. Uno que está siempre contento es un cretino, un infeliz. Más aún te digo: que la felicidad no sólo es compatible con el descontento, sino que lo exige casi siempre. Por conciencia. Para que no sea la felicidad del asno satisfecho.

—Entonces —dijo el chico—, no todo ha de ser el estar en paz con uno mismo, como tú defiendes. El asno parece que está siempre en paz consigo mismo... —remachó.

—Es verdad, Eduardo. También tienes que estar siempre en tensión contigo mismo. Ser tu principal contradictor y polemista. Nunca admitir que todo esté bien o que nada te afecte. Pero eso no quita que te esfuerces por esta tranquilidad interior. Que es más deseable que lo contrario, ¿no te parece así? Y que en todo caso no es una paz porque no haya conflicto: qué falso y qué aburrido sería eso. Se trata más bien de una paz como un acuerdo, como un pacto inteligente entre contrarios. Te lo digo de otro modo: para ser amigo de ti mismo, tienes que hacerte, primero, adversario de ti mismo. Y no dejar de serlo nunca. La paz es una conciliación, no un reposo idiota, la paz del asno. Y la experiencia te lo enseña. Al final, eres más amigo de aquellos con quienes más discutías. Y el primero de estos eres tú mismo.

—Pues me temo que yo voy a ser siempre infeliz —dijo, tras pensárselo, mi sobrino nieto—. Por más que desee lo bueno, y que me sienta desearlo, como tú dices, y por más que no dejo de pelearme y de hacer las paces conmigo, te lo aseguro, presiento que nunca se me va a quitar la pena grande que llevo dentro...

Imaginé a qué se refería y le hice un gesto de negación con la cabeza.

—Sí, sí —repitió—. Mi abuela se mató. Y desde que me lo has dicho, no puedo dejar de pensar que es posible que no me quisiera tanto como siempre había creído. O que no me quisiera apenas. Entonces, yo no habría sido un niño querido, como tiene derecho a serlo cualquier niño. Si mi abuela Laura me hubiera querido de verdad, no hubiese cometido aquello. Suicidarse, marcharse sin avisar, y poniendo los pies sobre la misma mesa en la que hacíamos los deberes y dibujábamos... Es que no me cabe en la cabeza. Es terrible, tío Mario. Me deja hecho polvo. Se me desmorona lo único bueno que tenía de mi infancia.

Pero no era justo, lo que decía Eduardo. Ni ajustado a la verdad. Y se lo dije seriamente.

—Recuerdo —le comenté— que pocos meses después de morir ella yo te tuve un día en mi casa. Al mediodía fuimos al parque y en un rincón con sombra te acerqué a una fuente que brota de un muro tapizado con cientos o miles de conchas. Te llamó mucho la atención. Quisiste contar todas aquellas conchas, y antes de que terminara de explicarte que eso era casi imposible, me dijiste con tu voz tan fina de entonces que a veces ibas a la playa «con mi abuela que se murió» a recoger conchas iguales que aquellas. Te apreté la mano y te dije que ella te había enseñado a buscar y a coleccionar conchas bonitas. «Y muchas cosas más», añadiste con toda tu inocencia... Pues ahora conserva, si quieres, este mismo recuerdo: que ella te llevaba de la mano a respirar el aire del mar y a recoger pequeños tesoros en la arena. Y recuerda, en fin, que estuvo repasando contigo los deberes, y te dio de cenar, hasta la última tarde de su vida. Por lo tanto, puedes verlo así: que a pesar de su fuerte depresión, ella estuvo por ti hasta que perdió el último gramo de su fuerza. Ella te quería y soy pleno testigo de ello.

Eduardo miró hacia un lado. Callaba.

—¿Tú crees que se puede ser feliz sin que te quieran? —preguntó, siguiendo con su preocupación—. Con la tristeza por la muerte de mi abuela, siempre he tenido como el sentimiento secreto de que el mundo me debe algo, porque me quedé sin la persona que más quería. Y ahora, por lo que me has contado de ella, porque no parece que me quisiera tanto... Aunque yo no quiero creérmelo. ¿Puedes ser feliz sin que otro te quiera? —insistió.

Medité.

—La vida —le dije— te hace pensar que no. Pero puede haber excepciones. Si al menos te valoras a ti mismo, y te procuras tus propios estímulos, sin esperar que te los dé otro, igual puedes ser feliz un buen tiempo sin que nadie te quiera. Pero lo malo es no sentirse querido, aunque te quieran. Y peor aún, de eso sí estoy seguro, es que, en cambio, seas tú el que no quiera a otro... No se puede ser feliz sin querer a nadie. Aquí no es que tu corazón esté dolido, sino que está vacío. Te faltaría lo principal. Pero este no es tu caso. Sin embargo, hay personas con esta carencia. La mayoría acaban enfermos. Algún paciente me ha dicho que lo hubiera dado todo por poder amar o por sentirse enamorado. Yo les doy la razón; lo que te hace feliz no es tanto el que te amen, sino que ames tú.

—¿Aunque no te quieran a ti? —insistió.

Respondí:

—Ya lo creo, aunque no nos sintamos amados.

—Por el futuro que me espera —dijo, pensativo—, calculo que voy a necesitar mucho amor de esta clase. Dar en lugar de recibir. No sé cómo me las arreglaré —suspiró.

Le pregunté por qué lo decía.

—Por mi padre, por mi abuelo —contestó—. Uno está envejecido y lleno de achaques por la mala vida que ha llevado. No tiene ni cincuenta, y aunque trabaja, todo el mundo cree que se ha jubilado. Y mi abuelo ya ni sale a la calle. Con el alzheimer, se acuerda de muy poco. Como fue contable, ahora le da por hacer cuentas todo el día. Son números sin pies ni cabeza, pero luego me mira feliz y dice «¡Ya me cuadra, ya me cuadra!». Le pregunto cómo me llamo, y solo grita «¡Nieto!». Es un drama, tío. Llegar a viejo para eso.

—Es así, Eduardo —le comenté—. Ten aguante. Cuando somos pequeños nos cuidan y de mayores cuidamos. Y cuidar ya es amar. Es un acto del corazón, pero que necesita que tu conciencia lo encienda. Cuando ves al otro desvalido, o sufriendo, tienes compasión; pero, para cuidarlo, necesitas además ver claro que él o ella precisan de tu ayuda. Necesitas estar bien dispuesto y aguantar en el esfuerzo. Y para esto no basta con el sentimiento. Hay que ser buena persona, ponerse en el lugar del otro. Y el sentimiento se recarga con esta chispa.

»Pero no todas las personas tienen esa conciencia. Pagan para que cuiden otros. O se desentienden, dejando al otro a la buena de Dios. En mi juventud, como médico en formación, tuve que hacer asistencia a domicilio y al entrar en algunas casas, yo me mareaba un poco. Verás. A veces veía cucarachas en el suelo y al abuelo o la abuela sucios y abandonados en un camastro. En esos pisos, alguno incluso de barrios ricos, vi muchos frigoríficos vacíos y baños cochambrosos. Me decían “Vaya, vaya, doctor, que el baño está limpio...”. Pero al entrar ahí yo no podía evitar taparme la nariz con un pañuelo. En alguna ocasión fui a comprarles leche y pan, pagados de mi bolsillo. Al marcharte, el anciano te miraba desde su rincón como suplicándote que no le dejaras solo. Con razón, porque aquel estado suyo era como la muerte en vida. Pero verlos de esa manera sobre todo me indignaba. Así que llegué a poner varias denuncias contra los hijos o los sobrinos de esa pobre gente.

»Llega un momento —le dije a mi sobrino nieto— que la identidad que otros han perdido tienes que mantenérsela tú por ellos. Tú eres el valedor de su identidad, y tienes que defenderlos como personas, ya que no pueden valerse por sí mismos. Pasa con los enfermos de alzheimer, pero también con las demencias y las enfermedades neurodegenerativas en general. Primero empiezan a olvidar. Aún puedes darles medicación, entrenarlos. Pero después dejan de reconocer a las personas y hasta de hablar. A veces te dan los buenos días o te dicen que están bien, si se lo preguntas. Pero responden así por hábito, porque lo repitieron antes durante muchos años. Detrás de aquellos ojos empieza a haber una personalidad cero. No saben quiénes son ni se lo plantean. Ya no hay tratamiento que valga. Finalmente dejan de moverse, incluso de tragar, y entran en un estado vegetativo. Al cabo de medio año sufren un coma y mueren.

—Pero son personas hasta el final, ¿no? —me preguntó interesado.

Le dije:

—Son seres humanos. Tienen dignidad, y ahora eres tú o son otros quienes deben defenderla por ellos. Pero ya no tienen personalidad, porque se les ha terminado la memoria.

—Entonces —continuó—, ¿la personalidad es la memoria?

—Se forma con ella —le expliqué— y con la herencia genética, claro. Pero si falla la primera, la identidad personal se disuelve como un azucarillo. Sin memoria es imposible aprender nada, o querer eso o lo otro. De modo que no se puede formar la personalidad. La identidad personal se convierte, si tú no lo impides, en un cuerpo que vegeta. Fíjate hasta qué punto dependemos unos de otros. Cada uno es guardián de su memoria y de la memoria de los demás. Tendrás que recordarle a otro quiénes fueron su madre y su padre, cómo se llaman sus propios hijos, y a que se dedicó él o ella, y lo que quiso hacer y no pudo...Tú, en cierta manera, te harás continuador de su memoria y puede que de sus proyectos. Si quieres, claro está. Y es posible que otro venga después y

haga lo mismo contigo. Es cierto que tenemos responsabilidades con las generaciones del futuro, para hacerles un sitio. Pero también con las del pasado, para salvar la identidad que tuvieron.

Eduardo pareció tragar saliva otra vez.

—Pero por suerte —dijo, meditativo—, no todos acabamos igual, tío. Estamos hablando de enfermos —quiso consolarse el muchacho.

—Es verdad —asentí—, pero lo que te he dicho vale en general para todos los seres que dependen de nosotros, estén enfermos o no, y que no pueden tomar la palabra ni actuar por su cuenta. Piensa en los menores, o en los que no pueden o no saben ya dialogar, como es el caso de algunos pacientes de parkinson o con depresiones graves. Piensa incluso en los seres con los que no puede haber ninguna reciprocidad, ni un simple cruce de gestos o intercambio de emociones, como con la mayoría de los animales y el resto de la naturaleza, siempre muda. Están confiados a ti y tú tienes que decidir por ellos. Pensando en su bien, claro está.

»También en el caso de muchos suicidas: cuando alguien se planta ante ti y, sin estar acostumbrado a mirarte a la cara, te mira con los ojos abiertos y agrandados, es que te está pidiendo un salvavidas o anunciándote que se lanzará al mar... Las enfermedades amnésicas, sobre todo, y el suicidio también, te hacen replantear qué es la persona y qué obligaciones tenemos con ella. Yo lo he hecho así, y a veces he actuado más como psiquiatra o médico de familia que como neurólogo. Ves que la humanidad es una apretada cadena de anillas que se apoyan entre sí. Si una cede o se rompe, las otras se desordenan. La moral, si hay que hablar de eso, emerge de la vida y lo hace para que la vida misma continúe, con cada anilla sujeta al resto. La unión es una garantía de vida. Como el aire, el alimento o la transmisión de los genes.

—La memoria es un tesoro, pues —dedujo el chico.

—Desde luego —coincidí—; cincuenta años en medicina me lo confirman. Y lo que tú haces, mientras tanto, con tu memoria, eso es como un arte, dicho sea de paso.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Sí; hasta que tu cerebro deja de recordar, tú tienes que administrar con talento tus recuerdos. Y tus olvidos. De eso vas a vivir, también. Hace tiempo se diagnosticó la enfermedad llamada de los *idiotas sabios*. Individuos con una extraordinaria capacidad de memorizar y recordar, pero que acaban, pobres, sepultados por el peso de sus recuerdos. Hoy es lo que llamamos hipermnesia. Pues bien, sin llegar a estos extremos, tú puedes dosificar estos recuerdos. Ese es el juego de la personalidad, también. El memorioso tiene ventajas, aunque sufre. El olvidadizo no las tiene, pero sufre menos. Hay incluso quien se aferra a su pasado, pero eso suele ser doloroso. O quien, al contrario, echa por la borda todos sus recuerdos para huir del pasado. Y eso es igual de doloroso. Estás siempre expuesto al contagio de las peores sorpresas sin la vacuna de la

memoria... Entonces, con la memoria tú tienes que encontrar una especie de punto medio y cuidarlo. Lo cual, como te decía, es una forma de arte. Sacar a flote los recuerdos a tu gusto y conveniencia.

—¿Y eso es un arte? —me preguntó Eduardo algo incrédulo.

—Es un decir —repliqué—; pero se le acerca. Porque la memoria no es un automatismo. Y recordar, aún menos. Son una actividad, o casi te diría que un acto. Pero un acto que es la expresión de toda la persona y que tiene, como no podía ser menos, la estructura de un cuento. Igual que los cuentos, los recuerdos más personales casi nunca tienen que ver con la realidad de lo sucedido, que se acaba perdiendo en el aire, qué ironía. Los recuerdos viven también de la imaginación y de la autoinfidelidad. ¿Y no se necesita un arte para esto? —le acabé preguntando.

—Pues hay gente —añadió él— que en eso es muy mala como artista.

Le pedí que se explicara.

—Sí, me refiero —contestó— a utilizar la memoria para el rencor, por ejemplo.

—O para inventarse un pasado —continué yo—. O para desmontar pieza a pieza lo sucedido. Cada persona es su biografía y cómo la cuenta... En fin, nadie es igual en este aspecto; pero los enfermos son menos iguales que el resto. Lo descubres cuando les preguntas por su vida y te cuentan su historia. No hay dos enfermos iguales. Así que mis pacientes con más ganas de contar te aseguro que se curan antes. O envejecen más tarde.

—Con el tiempo que debes tardar con cada paciente, no me extraña que don Hilario te riña... —me comentó sonriendo.

—Es cierto —contesté—, pero no hablo tanto como contigo hoy. En las entrevistas ya estamos acostumbrados a pisar el freno o el acelerador como un conductor con experiencia. ¿No ves ese reloj que aún cuelga de la pared?

Hice que se fijara.

—Sí, para controlarte tú mismo el tiempo —observó.

—No —le corregí—. Lo puso ahí don Hilario ¡para controlarme a mí!

Y al muchacho eso le hizo gracia.

—¿Ves como hablas mucho...? —comentó por lo bajo.

Eduardo se dispuso a cerrar ya algunas cajas. Yo abrí un par de sacos para llenarlos de viejos papeles. Fueron útiles; ahora, nada.

De pronto oímos un estruendo en el exterior. Rápidamente nos asomamos a la ventana. Un grupo de personas gritaba afuera. Acababan de tirar un fuerte petardo. Protestaban ante la puerta principal. Una pancarta decía «Stop corrupción». Otra pedía «Salarios dignos ya». Vimos que se habían añadido los empleados de la cafetería haciendo sonar silbatos.

La enfermera ayudante entró con paso rápido en el despacho y se puso a mirar a nuestro lado.

—Bendito sea Dios —dijo—, qué espectáculo para la gente de fuera...

Deduje que ella no estaba con la protesta. Eduardo nos advirtió enseguida que habían aparecido don Hilario y dos personas más para hablar con el grupo que protestaba. Pero entonces se redoblaron los gritos y los toques de silbato.

Así transcurrieron unos diez minutos. Como no amainaba, cerré la ventana.

—Por ahora basta, que ya se hace tarde —le dije a mi pariente—. Terminemos el trabajo.

Eduardo hizo al cabo de poco un sonoro chasquido con la lengua, como quejándose. ¿Qué le ocurría?

—Nada —aclaró—. Sólo me fastidia que esa gente chille y se tenga que llegar a esto. Así no se solucionan las cosas, con la multitud pitando. Es un mal para la clínica y también me duele por ti. Fíjate cómo al gerente ni le hacen caso. Yo les obligaba a todos a marcharse o les despedía —afirmó sin tapujos.

—Hay que ser comprensivo, Eduardo —le dije—. Tienen razón de protestar, aunque no nos gusten estas formas.

Él susurró algo que no entendí.

—Con los que quieren hacer daño no hay que ser tolerantes —dijo más claro.

—Pero no lo hacen, no exageres. Y tienen derecho a protestar, lo mismo que tú harías —le insistí—. Es la libertad, Eduardo.

—Pero no si te fastidian —replicó convencido.

—Imagínate —continué—, nadie dejaría decir ni hacer nada a nadie, porque casi todo lo que hacen los demás nos fastidia. La intolerancia haría la convivencia imposible. Y la libertad sería sólo la libertad de unos pocos. El resto estaría amordazado. No estarás a favor de eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no —contestó.

—Entonces, no tienes más remedio que ser tolerante —sostuve.

—Ya, pero es estúpido que la libertad sea tener que aguantarse. O peor aún, tener que aguantar a tantos cretinos —contestó.

—Pues así es, como ellos a ti, quizás —comenté—. Tolerar es aguantar, como dices. Pero para hacer que el conjunto sea menos pesado, y que, dentro de lo posible, haya una vía libre para cada uno. La contrapartida de tolerar es, pues, positiva. Ganamos todos.

—Pero tolerar es consentir, mientras tanto, lo que el otro hace —agregó el joven.

—Ni mucho menos —le contradije—. Es dejar decir, dejar hacer. Pero eso no es participar de lo que el otro hace, ni aprobarlo. Sólo lo toleras, ni más ni menos. Sin que tengas que estar de acuerdo con él.

—Pero dejas —cortó rápido— que haga lo que le dé la gana y que te fastidie.

—Tampoco, Eduardo —quise calmar su prevención—. Y si tanto te fastidia, tienes derecho a quejarte. Es tu libertad y él debe respetarla también.

—¿Y si ni tu libertad te deja? —aún continuó—. Hay muchos matones y fanáticos por ahí —exclamó, muy sensibilizado por el tema.

—Entonces —dije—, hay que prohibirles que no te dejen...

Ya casi me sentía acorralado.

—¿Cómo? Ahora te contradices —siguió con ímpetu—. ¿No dices que tenemos que ser tolerantes?

—Siempre —repliqué—. Y por eso, para que nadie acabe con la tolerancia, lo primero que debemos hacer es hablar con los intolerantes. Y si no ceden en su intolerancia, ser intolerantes con los intolerantes. Hay una línea roja que no se puede traspasar. La de tu libertad, tus derechos. No dejes que otros jueguen con eso. Déjales hacer en ese juego, y en un santiamén, cuando sean mayoría o se armen, te meterán en la cárcel.

—Y las ideas —continuó—, ¿también hay que prohibir las que son contrarias a la libertad? ¿O las que creemos que perjudican a nuestros derechos? En la facultad tenemos un profesor que dice que si de él dependiera, prohibiría por ley el aborto. Algunos están de acuerdo con él. Pero si mi novia, por ejemplo, quisiera abortar, según él no podría hacerlo. Estaría obligada a tener el niño. ¿Es tolerable que este profesor pueda decir eso? —prosiguió mi pariente.

—Por supuesto —respondí—. Las ideas, unas respetables, otras menos, o nada, no hacen daño, como ideas que son. Lo que puede hacerlo, y lo acabaría haciendo, es la actitud y los actos con que se defienden estas ideas. O incluso las ideas que reclaman o implican actos que sí deben estar prohibidos. Pero aún en este caso, habría que evitar al máximo prohibir la expresión de las ideas, ¿no te parece?

Frunció el ceño.

—Entonces, ¿dejarías vender los libros de Hitler? —preguntó incisivo.

—Sí —afirmé a mi pesar—. Pero lo que no permitiría es que se difundieran o se formaran grupos o partidos para defenderlas. Hasta aquí habríamos llegado. ¡Los nazis quemaban libros!

—Pues entonces, tío, reconoce que tu idea de la tolerancia no es muy tolerante. Quizás con los anarquistas harías lo mismo, o con un partido que se opusiera, qué sé yo, a la familia o a la escuela. ¿Los prohibirías también?

Mi nieto me puso, por falta ya de fuerza, contra las cuerdas.

—Procuraría siempre —sólo pude decirle— que cualquier prohibición fuera sólo para salvar la libertad y el clima de tolerancia. Nunca para limitarlos, ni siquiera como una excepción.

—¡Qué complicado es todo! —exclamó el chico.

—Qué complicado —dije yo también—. Pero, mira, Eduardo, por lo menos pregúntate siempre, antes de decidir algo, si eso que has decidido lo has pensado bien. Y también qué te parecería si otro lo decidiera para ti.

—Lo haré —aseguró apurando su vaso de licor—. ¿Sabes qué? —dijo al posarlo sobre la mesa—, después de escucharte todo el rato me siento todopoderoso. Pero al mismo tiempo con más dudas que nunca. Es curioso.

—Creo que eso es bueno —opiné—. Mejor así que andar siempre seguro de todo. Además, sería ridículo. Es verdad que al final tendrás igualmente que decidir; pero mejor hacerlo después de haber dudado sobre si hacías o no lo correcto. Hay que decidir convencidos, pero mejor después de dudar, y dejando una ventana abierta a la duda.

—Eso me recuerda ahora —dijo él— al profesor de neurología. En la primera clase nos avisó: puede que ustedes lleguen a saber mucho, pero sólo curarán de verdad cuando lleguen a conocerse a sí mismos. Él nos dijo que en el juramento hipocrático de los médicos se debería añadir: «Conócete a ti mismo». Lo dijo Sócrates, ¿no?

—Sí, querido —respondí—, pero eso ya estaba escrito desde mucho atrás en el templo de Apolo, cerca de Atenas. Debe ser un dicho tan antiguo como la civilización. Pero, ya ves, qué poco se pone en práctica. Lo que dijo Sócrates es que una vida que no se examine a sí misma no vale la pena de ser vivida. Nos lo decía también el catedrático de historia de la medicina, un sabio que era además poeta. Aunque como todos los poetas, de muy mal temple. Nos corregía siempre el idioma. Qué tiempos... —suspiré.

—Pero qué interesante —dijo Eduardo—. Eso es lo que quisiera yo: conocerme. Porque aún sé muy poco de mí.

—Ya comprendo —añadí. Y pensé en la infancia que él había tenido—. Tú serás un gran médico, ya verás —le animé.

—¡Qué va! —negó sonrojado, como otras veces—. Pero ¿por qué crees que conocerse a sí mismo es tan difícil? Si fuera así, quizás no se podría hacer ni valdría la pena eso de examinar uno su propia vida.

—¡Caramba! estás muy agudo esta tarde —le comenté—. Yo no digo que conocerse a sí mismo cueste tanto, sino que se practica poco. Pero, de entrada, me parece que es bueno para cualquier persona. Si sondeas en tu interior, descubrirás tus límites y en contrapartida tus posibilidades. Incluso aquellas para una vida más tranquila y feliz. Serás, cómo te diría, más diestro. Pero, de paso, también te dominarás mejor a ti mismo. Eso siempre es necesario y conveniente. Porque lo que más cuesta es controlar los propios impulsos; si los comprendes y sabes sustituirlos por otros, dominarás muchas situaciones y saldrás adelante. Podrás sobre los más fieros o más estúpidos, en lugar de sentirte acorralado por ellos. Eso, en cambio, es lo que les pasa a muchos. La mayoría es víctima de sus emociones y de las ajenas... Aunque hay otra ventaja en el conocerse a uno mismo. Verás y entenderás muchas cosas de los demás que antes te pasaban inadvertidas. Porque, buenas o malas, te reflejarás en ellas y estarás avisado. Unas veces para ser más comprensivo, otras para no serlo tanto. Y todo eso es bueno, porque hace la vida más amable sin dejar de ser exigente con ella... Está claro, pues, que tu profesor tenía razón: curarás mejor si te conoces mejor a ti mismo. Aunque a mí, la verdad, nadie me enseñó a poner eso en práctica —concluí.

—Porque lo has ido aprendiendo por ti mismo —dijo él con cara inocente.

—¡Qué más quisiera! —respondí—. Pero algo cuesta, sí. Déjame repasarlo. Primero, tienes que estar dispuesto a conocerte a ti mismo. Querer saber de ti. Si bien a veces no lo querías, porque algunas sorpresas te disgustan. Muchos de mis pacientes renuncian a saber el pronóstico de su enfermedad. Y otros te piden que les des el tratamiento que necesita su enfermedad, pero que no les digas cuál es esta.

»Segundo, has de tener la libertad para querer saber de ti. Sentir que tú eres el único interesado y el primer beneficiado en la operación de conocerte, lo cual implica liberarte de presiones y prejuicios. Sondearte sin reservas, hasta que te asusten tus propias preguntas. Y a lo que surja. Eso es tener una total libertad interior. Hay gente que no se mira al espejo porque no quiere saber cómo es. Pero hay otra que no se mira por dentro porque no quiere ni saber quién es. No se pregunta.

»Por último, hay algo que cuesta un poco más. El conocimiento de uno mismo no se limita a reflexionar a solas. Tienes que conocerte también a través de otro. Dejando que sea el otro quien te muestre tus debilidades y contradicciones y veas que no eres el que te pensabas. Lo cierto es que casi nunca nos damos cuenta de ellas hasta que alguien que convive contigo te las muestra en toda su cruda realidad. Y eso es duro.

»Te creías, por ejemplo, fuerte o de una pieza, y ahora te descubres vulnerable o incoherente. Pensabas que eras excepcional y ves que eres un tipo regular. A tu personaje se le borró la pintura, o le cayó una prenda o su corona en plena representación. Es duro para cualquiera, sí, pero en especial para los que ya se parecían demasiado a su personaje.

»No es fácil asumir sin engañarnos nuestra propia verdad. Pero intentar conocerse uno mismo implica convivir con ella y tener que aceptar cosas como tu físico, tu edad, tus limitadas capacidades, tu memoria, tus miedos, tu forma de relacionarte con los demás, y tantas otras cosas no siempre fáciles de sobrellevar.

»Por supuesto que tampoco es fácil a veces descubrir quién es tu padre o tu madre, igual que no saber aún quiénes son. Y lo mismo con otros parientes o amigos. Una diputada de este país quiso casarse con el amigo de infancia de quien siempre había estado enamorada. Al solicitar los papeles en la iglesia, el cura le dijo que debía ya saber que su novio era en realidad su hermano: ella era hija natural del padre de este. Destrozada, se fue unos años al extranjero y desde entonces ha tenido varias enfermedades, muriendo con sólo cincuenta años. Pero, en fin —terminé—, el esfuerzo de conocerse a sí mismo vale la pena. Aunque cueste.

—Desde luego, por lo que veo —comentó enseguida—. Pero casi sería mejor no intentarlo. Pues te arriesgas a más inconvenientes, me parece, que los de continuar sin saber demasiado quién eres tú o quién es el otro —dijo descreído.

—De ninguna manera —repliqué—. No se consigue en un día, más bien es el trabajo de cada día. Pero es lo que hay que hacer. El autoconocimiento nos hace más personas. Y, si quieres, más inteligentes. Logras que sea más abierto, para cualquier fin,

tu ángulo de visión. ¿Por qué prescindir de todo eso?

—Tío —dijo mirándome a los ojos—, es que tú no pareces médico. No te hacía yo así. Eres, no lo sé explicar, una especie de...

—¡Yo soy un sentimental! —le interrumpí para que no continuara—. Aunque también un pensativo, no lo niego. Pero nada más. Y las dos cosas, por cierto, me vienen de natural, no de mérito. Durante mi infancia no tuve libros. Los libros estaban en casa de Laura, no en la mía. En esta creo que ya te dije que sólo había tres volúmenes de una vieja enciclopedia de cinco. Durante años tuve la ilusión de verla completa algún día. Pero un par de esos tres libros, qué mala suerte, pronto tuvieron que servir para elevar las patas inferiores de mi cama. Después de una operación que casi me lleva al otro mundo, tenía que dormir de este modo, con el lecho inclinado para facilitar el retorno venoso al corazón. O sea que hube de conformarme con un solo volumen de los cinco del diccionario, salvándose, no sé por qué, el que comprendía de la letra J a la letra Ñ. Y ya me dirás qué se puede buscar entre la jota y la eñe, como no sea en mi favorita, la eme... Aun así se puede aprender mucho. O me lo parecía. Pero mi enfermedad hizo por lo menos que algún familiar o conocido me regalara libros. El primero de ellos, uno pequeño y con imágenes descoloridas, trataba sobre el Greco. Ya me dirás, también, cómo se le ocurre a alguien regalarle a un niño de diez años y convaleciente de pronóstico ¡un libro sobre el Greco!...

—¿Es que te hizo daño ese libro? —se interesó Eduardo.

—¡Qué va! —respondí—. Lo encontré muy sugestivo: qué tipos. Al final quería parecerme, cuando fuera mayor, a *El caballero de la mano en el pecho*. ¿Qué mundo debía haber detrás de aquellos rostros misteriosos? Quizás se me pegó desde entonces el estudio del alma, quién sabe... Después me hice médico. Y lo hecho, hecho está... Estos son todos mis créditos. Por eso, cuando alguien dice, para elogiarme, que soy modesto, yo no lo desmiento, porque en realidad tengo razones para serlo. Las mismas razones, verás —le dije guiñándole un ojo—, por las que no desmiento nunca un elogio, porque me consuela de lo primero.

Pero creo que Eduardo no entendió mi broma.

—¿Reprochas a tus padres el no haberte comprado libros o que no te llevaran a un buen colegio? —preguntó el muchacho.

—Eduardo, mejor no reprochar nunca. Es el secreto de la convivencia y para acabar siendo amigo de uno mismo. He tardado mucho en aprender a no reprochar. A excepción de don Hilario, ahora no le reprocho nada a nadie, y menos a mis padres. Me quisieron, a su manera me educaron, y tuve una infancia feliz, aunque en un tiempo y en una ciudad gris.

Él siguió, curioso.

—¿Y por qué no me has hablado más de ellos o de tus hermanos?

Le respondí que no le iba a explicar toda mi vida para no aburrirle más.

—¿Echas en falta a tus padres? —me preguntó a pesar de ello—. Yo no sé si añoraré algún día a los míos —añadió inseguro.

—Naturalmente —respondí—. Cada día pienso en ellos. Hasta me pasan ráfagas por la cabeza de que veré a mi madre durmiendo al otro lado de la cama, o que me cruzaré de pronto con ella en el rellano de la escalera, o que veré, por el retrovisor, a mi padre sentado en el asiento de atrás...

—Tío, no sigas, por favor —me interrumpió—, que me dan mucho miedo estos pensamientos.

Y me detuve.

—Pero es verdad —continuó él—, la gente dice que aquello que la hace más feliz es la familia. Aunque yo no puedo decir lo mismo, porque la mía se acabó pronto y mal. Es como si no la hubiese tenido. Cuando empezaba a hacerme mayor, mi abuela, que me hacía de madre, se fue de improviso. Todavía no me explico cómo he podido llegar, sin ella, a cumplir los veinte y estar en la universidad. Quizás porque he tenido siempre en el oído aquellas palabras que ella me repetía: «Tienes que estudiar, ser bien educado...».

Yo pensé que eran las mismas que nos decía nuestra abuela. Lo de la *buena educación* ha sido una constante en mi familia.

El continuó:

—Estos últimos años me han parecido una eternidad. Ya te digo que sólo me motiva estudiar y sacar buenas notas. Y, mientras tanto, tengo que estar por mi padre y mi abuelo. Con una madre ausente, la verdad. Ya sabes que desde que se separaron mis padres, ella trabaja y vive en otra ciudad. Me he acostumbrado ya a verla una o dos veces al mes. Y esta es la familia que tengo.

—No desesperes —le dije—. Tienes igualmente una familia. Seguro que los echarías en falta si les pasara algo. Sí, el agarradero de la mayoría de las personas es la familia. Aunque tengas sólo un pariente.

—Pero, vamos, tío Mario, ¿qué es para ti una familia? —preguntó.

—Es una unidad de sentimiento. Eso es lo básico —contesté—. Dile amor, dile cariño...

—Pero habrá más —insistió—. Tener un sentimiento no te compromete. Hay muchos que se tienen afecto y no son familia...

—No creo —reflexioné— que en una familia tenga que haber mucho más que sentimiento. Hay un interés, claro está: el interés que acaba por hacer que unos que se quieren sean familia. Me refiero al interés ¡por mantener el sentimiento! No un interés de otro tipo. Antiguamente los intereses eran muy distintos. Pero ahora ya no. Se acaba el sentimiento y se acaba todo.

—Conforme —dijo él—. Pero habrá más, quizás. Lo que me has dicho sigue valiendo también para un grupo de amigos que estuviesen muy unidos.

Se quedó aguardando una respuesta. Tras pensarlo, le dije:

—Súmale, si te parece, un tercer factor: el contrato. Los amigos no suelen sentirlo así. La amistad se quiere libre de obligaciones y es lo que la caracteriza y la hace fuerte. La familia, en cambio, es un compromiso, una especie de contrato que se espera que cumplan las partes, aunque estas no sean muy conscientes de eso. Porque están unidas por el sentimiento, no por intereses.

—Ahora lo entiendo menos —exclamó con un gesto de sincera extrañeza—. Mi familia ha sido mi abuela, y yo no tenía ningún contrato con ella.

—De acuerdo —quise decirle—, pero unos años más junto a tu abuela que te cuidaba y te hubieras dado cuenta de que se habría creado un contrato entre vosotros. El contrato familiar puede ser más o menos explícito, o incluso existir sin que tengamos consciencia de él. Pero, en todo caso, te comprometes a compartir las cosas importantes con tus parientes... La unidad de sangre, en la mayoría de los casos, y vivir bajo el mismo techo, ya te predispone en cierta manera a eso. Pero no todas las familias pueden ni quieren basarse en el parentesco y el domicilio. Lo decisivo es el sentimiento y el interés por mantenerlo. Y yo sigo pensando, a diferencia de otros, que este sentimiento te empuja a la convivencia con el otro o a mantenerla... Hay parejas y familias que, en cambio, prefieren vivir separadas, pudiendo hacerlo juntos. Tienen todo su derecho y no discuto esta preferencia. Pero a mi parecer, vivir juntos es la expresión más clara del sentimiento familiar, y desde luego del contrato que esa convivencia está suponiendo. De modo que, mientras hay sentimiento, la familia es como un triunfo de la simetría. Aunque no iguales, todos, pues, aportan por igual. Por más que al principio impere el trato vertical, el de los padres sobre los hijos, que es el más común, o el del hermano mayor sobre el menor, al final todos se corresponden con un equilibrio de aportaciones. Con tu abuela hubiera sucedido igual.

—Entonces —quiso aclarar él—, por más sentimiento que haya, ¿siempre tiene que existir ese contrato, sea voluntario o no?

—¡Hombre! —respondí—, si es contrato, ya es voluntario. Lo que pasa es que no siempre somos conscientes de que, de una manera o de otra, el contrato existe.

—Veo —siguió— que para ti la familia se basa, en definitiva, en un contrato... Y eso que antes me dijiste que eres un sentimental —añadió con ironía.

—No, ni hablar —repuse—. La familia se funda en el sentimiento. El contrato es la confirmación de este sentimiento con la convivencia del día a día y sus compromisos. No nos damos cuenta de estos hasta que fallan y lo lamentamos.

—Pero hay contratos —puntualizó Eduardo— que duran muy poco. Mi padre y mi madre ya se tiraban literalmente los trastos a la cabeza al cabo de tres años de vivir juntos. Así que un contrato no garantiza nada, tío Mario.

—Tienes razón —reconocí—. En vínculos de sentimiento, es lo que ocurre. Ya te dije que el contrato, en ellos, confirma. No asegura ni garantiza. Pero, no obstante, ya es mucho. ¿No lo ves así, aún? ¿Qué te impide a ti, por ejemplo, marcharte ahora mismo

de tu casa? Pero no lo haces. Es tu compromiso, porque es tu sentimiento seguir con los tuyos...

—Ahora casi me has convencido —respondió el joven—. Pero ¿qué sucede cuando se convive y a pesar de todo no hay sentimiento? Es el caso de mi abuela. Vivía con mi abuelo, pero cada uno hacía su vida. Y se decían una familia.

—Sí —añadí—, hay algunos que defienden la familia, incluso la suya. Pero son parientes que se detestan entre sí, o que se ignoran, quién sabe qué es peor. No queda claro si permanecen unidos por algún interés o por la fuerza de las costumbre. O por las dos cosas. No lo confiesan. Y no lo digo por tus abuelos.

—Es hipocresía —musitó él—. Sin embargo, si son parientes y viven juntos, pero no hay sentimiento, como tú dices, ¿los llamarías familia también?

—Ellos creen que lo son. Pero esa no es la familia en la que yo pienso. Aunque eso no importa. Ya sabes que un mismo nombre, como este de *familia*, puede decir cosas muy distintas —comenté.

—Pues como la palabra *amor* —dijo—. Amor también significa cosas muy diferentes. ¿Qué clase de amor tenía mi abuela por mí, si me dejó atrás de aquel modo? —preguntó el chico, siguiendo con la preocupación de ese día—. Parece que en el amor no tiene que haber ambigüedades. Una persona quiere a otra o no la quiere. Sería así de simple. Pero, en realidad, es muy diferente. En las familias debe pasar lo mismo, ¿no? ¿Qué crees tú que pinta el amor en una familia?

—Estoy seguro —dije— de que varía según las familias. Cada casa, decía mi padre, es un mundo. Como el amor de los enamorados. Cada pareja también es distinta. Es un mundo. Creo que a veces confundimos el amor con estar enamorados, y el estar enamorados con estar enamorados del amor... Creo, igualmente, que a veces confundimos el amor familiar con el amor a la idea de la familia o la creencia obsesiva en ella. A algunos, por cierto, les entusiasma eso, el culto a la familia, al mismo tiempo que no la soportan o la engañan... Luego, todos, y a medida que pasan los años, nos conformamos con identificar el amor con el simple cariño o la mera costumbre de estar juntos y de conocernos, poco o mucho, cuando, en familia o no, puede que el amor no sea ninguna de estas cosas. Amar es querer el bien del otro, incluso hasta sacrificar tu bien por el suyo. No hay un amor más grande ni verdadero. Tú puedes tenerle cariño a una persona o estar enamorado de ella, pero no estar dispuesto a ayudarle en todo lo que necesite. En las parejas y las familias no es extraño encontrarte con esta forma de amor de bajo coste. La mayoría de las historias de mis pacientes me lo confirman.

—Mi abuela sería uno de estos pacientes —dijo Eduardo, pensativo.

Pero le regañé otra vez:

—No compares a mi prima Laura con el resto de la gente. Tenía la salud muy dañada, tú lo sabes ya.

En esas estábamos ya muy cerca de terminar con nuestro empaquetado. Permanecimos callados un rato. Lo preferí así. Necesitaba hacerme a la idea de que ya no iba a estar más entre estas paredes ni ver a más enfermos bajo este techo.

Se acabó la vida profesional. Después de ella sólo quedan papeles, y después de los papeles, nada. Lo peor de la muerte es que puede ser eterna.

Las cajas, por lo menos, ya estaban cerradas. Su destino, ya es otra cosa. Tanto estudio, tantas dudas, ¿cómo se compensaría, al final, todo esto?

—Te veo triste, tío —dijo de pronto mi sobrino nieto.

—Nunca he estado triste —dije triste.

Claramente, no supo qué decirme.

Yo acababa mi carrera. Y él justo había empezado la suya. La vida es un traspaso continuo. De generación a generación y en una cadena de generaciones. Tú estás en una y cada una es única e irreplicable por los siglos de los siglos. Aunque eso sólo lo descubres al final de tu generación. La historia da una risa triste.

—Escucha, Eduardo, ¿conoces alguna canción que hable de un trotamundos? —él no sabía qué era eso—. Sí, un vagabundo, pero de cierto nivel, como yo —le aclaré; sonrió y negó con la cabeza—. Qué lástima.

—¿Por qué me lo preguntas? —preguntó él.

—Porque sería la canción indicada para mi funeral. Ya que hoy es como mi medio entierro... —bromeé—. Me gustaría cierta balada para un trovador. Pongamos que dijera: llegará a un pueblo, y partirá de él, con sus zapatos rotos, los vestidos polvorientos, y en su boca, temblorosa, se llevará una canción... ¿Qué te parece?

—¡Vaya! —exclamó. Luego se quedó callado.

Es un guapo muchacho, observé. Pero me di cuenta de que la alusión al funeral no le había gustado nada.

—No me tomes en serio, chico —le pedí—. Es por este maldito traspaso. Me hace recordar que nunca he tenido nada mío. Sólo el futuro. Y ya ves, ahora es casi un pasado. Y pronto será un recuerdo. Después, ni eso.

—Sí —dijo señalándome—. Quedará una canción. La canción del trovador.

Qué amable fue. La canción es de Joan Manuel Serrat.

Llamaron a la puerta. Entró esta vez la secretaria de don Hilario, haciendo equilibrios entre las cajas esparcidas por el suelo. Me informó que los manifestantes ya se habían marchado. Era cierto, pues ya no llegaba ninguna voz de fuera. Sólo el zumbido de los coches, más allá, en la autopista. Hora punta.

Le dije a ella que ya habíamos terminado. Exclamó, asombrada:

—¡Qué diferente está todo, doctor!

Me preguntó si yo podía subir al despacho de don Hilario para despedirme de él.

Le respondí que en cuanto acabara. O que viniese él mismo a decirme adiós...

Ella se sorprendió un poco de esto último. Eduardo me miró disimuladamente.

—¡Y santas pascuas! —dije en cuanto ella marchó con una sonrisa forzada. Al fin y al cabo, yo había hecho mucho por el hospital y él no dejaba de ser una rémora para todos.

El chico se rio de mi expresión.

Volvimos a la tarea para rematarla de una vez. Miré de reojo la sala vacía y divisé los zapatones de aquella mañana. Como los de la canción del trovador. Pero allí se quedarían.

Tomé un par de carteras de mano abultadas de documentos. El transportista pasaría a recoger las cajas a la mañana siguiente. Apagué la luz sin querer echar un último vistazo a mi despacho. Ahora fui yo quien tragó saliva. Sólo vi las luces del exterior a través del ventanal. Era ya de noche.

Cerré la puerta, dejando el llavín en la cerradura. Nos dirigimos al ascensor. Le dije a Eduardo que me esperara abajo.

Yo subí a despedirme del gerente. Llamé a su puerta, pero nadie respondió. Se acercó su secretaria y me dijo que don Hilario acababa de marcharse después de haberme esperado unos minutos.

—No le dé importancia —me comentó—. Hemos tenido un día muy complicado.

Y nos dimos un beso de despedida.

A punto de abandonar la planta oí gritar mi nombre. Me giré y era ella, otra vez, que venía hacia mí con un pesado paquete.

—Tenga, es de parte de mi jefe. Me olvidaba de entregárselo.

Decidí que lo abriría en el coche.

Ya fuera, le dije a Eduardo que lo acompañaría a su casa. Fuimos hacia el aparcamiento. El chico parecía un poco ensimismado. Creo que la despedida lo entristecía.

—Mira, todavía hay niños jugando en el parque —observó—. ¿No es muy tarde?

—Creo que sí. Deberían estar cenando ya —comenté—. Pero el año pasado tuvimos un susto en este parque. Por eso insisto en que lo cierren antes, aunque no me hacen caso. Don Hilario se opone, porque dice que los clientes del hospital tienen que poder ver el parque siempre abierto y con las luces encendidas. Da categoría, es toda su razón. Marketing, digo yo.

—¿Otro susto? —preguntó mi pariente—. Aquí siempre ocurren cosas, por lo que veo —comentó.

—Lo del meteorito ha sucedido fuera, en el barrio de Hilario... —puntalicé.

—Pero me has contado hoy tantas historias, empezando por la de mi abuela, que no me parece que haya estado en un hospital... —me dijo con media sonrisa.

—Eduardo, ¿qué crees que es un hospital? —le respondí—. Tú ves pasillos, camas, batas blancas, batas verdes y unas puertas donde pone ÁREA DE QUIRÓFANOS O LABORATORIO... Pero eso es sólo lo que se ve. Si lo vas conociendo, un hospital es un

trozo de vida como los demás, pero más intenso todavía. Por aquí pasa la vida y te aseguro que salvamos o mejoramos muchas vidas. Pero, mientras, es verdad que te enteras de muchas historias. Por lo menos en mi caso, por la especialidad...

—Pero también porque te gusta que te cuenten, ¿no? —adivinó el muchacho.

—Verás, es que el peligro de un médico —me sinceré— es también la monotonía en su trabajo. ¿Tú sabes lo que es decir veinte veces al día «Siéntese y dígame como se encuentra...?». Había un cura, en el pueblo donde yo veraneaba de pequeño, que se dormía cuando confesaba a niños y señoras con sus pequeños pecados, pero que sólo se mantenía despierto cuando eran hombres los que se arrodillaban en el confesionario. Él, como muchos curas, esperaba, decía, pecados interesantes. Si no, se aburría. Pues, a mí, ciertas historias, como tú dices, de mis pacientes, o del personal mismo de esta casa, son como la sal y la pimienta de esta profesión, tan metódica y cada vez más técnica, que para muchos se convierte al final en rutinaria. Si en la naturaleza hay fenómenos, en la gente hay historias. Supongo que son lo más interesante de una y de otra. Pero a algunos les divierte más perseguir a las enfermeras o tener romances con los médicos. Don Hilario ha reñido a más de una pareja por encerrarse en las habitaciones. Las historias, en cambio, te hacen pensar y además ayudan a curar. El paciente, con sólo hablar y contarte algo de su vida ya mejora un poco. Y yo tengo de paso más datos para diagnosticarlo y curarle.

—Pero dime, tío, ¿qué caso es este que me decías del parque infantil? —preguntó Eduardo, con esa curiosidad que a mí me hizo volver aquel día tan locuaz.

—¿Tú te acuerdas de mi enfermera ayudante? —le pregunté.

—Sí, claro —respondió—, la que ha entrado esta tarde y nos ha visto a ti fumando y a mí con el whisky en la mano...

—Exacto. Se llama Amelia. Una noche de invierno, ella entró de guardia a las diez y vio desde la ventana a una mujer que columpiaba a un niño en el parque. Le pareció rarísimo y lo comentó con sus compañeras. No le dieron más importancia, pero al acabar su turno, a las seis de la mañana, Amelia vio que la mujer y el niño seguían allí haciendo lo mismo. Entre todas decidieron avisar a la policía. Cuando los agentes se acercaron a ver lo que ocurría, la mujer no respondió a su llamada. Susurraba una canción y seguía empujando al pequeño, agarradito al columpio. Pero el niño estaba muerto. Ella parecía enajenada, insistiendo en que no tocaran a la criatura. Se le hizo a esta la autopsia y se descubrió que había fallecido bastantes horas antes, en su casa, por muerte súbita. La mujer era la abuela del niño. Vivía sola con él y lo tenía en custodia. La pobre enloqueció al verlo sin vida, llevándoselo al parque, que era su distracción favorita. Y esto es lo que sucedió —acabé.

Él se quedó callado. A mí me sorprendió su silencio. Sólo dijo:

—Esta abuela sí que quería a su nieto.

Y siguió sin hablar.

Arranqué el coche y al salir nos cruzamos de frente con don Hilario conduciendo el suyo.

—Fíjate, lleva aún el caramelo de palo en la boca —observó el chico.

Nos dijimos adiós con la mano. Él gritó algo que no alcancé a oír por estar mi ventanilla cerrada.

—Te encuentras con este hombre a cada momento —comentó mi sobrino nieto.

—Bueno, ahora ya se acabó —dije a mi vez. Hubo otro silencio. Constaté que Eduardo estaba cansado.

»Pero, espera —le dije mientras nos acercábamos a la barrera de salida del aparcamiento. Detuve el auto.

—Ayúdame a abrir lo que don Hilario me acaba de regalar —le pedí.

—¿Qué será? —dijo mi pariente—. Tío, ¡qué raro! —exclamó después de desenvolverlo sobre su regazo—. Parece... un pedrusco.

Encendí la luz del interior del coche. Pero no era un pedrusco, sino el meteorito. El meteorito que debía tener don Hilario en su despacho. Era una roca negra como el azabache y se acompañaba de una tarjeta: «Es valioso. Pero tú vales más. Te recordaremos siempre. Hilario».

—Oh, tío Mario... —suspiró Eduardo.

No supe qué decir.

—Vaya, el meteorito... —dije en voz baja, emocionado por el doble detalle: la roca y la tarjeta—. El meteorito que le cayó a don Hilario mientras paseaba a su perro y que nos ha hecho reír tanto esta mañana...

—Sí, ¡el meteorito! —exclamó el muchacho, como renacido—. Pues no es un mal recuerdo —dijo.

Vi cuánto le atraía ese objeto. Consistía en un negro bloque de hierro fundido, con muescas y poros por toda su superficie.

—Pues ahora tuyo es —le dije satisfecho. Y después de insistir, él aceptó.

En realidad yo tenía otra cosa para Eduardo. Acababa de encontrarla entre los recuerdos que guardaba en el despacho. Era la carta de despedida de su abuela antes de precipitarse al vacío. El papel que su familia no quiso darle al niño y que me confiaron a mí para cuando él fuera mayor.

En las últimas líneas, cayendo hacia un lado y apenas legibles, mi prima le dice que siempre le quiso y que no deje de estudiar. Y en la línea final, con letras ya rotas: «Sé educado por favor». Pero renuncié a darle la carta aquel día.

Otro día.

Apreté el acelerador. El muchacho bostezó, sujetando el regalo con mucho amor. En el cielo se divisaba el resplandor de las luces de la ciudad.

La vida avanza en espiral

Norbert Bilbeny

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

© de imagen de cubierta: Eric Forey /Trevillion Images

© Norbert Bilbeny, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-344-2334-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

CITAS	4
I. ZAPATONES EN EL CAJÓN	5
II. MUERTE POR PRECIPITACIÓN	37
III. LA CANCIÓN DEL TROVADOR	70
CRÉDITOS	92